



Luis Orrego Luco

Casa grande
escenas de la vida en Chile
Tomo primero

Índice

Primera parte

Sonata de primavera

- I -
- II -
- III -
- IV -
- V -
- VI -

Segunda parte

Al caer de las hojas

- I -
- II -
- III -
- IV -
- V -
- VI -
- VII -

VIDA Y SOMBRA

Al fin hombre nacido
De mujer flaca, de miserias lleno,
A breve vida como flor traído,
De todo bien y de descanso ajeno,
Que como sombra vana,
Huye a la tarde y nace a la mañana.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Libro de Job.

Primera parte

Sonata de primavera

- I -

Alegre, como pocas veces, llena de animación y de bulla, se presentaba la fiesta de Pascua del año de gracia de 190... en la muy leal y pacífica ciudad de Santiago, un tanto sacudida de su apatía colonial en la noche clásica de regocijo de las viejas ciudades españolas. Corrían los coches haciendo saltar las piedras. Los tranvías, completamente llenos, con gente de pie sobre las plataformas, parecían anillos luminosos de colosal serpiente, asomada a la calle del Estado. De todas las arterias de la ciudad aflúan ríos de gente hacia la grande Avenida de las Delicias, cuyos árboles elevaban sus copas sobre el paseo, en el cual destacaban sus manchas blancas los mármoles de las estatuas. Y como en Chile coincide la Noche Buena con la primavera que concluye y el verano que comienza, se deslizaban bocanadas de aire tibio bajo el dosel de verdura exuberante de los [8] árboles. La alegría de vivir sacude soplo radiante de sensaciones nuevas, de aspiraciones informes, abiertas como capullos en esos momentos en que la savia circula bajo la vieja corteza de los árboles.

El río de gente aumentaba hasta formar masa compacta en la Alameda, frente a San Francisco. A lo lejos se divisaba las copas de los olmos envueltas en nubes de polvo luminoso y se oía inmenso clamor de muchedumbre, cantos en las imperiales de los tranvías, gritos de vendedores ambulantes:

«-¡Horchata bien helaa!»

«-¡Claveles y albahaca pa la niña retaca!...»

Aumentaban el desconcertado clamoreo muchachos pregonando sus periódicos; un coro de estudiantes agarrados del brazo entonando «La Mascotta»; gritos de chicos en bandadas, como pájaros, o de niñeras que los llamaban al orden; ese rumor de alegría eterna de los veinte años. Y por cima de todo, los bronces de una banda de música militar rasgaban el aire con los compases de «Tanhauser», dilatando sus notas graves entre chillidos agudos de vendedoras que pregonaban su mercadería en esa noche en que un costado entero de las Delicias parece inmensa feria de frutas, flores, ollitas de las monjas, tiendas de juguetes, salas de refresco, ventas de todo género. Cada tenducho, adornado con banderolas, gallardetes, faroles chinescos, linternas, flecos de papeles de colores,

ramas de árboles, manojos de albahaca, flores, tiene su sello especial de alegría sencilla y campestre, de improvisación rústica, como si la ciudad, de repente, se transformara en campo con los varios olores silvestres de las civilizaciones primitivas, en medio de las cuales se destacara súbita la nota elegante [9] y la silueta esbelta de alguna dama de gran tono confundida con estudiantillos, niñas, sirvientes, hombres del pueblo, modestos empleados, en el regocijo universal de la Noche Buena.

«-¡Claveles y albahaca pa la niña retaca!...»

Y sigue su curso interrumpido el río desbordado de la muchedumbre bajo los altos olmos y las ramas cargadas de farolillos chinescos, entre la fila de tiendas rústicas, cubiertas de pirámides de frutas olorosas, de brevas, de duraznos pelados, damascos, meloncillos de olor. Las tiendas de ollitas de las monjas, figurillas de barro cocido, braceros, caballitos, ovejas primorosamente pintadas con colores vivos y dorados tonos, atraen grupos de chicos. ¡Qué bien huelen esos ramos de claveles y de albahacas! Tal vez no piensa lo mismo el pobre estudiantillo que estruja su bolsa para comprarlo a su novia, a quien acaba de ofrecérselo una florista. La muchedumbre sigue anhelante, sudorosa, apretados unos con otros, avanzando lentamente, cambiando saludos, llamándose a voces los unos a los otros, en la confusión democrática de esta noche excepcional. Por cima de todo vibran los cobres de la fanfarra militar... ahora suenan tocando a revienta bombo el can-cán de la «Gran Duquesa»...

Sería cosa de las once de la noche cuando se detuvo un «Vis-a-vis», tirado por magnífico tronco de hackneys, frente al óvalo de San Martín, en la Alameda. El lacayo abrió rápidamente la portezuela por la cual se deslizó fina pierna cubierta con media de seda negra, un piecitos encerrado en zapatilla de charol y una mano pequeñísima que alzaba la falda de seda clara. Luego, a la luz de los faroles nikelados, se dibujó el contorno de primorosa criatura que parecía [10] de porcelana de Sajonia. En pos de ésta, otra hermosísima joven, alta de cuerpo, de líneas esbeltas y mórbidas, cabellos rubios y expresiva fisonomía descendió lentamente. De un salto se dejó caer la tercera, pues, había observado cierto grupo de pie junto a los árboles. Apenas abandonaron el carruaje, acompañadas de unos caballeros, dirigieron, en grupo, a unirse con la masa formidable que en esos instantes invadía el paseo. Todas charlaban a un tiempo, con la voz clara y fresca de los veinte años, y esa instintiva sensación de las alegrías de la vida, propias de aquellos para quienes no existen contratiempos ni durezas, ni amarguras, sino el camino llano y cómodo del lujo, de todos los halagos de la riqueza y de la posición social.

El grupo de jóvenes y niñas se introdujo de lleno en la muchedumbre del paseo, en la cual se divertían y mezclaban camareras, obreros, comerciantes de menor cuantía, empleados modestos, gente de clase media, militares y campesinos de manta. En tan revuelta confusión, sin embargo, sabían conservar el porte de gran tono, el perfume aristocrático, el no sé qué refinado e inimitable que constituye la fuerza y la esencia de las clases sociales superiores-esencia tan perdurable y poderosa que no han sido parte a horrorarla ni las sangrientas sacudidas de la revolución francesa, ni las guerras civiles, ni el avance de la democracia, ni las invaciones omnipotentes del dinero.

Dos o tres jóvenes se acercaron a ellas sombrero en mano y después de saludarlas, continuaron en marcha con el grupo. Dirigiéronse alegremente a la parte de las ventas situadas frente a la calle del Peumo. Se detenían junto a cada puesto, comprando de cuánto veían: flores, ollitas de las monjas, chocolates, frutas, [11] toda suerte de baratijas, con algazara, charlas y exclamaciones varias. Julio Menéndez, adquirió una gran muñeca rubia, con traje y sombrero de gasa, que puso en brazos de Pepita Alvareda, como regalo de Noche-Buena, especialmente enviado por los Reyes Magos -el novio de Pepita se llamaba entonces Baltazar. Se resolvió de común acuerdo, bautizar la muñeca en casa de las Sandoval, una vez terminada la Misa del Gallo.

«-Deseo, Pepita, que usted imite a esta muñeca en la constancia. Fíjese, usted. Para que varíe, en algo, es menester moverle brazos y cuello, sin lo cual se queda siempre fija, cualidad que a usted le falta. Además la muñeca es discreta y habla poco».

«-Cállese; usted es digno de figurar en el Circo en compañía de los elefantes sabios de la Princesa de Mairena.» -replicó Pepita con el ligero ceceo habitual en ella.

El grupo siguió por la corriente, hasta dar con una tienda en la cual, por unos cuartos, se arrojaba pelotas a la boca de leones de cartón, y se tiraba con flechas al blanco.

-«Déjeme arrojar una, a la boca de esa fiera...» dijo Magda: «en la nariz se parece a Menéndez.»

-«¡Cállate, Magda!, interrumpió su hermana Gabriela. Mira, no seas tan indiscreta»...

-«Bueno, hija, bueno,» replicó la otra.

En torno de aquel brillante grupo se había formado un vacío. La multitud admiraba los trajes elegantes y los sombreros [12] de paja adornados de plumas por algún modisto parisiense y las fisonomías exangües, pálidas y anémicas en pos de una larga temporada de bailes de invierno; la distinción de movimientos de aquel grupo femenino. Los jóvenes, con sombreros de paja y smocking, encendido el cigarro habano, arrojaban pelotas a la boca de los leones sin dar en el blanco.

En ese instante acababa de abandonar su victoria un apuesto muchacho de hasta veinticinco años de edad, alto de cuerpo, de musculatura vigorosa, ojos negros, cabello ligeramente crespo, tez morena y sonrisa abierta y franca. Notábase algo lento y como calculado en su andar, a la manera de los animales felinos, en tanto que su pupila, a ratos dejaba caer fulgores fosforescentes, produciendo en el ánimo extraña impresión de fuerza mezclada con languidez, de energía aterciopelada, de audacia tímida, de algo encubierto y velado. El mozo rompió por entre la multitud repartiéndole codazos y empujones, sin consideración alguna, ni dársele un ardite las protestas de las víctimas, como si en él revivieran los impulsos de antiguos conquistadores o «encomenderos» abuelos suyos, por instinto atávico. Acercose al grupo que tiraba las pelotas a la boca de los leones y lo saludó con ligera sonrisa.

-«Ustedes sirven para maldita de Dios la cosa...» les dijo...

Y cogiendo el canasto lleno de pelotas, las arrojó con habilidad y tino pasmoso, una por una, a la boca de los leones, sin perder un solo tiro. Otro tanto hizo con las flechas en el blanco.

El grupo le aplaudió. Entonces el joven, en voz baja, pidió al dueño de la venta una botella de champagne.

Y se inclinó respetuosamente, solicitando ser presentado a las jóvenes que le recibieron con el franco shake-hand usado en nuestra sociedad de buen tono. [13] Al saludar a la hermosa joven rubia, bajó la vista ligeramente ruborizado, en tanto que ella palidecía.

-«Ángel Heredia.

-«Gabriela Sandoval...»

Era que desde hacía tiempo se conocían, sin saber sus nombres. ¿Acaso existía entre ambos algún «flirt», o como tan expresivamente se dice entre nosotros, un «pololeo», recordando el zumbir inútil del insecto que se acerca o se aleja, haciendo resonar en el vacío leve rumor de alas que nada significa? Nadie hubiera podido afirmarlo con visos de verdad. La primera vez que ella le había divisado, lo recordaba perfectamente, había sido con motivo de una fiesta solemne, la de su primera comunión. A pesar de sus doce años tenía cuerpo alto y esbelto, excesivamente crecido para ser tan niña. Sus hermosos cabellos rubios le caían en largas trenzas. El brillo intenso de sus ojos negros contrastaba con aquel hermoso color rubio de Venecia, propio de las vírgenes del Tiziano. Gabriela avanzó con paso trémulo hasta la verja de hierro, en donde recibió la comunión de mano del señor Arzobispo, en el encantador y minúsculo templo de las Monjas. Y luego, cuando volvía a su asiento, con el cirio de luz pajiza y trémula en la mano, y el alma transportada a las regiones místicas, en donde habitaba con sus contemplaciones a menudo, sintió que su vista se iba, sin saber ella cómo, con fuerza de sugestión extraña, a uno de los rincones en donde se agrupaban los jóvenes parientes de las heroínas de la fiesta. Allí divisó a su primo, y más lejos, a un hermoso joven, alto, de cabellera crespa, grandes ojos negros, cuya mirada ejercía sobre ella irresistible poder de atracción, en tanto que por sus labios vagaba sonrisa levemente sardónica. Era una fisonomía perturbadora y enigmática, [14] en la cual, a ratos, dominaba sello melancólico de profunda tristeza, que atraía, y a ratos, mueca irónica de crueldad premeditada, de frialdad agresiva, que alejaba. Todo eso lo sintió Gabriela desde el primer instante en que se clavaron sobre ella aquellos ojos desconocidos, como los del halcón sobre su presa. ¿Le gustaba? ¿le era, por acaso, antipático? No hubiera podido decirlo. Solo recordaba el haber recibida impresión extraña. No podía separar sus ojos de los ojos de aquel joven. Luego, se había reprochado a sí misma semejante distracción en hora tan solemne. A su entender, había revestido las proporciones de pecado la mirada profana dada por ella, con delectación casi amorosa, en el propio instante en que acababa de recibir el cuerpo de su divino Redentor con la hostia consagrada. Y la ola de arrepentimiento, de amargura, de disgusto para consigo misma, había tomado proporciones desmedidas en el alma de la niña, hasta ser de todo punto insoportable. Se creyó perdida, las puertas del cielo cerradas para ella. Y mientras el mundo giraba en su cabeza, próxima al desvanecimiento, por las emociones del día, el estado nervioso y el dolor agudo de sus escrúpulos y de sus imaginaciones, un suspiro ronco, a manera de gemido, la hizo volver la cabeza. Pudo contemplar, entonces, un espectáculo extraño: el joven aquel se inclinaba, con la frente al suelo, extendidos los brazos como si su alma entera se

prosternara en supremo anonadamiento ante la infinita belleza y poderío de Dios. Era, el suyo, al parecer, espíritu místico, de aquellos seres aislados, superiores y solitarios que nacen y viven para el amor divino; naturalezas hechas para contemplación y ensueño en que el ser parece como suprimido y desvanecido hasta confundirse en el [15] Amado, como Santa Teresa. Transcurrieron algunos años de esta escena inolvidable, sin que volviese a ver al joven. Había salido del colegio, tenía ya diecinueve cumplidos, y cuando se presentaba en los primeros bailes, murmullos de admiración acogían su espléndida y opulenta belleza rubia, su esbelto y espigado cuerpo, su mirar suavísimo, y aquella su encantadora expresión de bondad y de grave prudencia impresa en su boca de labios un tanto gruesos y entreabiertos.

Los jóvenes la asediaron, llenando su cartera de baile, hasta disputarse la mitad de los paseos, y giros de bostón, de Two-steps o de Washington-Post. Había sido marcha triunfal la suya, en la vida mundana. Rica, de hermosura espléndida, de raza distinguida, Gabriela Sandoval y Álvarez pertenecía a una familia antigua, ilustre en tiempo de la Colonia.

La sociedad chilena, se compone de oligarquía mezclada con plutocracia, en la cual gobiernan unas cuantas familias de antiguo abolengo unidas a otras de gran fortuna, trasmitiéndose, de padres a hijos, junto con las haciendas, el espíritu de los antiguos encomenderos o señores de horca y cuchillo que dominaron al país durante la conquista y la Colonia como señores soberanos.

Gabriela, junto con el sentimiento instintivo de superioridad social, templado por su bondad y su modestia ingénitas, había recibido educación refinada, hablaba francés como parisiense, era música, y tenía hábitos de lujo de princesa, que todo lo pide sin averiguar nunca precios. Todo eso contribuía, desde el primer momento, a sus éxitos mundanos. La rodeaba una corte de admiradores, en la cual figuraban muchos aventureros de frac; a pesca de dote, algunos excelentes partidos y grandes apellidos, de figura y condiciones [16] mediocres, infinitas de esas nulidades elegantes que ocultan en los giros de vals todo el vacío de su existencia, y de su persona. Gabriela se manifestaba igual con todos. El bostezo, encubierto detrás del abanico, la mirada fría o indiferente, ponían término a las pretensiones de más de uno de sus galanes. De vuelta a casa, tanto su madre doña Benigna Álvarez como su hermana Magda la interrogaban inútilmente sobre sus impresiones...

Mientras Magdalena o Magda, como le decían sus amigas íntimas, charlaba como cotorra, decía futilidades con su media lengua de andaluza y lanzaba las mayores enormidades con gracia inconsciente, al parecer, Gabriela callaba y sonreía. Muchas veces, de vuelta del Teatro o del baile, había contemplado, en honda meditación, el desfile del Santiago nocturno envuelto en girones de neblina que humedecían las aceras de asfalto o de ladrillo de composición, arrastrándose por las calles, trepándose a las altas cornizas de edificios de lujo, envolviendo faroles del alumbrado público, cercando de un nimbo los focos eléctricos. Su alma, también, tenía algo del tono difuso de las gasas de neblina; se buscaba a sí misma sin encontrarse. En los salones esperaba también un hombre que no parecía y que ella misma ignoraba quien fuese.

Durante el año último, se paseaba una tarde por el Parque Cousiño en

el vis-a-vis recién llegado de Europa, cuando su carruaje se cruzó con cierta victoria muy bien puesta, arrastrada por tronco de raza. Vio pasar una hermosa y elegante chiquilla vestida de obscuro, acompañada de un joven de grandes ojos negros y cabellera levemente rizada, como en los retratos de Lord Byron, con la misma tristeza melancólica [17] y fatal que atrae a las mujeres de manera invencible. Era el mismo joven, divisado en el día de su primera comunión, con la expresión apasionada y su mística de entonces. ¿Cómo no le había encontrado en baile ni en fiesta alguna, aquí, en Santiago, en donde es tan fácil cruzarse en la vida mundana?

La manera de presentarse, el aire, el corte de su traje y de su persona, le daban inmediatamente puesto en la sociedad santiaguina y en círculos de moda. ¿Por qué no le conocía ni siquiera de nombre? Acaso estaba de luto y comenzaba, apenas, su vuelta a la vida mundana, como lo indicaban al parecer, el color de su traje y algo de su fisonomía, un no-sé-qué. Desde entonces no había vuelto a verle. Miraba dentro de sí, en sus recuerdos, ejercitando examen de conciencia. Cierto era que había experimentado impresión extraña, pero bien diversa del amor, según se lo pintaban imaginaciones y romances. Pues, señor, ¿a qué decir una cosa por otra? En suma, el joven le había gustado, pero borrándose poco a poco de sus recuerdos como las olas del mar sacuden y aplanan las huellas del caminante. Por otra parte, la característica de Gabriela eran tranquilidad permanente de espíritu, equilibrio de sus facultades y de su temperamento, algo fácil de señalar con la divisa de pax multa. Aquí habían parado sus reflexiones esa vez.

Ahora, en la Noche Buena, acababa de conocerle de modo imprevisto y cuando menos lo pensaba, con los años transcurridos. No era ya el místico, el piadoso muchacho que suspiraba en la capilla, ni el Byron elegante y melancólico vestido de luto que cruzaba su camino, sino joven animado y vivo, de extraordinaria habilidad para el sport, de musculatura vigorosa y [18] extremado brío. Notaba patente contraste entre éste y los demás elegantes, un tanto afeminados, acaso demasiado prendidos y consagrados al culto de sus propias personas. En las mujeres, del punto de partida de admiración de todo esfuerzo físico, y rompiendo por todo género de consideraciones de orden intelectual, se llega en la mayoría de los casos a presentir el ideal en la fuerza, en el torso de un hércules, en la osadía de Guillermo Tell, y el mismo don Juan, acaso no hubiera sido el don Juan de la leyenda, a no ser por el valor temerario y el turbulento espíritu con que arriesgaba su vida a todo instante. Del detalle, tal vez nimio, de sensación informe, acaso iba a depender el futuro de esa joven, tan hermosa y elegante, la más bella del grupo aristocrático de moda.

-«Quedan ustedes invitados para dentro de una hora en casa... al bautizo de la muñeca» dijo Magda con su voz clara.

Bebieron alegremente una copa de champagne y siguieron, en seguida, por la corriente humana que invadía la Alameda, entre los chicos armados de globos y juguetes, con cajas en los brazos, haciendo sonar sus chicharras o cornetas. Más allá, sirvientas, padres de familia, niñas elegantes, gente anónima, medio-pelo, hombres del pueblo, soldados y viejas, sombreros de copa revueltos con «guarapones» de huaso, olor de albahaca y de yerba-buena, de fruta, chillidos de mujeres del pueblo: todo se barajaba en el torbellino de las fiestas populares, en las cuales se

mezclan los encontrados apetitos y deseos, desde el humilde vendedor del pueblo, dispuesto a contentarse [19] con unos cuantos pesos de ganancia, hasta la sirvienta come debajo de los árboles su docena de brevas, comprada con la gratificación especial dada en la casa, y el niño que toca la corneta por lucir el regalo. El polvo levantado por la gran corriente humana tomaba tono dorado y luminoso, al fulgor de los millares de farolillos encendidos en las ventas.

Los bronces de la banda de música militar entonaban la Marcha Nupcial de Mendelson, tan oída en fiestas de matrimonio.

-«¿Oyen ustedes la música?» interrogó Magda. «Es la marcha nupcial... ¡Y qué contenta va a quedar Manuelita cuando escuche una marcha nupcial que no sea tocada especialmente para otra. Ayer estuvo en casa y Javier, mi primo, la sujetó para darla un beso, con lo cual se puso ella como un quique. «Deja no más, hijita, la dije, y hazte la desentendida... que es el primer beso que te dan...»

«-¡Cállate, Marga!» murmuró Gabriela en tono de cariñosa reconvencción. «No habías de tardar mucho en salir con alguna de tus barbaridades. Ponte candado en la boca...»

Los jóvenes, entre tanto, celebraban estrepitosamente la genialidad de la niña. Conocían a Manuelita y no ignoraban los deseos locos de casarse de la pobre muchacha, deseos no compartidos por ninguno de los miembros del sexo feo y fuerte, a pesar de los esfuerzos y de la actividad gastada inútilmente por ella en sus tentativas matrimoniales. Los demás, con la alegría ligera de los veinte años, hicieron coro a Magda, y luego, inconscientemente, unos por decir una gracia, otros celebrándola, pusieron a Manuelita de oro y azul. No juzgaban, ni ellos ni ellas, que tan ligeras bromas, lanzadas como zaetas y por vía de [20] diversión social, decidían el porvenir de una niña, formando en torno suyo esa atmósfera levemente ridícula y desprestigiadora que aleja los pretendientes y mata, sin sangre, destruyendo tantas y tantas esperanzas legítimas.

Estaban contentos y no dejaron locura por hacer Javier Aguirre cogió media docena de ollitas de las monjas, de vistosos colores y todas perfumadas, arrojándolas a la multitud. Se hicieron añicos, en medio de miradas furibundas de aquellos a quienes caían en la cabeza. Y como la vendedora, vieja de cabeza atada con pañuelo de yerbas, se sulfurase, la dio un billete de diez pesos, con lo cual, la buena mujer, encantada, le pasó muchísimas ollitas que Aguirre iba repartiendo, a todos los chicos que pasaban.

«-Javier Aguirre es loco» dijo Pepa a Gabriela. Y luego refirió su aventura última. El joven acercándose con disimulo a un carruaje del servicio nocturno del Club, y después de cerciorarse de que el cochero se encontraba dormido, había desenganchado los caballos. Luego, abriendo la portezuela con estrépito, despertó al cochero, remeciéndole de un hombro: -«Te doy diez pesos si me llevas volando a la estación», le dijo. El auriga, recogiendo las riendas propinó media docena de feroces huascasos a sus bestias, que echaron a correr, dejando el coche parado y al cochero estupefacto, en medio de las carcajadas de los que presenciaban el hecho desde la puerta del Club. Era un tipo raro.

El grupo, deteniéndose en las tiendas, moviendo los farolillos con los bastones, comprando fruta que arrojaban los muchachos disimuladamente

a las cabezas de los paseantes furiosos, revolviéndolo todo, [21] seguía su marcha triunfal. Javier Aguirre inventaba nuevas locuras, Magda decía disparates, Ángel Heredia los celebraba, mientras Gabriela Sandoval amonestaba sonriendo a Magda.

«-¿Y esto llaman divertirse?» preguntaba, indignado, a Gabriela, el joven Emilio Sanders, recién llegado de Europa. «Si es cosa verdaderamente salvaje. Miren ustedes este olor a... esta hediondez de...

«-Albahaca» agregó Pepita riéndose.

«-Así es, de albahaca y otras yerbas rústicas; esto es insoportable. Y tanta gente cursi, tan mal vestida» agregó el joven Sanders. «Eso no se ve en París. Cuando me acuerdo del Moulin-Rouge o del Palais de Glace, me dan ganas de volverme a Europa en el próximo vapor. ¡Ah!... Sí... Esos sí que son trajes los que se ponen esas damas y ¡qué brillantes! y ¡qué pieles! Señor mío, las que gastan...»

«-¿Sabe que me haría gracia ver mujeres con pieles en verano?» interrumpió Pepita.

«-¡Ah! no... ¡Ah! no... Usted me confunde... agregó Sanders. Yo no hablo de la high-life, de la crème, a la cual usted pertenece, sino de la masa en general. Mire usted que el poncho de los campesinos es atroz.

«-En cambio, el jipi-japa no les ha parecido tan mal a los europeos, puesto que es su gran moda», interrumpió Leopoldo Ruiz que era, al revés de Aguirre, uno de esos patriotas furibundos que todo lo encuentran bueno. «¿En dónde ha visto usted un paseo como el Santa Lucía? agregó en tono triunfal. «M. Tays, el inspector de Paseos Públicos de Buenos Aires, dice que no hay nada superior en el mundo. [22]

«-Lo que es a mí sólo me gustan los cerros en el campo» replicó Sanders. «En la ciudad prefiero el confort, la vista de las bellas y las toilettes confeccionadas por Paquín o por Laferrière. ¡Ah!... sí... esta ciudad es insoportable con sus pavimentos horribles que lo hacen a uno remecerse en el carruaje.

«No digo nada de estas fiestas populares en que uno anda revuelto con todo el mundo. ¡Qué falta de distinción! ¡Qué ordinaria y vulgar es la gente! Me gusta decididamente más la del Palais de Glace o la que uno ve pasar en el coin del Café de la Paix... ¡Ah!... sí...» Con esto, Sanders se ajustó el monóculo en el ojo izquierdo.

En ese instante volvía el grupo, dando vuelta por la avenida central de las Delicias, al óvalo de San Martín. La estatua, rodeada de farolillos de colores, parecía un águila gigantesca ya próxima a tomar el vuelo. La multitud se dividía en dos enormes corrientes al llegar a ella, perdiéndose el mar de cabezas en una masa a cuyo extremo se apiñaban las luces de faroles nikelados de americanos y carruajes de lujo. Al enfrentar a San Borja se oía inmenso ruido de cantos y tamboreos en guitarra, con acompañamiento de harpa. Allí principiaban las chinganas o sea las tiendas o casitas portátiles, con divisiones de tela, cubiertas de banderas y gallardetes nacionales e iluminadas por faroles chinescos, festones de hojas de yedra y papeles de colores picados, en las cuales se bailaba. Los jóvenes vacilaron en seguir adelante, pues no querían llevar a las niñas a esa parte, exclusivamente compuesta de gente del pueblo y de borrachos. Pero ellas insistían. ¿Qué nos puede pasar? ¿Acaso no vamos acompañadas por ustedes? Gabriela se puso un tanto seria. No daría ni un paso más,

[23] por ningún motivo; aquello no le parecía correcto. Su ceño ligeramente fruncido, sus labios apretados, revelaban el temperamento decidido y firme, que no cede, a pesar de su dulzura.

Magda no le hizo caso; en compañía de Pepita y de cuatro jóvenes se aproximó a la primera de las tiendas, dando vuelta por la parte de atrás, junto a los coches; allí, desde un agujero del telón, se podía divisar el movimiento de la «Zamacueca». Los galanes, con pañuelo alzado, sobre sus cabezas, o «borneándolo» suavemente, avanzaban o retrocedían a ligeros saltos en el taco o en la punta de los pies, mientras la dama seguía el compás de la música moviendo ligeramente el cuerpo, la cabeza echada atrás y girando en ciertos versos de la zamacueca. El movimiento es unas veces lánguido y voluptuoso, otras sentimental y triste, pero siempre animado y lleno de viveza. Es como el poema de cortejo silvestre, en el cual se pintaran las fases de los amores primitivos. El tamboreo en guitarra y el acompañamiento grave y melancólico del harpa, contrastan, aumentando, en ciertas ocasiones, el entusiasmo hasta el frenesí con los palmoteos acompasados de los espectadores y las frecuentes libaciones que interrumpen el baile.

«-¡Aro! ¡Aro! dijo ña Pancha Alfaro...» exclama un mocetón rollizo, pasando enorme vaso o potrillo de ponche en leche a los danzantes. La gracia consiste en hacerlo bajar a lo menos un dedo, sin resollar. En cuanto acaba de beber la pareja, el enorme vaso comienza a circular de mano en mano y de boca en boca, a la redonda.

De todas partes salían fuertes olores a pescado frito y empanadas, guisos favoritos del pueblo en [24] las cenas de Pascua, mezclados con los de albahaca y flores silvestres. Gritos salvajes de ebrios, voces chillonas o enronquecidas de cantadoras, ecos de harpa y guitarra, clamoreo de vendedores llamando a su clientela, todo subía confundido con estrépito, al cual se unían llamados lejanos y gritos informes.

Magda sintió que su hermana la cogía del brazo, apartándola del escondite desde el cual presenciaba el baile. Mientras la una, movida de infantil curiosidad, se entretenía con el espectáculo de la zamacueca, a la cuál tantas veces se había asomado, de niña, en las fiestas de los inquilinos en el fundo de su padre, la otra no podía tolerarlo como contrario a lo íntimo de su refinada naturaleza. Lo plebeyo, la repugnaba, la hería, produciéndole escozores insoportables. Semejantes movimientos nerviosos, tales manifestaciones de voluntad, sorprendían en temperamento, como el suyo, al parecer apático y frío de rubia, pues poseía una de esas naturalezas estrechas y felices en las cuales no existe el género en que se cortan las faltas. Y luego, recordando el modo de ser de su hermana Gabriela murmuró a su oído: «Eso no es de buen tono...»

En el acto los del grupo volvieron, en sentido inverso, hacia el óvalo de San Martín. Las tres jóvenes marchaban adelante, acompañadas de su primo Félix Alvareda y de Emilio Sanders. Leopoldo Ruiz iba furioso porque no habían querido asomarse francamente a la carpa en donde se bailaba zamacueca:

«-A mí no me agradan esos fruncimientos. Soy chileno y castizo como ninguno, partidario de las empanadas de horno, del arrollado, de las humitas, del huachalomo salpreso, de la zamacueca y del canto con harpa y guitarra y tamboreo por lo fino y horchata [25] «con malicia». Ni por nada

me iría Europa, ni mucho menos a París, para volver con un vidrio el ojo, como el joven Sanders, y encontrándolo todo malo hasta la cazuela de ave, y exponiéndome a que los rotos me digan, como a él, señalándome las polainas: Patroncito, mire que las medias se le han queído...» ¿Dónde en jamas los jamases, ha visto la gracia de Dios palmitos que se comparen con los que van por delante?»

Los cuerpos de las encantadoras criaturas, vestidas de claro, se diseñaban elegantes, modelados por la mano que recogía el vestido para evitar el polvo, dibujándose la morbidez de las caderas en el traje delicioso. Encantaban con sus guantes largos y sus manos finas, los corsées cortados por artista, sombreros «adorables»; con los nudos de cintas y los encajes, la fantasía en el gesto y el ritmo en el andar, el rumor de sedas, las mil naderías que constituyen el atractivo de las mujeres elegantes que aun sin ser hermosas saben embellecerse con la plenitud de una sonrisa, con el crujido de seda, con la animación de la fisonomía, con la viveza discreta de los gestos.

Al llegar a los coches se detuvieron, formando grupo desordenado. -«Van a ser las doce», dijo Magda; «Vámonos a oír la misa del Gallo a Santo Domingo. De ahí pasaremos a casa, a donde quedan ustedes invitados a una fiesta de género nuevo: al bautismo de la muñeca. Habrá sorpresas». Y dirigiéndose especialmente a Heredia: «Contamos con usted» agregó.

Sin más, subieron a los carruajes. Los jóvenes se treparon al automóvil de Julio Menéndez que pasaba por el primero de los chauffeurs de Santiago.

La iglesia de Santo Domingo alzaba sus torres de [26] piedra hacia el cielo estrellado y límpido -uno de esos cielos de verano en el cual palpitan las estrellas con fulgor casi húmedo. Gran resplandor rojizo brotaba de sus puertas, en las intensidades de la noche. Los altares, cuajados de cirios y de flores, centelleaban con el fulgor alegre de las fiestas de Noche Buena. La multitud entraba y salía, en masa compacta, por los anchos portones, preparándose la famosa misa del Gallo.

Los acentos graves del órgano dejaban caer torrentes de armonía por las anchas naves del templo, sobre los corazones de los humildes, para quienes constituyen esas fiestas el tesoro de la vida. Los jóvenes esperaban en la puerta la llegada de sus amigas que habían pasado a casa en busca de mantillas, pues la costumbre santiaguina desautoriza la entrada a los templos con sombrero. Pepita, Gabriela y Magda cruzaron devotamente, por entre la muchedumbre, hasta su reclinatorio después de persignarse con agua bendita. Y cuando principió la misa, al bajar sus ojos fascinados por los resplandores luminosos del altar mayor, sintió Gabriela como atracción involuntaria que desviara su vista. Detrás del pilar, signándose devotamente, se arrodillaba, en ese instante, Ángel Heredia. Experimentó la joven, con esto, algo de confusión.

Más de una vez había pensado en meterse de monja, sin contar para nada su belleza, ni su fortuna, ni sus éxitos mundanos. Era un revivir en su alma de sentimientos místicos, de apasionadas y fervorosas adoraciones. Era un crecer y desarrollarse en su imaginación los escrúpulos de faltas no cometidas, de laceraciones de pensamientos. Sollozaba sobre desfallecimientos que no eran sino la expresión informe [27] de los anhelos de los veinte años. Y sollozaba para sentir luego alivio, pensando

con el místico: «si ha prendido en tu alma la llama de la contricción, llora y duele de tu culpa y juntamente alégrate de ese dolor y gózate que ha dado espacio de penitencia».

El órgano resonaba por el dilatado hueco de las naves con sonos alegres y nuevos, a la venida del Hijo de Dios. Gabriela sintió dentro de sí regocijo inesperado. Los ojos negros, junto al pilar, la atraían y fascinaban como los del halcón a la avecilla. Esto la sorprendió. ¿Ese joven?... ¿será que el mundo me llama? ¿será que Dios me lo indica? Y quiso sumirse en su alma, sin renunciar a la razón, ni dejarse llevar de los nuevos sentimientos. Deseaba formar silencio en el entendimiento para escuchar las voces que vienen de Dios. «Así es, dice Pascal, como se cierra los postigos, a la caída del crepúsculo a fin de que la luz de la lámpara brille más...» Y los ojos negros la atraían nuevamente.

Terminada la misa, entre rumores de campanas y estallidos de cohetes y voladores, a lo lejos, salieron apresuradamente las jóvenes, antes de verse envueltas en apretura. En la puerta se acercó a ellas Manuelita Vasquez, su parienta, dándoles muchos abrazos y sonoros besos.

-«Linda, preciosa, encantadora, por fin te encuentro» decía a Gabriela. «Unos jóvenes ingleses, recién llegados, aseguran que no han visto en el mundo creatura comparable a ti. He pasado cinco o seis veces a tu casa sin encontrarte. Mi mamá está un poco resfriada. ¡Qué bonito es el traje que llevas! Es encargado a Europa, con toda seguridad. ¿Podrías prestármelo para sacarle molde? A propósito, dime dónde vive la Filomena, la costurera de la calle Ramírez [28] que se ha mudado. ¿Sabes que la Elena acaba de separarse de su marido? Dicen que le pegaba y la tenía con los brazos azules de moretones. Miren ¡qué hombre, Señor, qué hombre! ¿Y dónde piensan pasar ustedes el verano? ¿se van al fundo o a Viña del Mar?»

Manuelita dejó caer este chaparrón de preguntas y de observaciones sin dar tiempo a replica; todo se lo preguntaba y respondía sola, menudeando abrazos, grititos, exageraciones, superlativos y diminutivos. Su cara redonda brillaba de satisfacción, con grandes ojos de carnero inmóviles y la boca sonriente, balanceándose de un pie al otro, y meciendo su cuerpo bien alimentado y maciso. Experimentaba la satisfacción de mostrarse a los ojos de la gente, en compañía de las tres más hermosas y elegantes jóvenes de nuestra sociedad, en escena de familiaridad íntima y pública. Perteneciente a buena familia que había venido a menos por diversos percances de fortuna, no se resignaba a la pérdida del palco y del coche, asiéndose de sus primas y parientes ricos con la extraordinaria tenacidad de los náufragos a la tabla. Así conseguía invitaciones, asistía a fiestas, se trepaba al mejor asiento de un victoria y al primero de los de palco en la Ópera, poniéndose, de paso, las boas y los sombreros o las capas recién estrenadas por sus primas, cogiéndolas al pasar sobre las cómodas, sin consentimiento de sus dueños. Gabriela, con esto, se reía, sin protestar; Magda, en cambio, echaba la casa abajo.

«-Es una intrusa insoportable» decía. «Es capaz de quitarle su capa a la Virgen en la procesión del Carmen. Esto ya no se puede aguantar. Hay que levantarle los vestidos y darle... palmadas...» Y se [29] ponía tartamuda de cólera. En cambio le hacía las bromas del siglo a cada instante.

No bien se hubieron acercado a la reja del templo, cuando Manuelita

divisó el grupo de jóvenes que venía a su encuentro, ya comprendió, con su inteligencia rápida, y su malicia que se preparaba alguna fiestecilla improvisada en casa de las Sandoval; reconocía el vis-a-vis de éstas, el victoria de Alvareda, y el automóvil de Sanders. «¡Ah, pícaras! ¿Con que cena tenemos?... ¿Habrá pavo también? Llénenme siquiera en el automóvil, ya que vivimos a una cuadra de tu casa». Y sin decir más, la muchacha, moviendo a un lado y otro su cuerpecillo regordete, con paso decidido y firme se abalanzó al automóvil, abrió la portezuela y se arrellanó en el fondo. Magda siguió tras de ella.

«-¿Dónde te vas a meter? Eso no es correcto», le dijo Gabriela a media voz. «No puedo dejar sola a la novia», repuso Magda.

«-¿Qué novia?

«-¿No saben ustedes que Manuelita se casa?»

«¿Con quién?» preguntaron todos los jóvenes en coro, adivinando una picardía.

«-Con un caballero ilustre, con... don Pedro de Valdivia», agregó Magda sentándose junto a Manuelita. Y mientras ésta se sulfuraba, salió el automóvil hecho un infierno, haciendo resonar la bocina y arrojando bocanadas de humo de petróleo.

Minutos después, la comitiva se detenía a la puerta de Sandoval, en la calle de la Compañía, Era una casa construida cuarenta años atrás, por el arquitecto Wilman, siguiendo, por indicaciones del propietario y en virtud de la rutina, el antiguo sistema de patio andaluz importado por los primeros conquistadores. [30]

Presentaba fachada imponente, de grandes ventanas con rejas de hierro en forma de lanzas. El vestíbulo estaba enlozado con mármol, así como el patio. Dos estatuas de bronce, oscuras, sostenían faroles de gas que iluminaban el techo artesonado y todo blanco del vestíbulo. Al frente, a la entrada del corredor, otras dos estatuas gemelas, arrojaban su luz hasta las grandes galerías vidriadas del segundo patio. Grupos de sicas, de palmeras y de bambúes daban al primer patio el aspecto de colosal jardín de forma irregular y caprichosa. Junto con apretar el botón eléctrico de la campanilla, abrió la mampara el viejo portero de fisonomía enteramente afeitada y de cabeza blanca. El jardín presentaba magnífico aspecto. Siguiendo las rápidas indicaciones de Magda y mientras oían misa, habíase colgado infinidad de farolillos chinescos de las ramas de las palmeras y de los bambúes, de los techos de los corredores, de los alambres del telón que daba sombra al patio. Las puertas se hallaban abiertas y las habitaciones a media luz. Sentíase el lujo discreto de pesados cortinajes; de luz reflejada en grandes espejos biselados de cuerpo entero de muebles de estilo Luis XV tallados, de las psiches; revelado en lavatorios de plaqué colocados sobre planchas de mármol; en los encajes de las cortinillas; en el perfume característico y uniforme de las habitaciones; en las mesillas de laca blanca llenas de útiles de marfil, cepillos y frascos de baccarat; en los floreros japoneses por los cuales se arqueaban, colgando, los manojos de rosas; en la cubierta fresca de la última novela; en el cortador de carey cincelado, en la pequeña lamparilla de plata esmaltada, con pantalla de encajes de Inglaterra. Los detalles exquisitos de refinamientos [31] y de lujo de aquella espléndida casa pasaban desapercibidos a los ojos de los profanos que sólo

experimentaban la sensación imponente de algo desconocido y misterioso, atributo de un culto extraño, de ídolo.

La comitiva penetró a la casa con algazara y risas. Marchaban a la cabeza Magda, y Pepita, seguidas de Gabriela, de Manuela y de los jóvenes, dirigiéndose al pequeño salón de la izquierda. Allí sentado sobre cómodo sillón Voltaire se encontraba don Leonidas Sandoval y Guzmán, padre de los jóvenes, con las piernas envueltas en fina manta de vicuña, un cigarrillo en la mano y la Revista de Ambos Mundos en la otra. La cabeza enteramente blanca, los ojos expresivos, la sonrisa benévola, la barba cuidadosamente recortada, le daban ese aire que atribuían a los antiguos senadores romanos, mezcla de majestad y de familiaridad: imponía.

«-Adelante, caballeros», les dijo; «espero disculpen si mis achaques y el reumatismo a la pierna, me impiden recibirlos como yo quisiera. Pero están ustedes en su casa. Adelante».

Los jóvenes penetraron al saloncito, amueblado a usanza de 1840, época en que habían sido traídos de París los pesados cortinajes de brocato de seda y los macizos y grandes sofás de caoba tallada. Alto espejo subía de la chimenea al techo. La mesa de boule, con incrustaciones de bronce y Carey, era verdaderamente regia y de carácter, así como la pieza de centro, de porcelana de Seyres, traída hacía medio siglo. Las paredes, tapizadas de seda verde oscura, estaban adornadas solamente por dos cuadros: un paisaje de Corot y un retrato del oidor de la Real Audiencia de Lima, don Nuño de Sandoval, atribuido a Goya, lo que no era de extrañar, dada su admirable [32] factura. En ese retrato de abuelo se notaba el labio grueso y la nariz aguileña características de la familia, tan pronunciadamente señaladas en don Leonidas, y la misma fealdad, llena de aristocrática distinción. El tapiz de la salita era de Aubusson y de una sola pieza. Dos o tres vasos, llenos de flores, colocados sobre pedestales cuadrados de laca blanca, daban a la habitación su nota fresca, rompiendo la solemnidad y el estiramiento que naturalmente se imponían.

Gabriela penetró con paso y aire propio de mujeres que conocen una habitación, seguida de los jóvenes, que saludaron a doña Benigna, madre de las Sandoval, y a doña Sabina, hermana de don Leonidas y madre de Pepita Alvareda. Se hizo la presentación de Ángel Heredia a quien acogió don Leonidas con mirada penetrante y excrutadora al par que con su sonrisa fríamente cortés. Magda arrojó sus guantes blancos sobre la bandeja de plqué cargada de tarjetas, se transportó de un salto al salón vecino y abriendo el piano de Erard se puso a tocar, sin sentarse, la marcha de «Sambre et Meuse», muy de moda en aquellos días. «Lo hago para alentarles la confianza» dijo en su tono habitual «y para que le pierdan el miedo a mi papá... ¡Pobrecito! tan bueno y tan suave, pero con una cara que asusta, como yo se lo digo muchas veces»... Y poniéndose de otro salto en el saloncillo dio a su padre un beso en la frente, iluminándolo con rayo de luz cariñosa. Era la niña mimada y regalona. Gabriela, habitualmente seria, no tenía los atrevimientos, ni se permitía las licencias de Magdalena que todo lo creía lícito.

En un instante los jóvenes se adueñaron del gran [33] salón, profusamente iluminado. El resplandor de luz eléctrica parecía multiplicarse en inmensos espejos que cubrían las paredes, con mil reverberaciones. Grandes vasos de china, llenos de flores frescas se

alzaban junto a los biombos cubiertos de fantásticos dragones. Un alto jarrón de porcelana de Charlottemburg, de tono blanco y oro, decoraba la esquina. Junto al largo piano de cola, una palmera extendía sus finas y largas ramas.

Pepita se puso al piano; tocaba sin mirar, volviendo la cabeza al joven Sanders y sonriendo, con la melancolía de la mazurka de Godard en las pupilas. Seguía levemente el compás con las ondulaciones vibrantes de su busto, señalando el ritmo con el talle, como esbozando la melodía. Sanders se colocó cerca del piano, sentándose en el brazo de una silla.

Sobre otra, se hallaba Gabriela. Ángel Heredia se fue acercando a ella lentamente.

«-Hace ya muchos años que yo la conocía...» dijo, con voz de timbre metálico, un tanto lenta.

«-¿Sí?...»

«-Su recuerdo está unido al de la primera comunión de mi hermana Marta. Creo que usted era una niña rubia y adorable que llamaba mucho la atención... y... perdóneme... que parecía un sueño de Murillo.

«-¿Marta? Sí, recuerdo», respondió Gabriela con voz algo turbada, en ese tono especial que toman las mujeres cuando desean agradar a un hombre. «Marta Heredia... era una chiquilla encantadora... ¿Y qué es de ella?» preguntó con interés.

«-Ha muerto».

«¡Ah!... no la sabía...» [34]

Hubo súbita pausa durante la cual se oyeron caer, como perlas, unas notas de la mazurka de Godard. Por distracción involuntaria, Ángel dirigía su mirada hacia la sombra de la cabecita de Pepa que se movía sobre el papel de música, a impulso de las velas del piano.

«-Dispéñeme usted si renuevo un recuerdo para usted tan doloroso», díjole Gabriela a media voz.

«-Al contrario, se lo agradezco, pues el recuerdo de los cariños santos nos eleva y nos consuela, haciéndonos a nuestros propios ojos mejores de lo que somos».

Gabriela al oír estas palabras experimentó regocijo íntimo y delicioso, exquisito placer de sentir su alma palpitando al unísono con otra alma en los mismos sentimientos delicados y nobles. Era que ignoraba la sugestión poderosa e inconsciente ejercida sobre nosotros, aún a pesar nuestro, por circunstancias exteriores, la noche, los nervios, la temperatura, el calor de otra alma, los sonidos melódicos de un piano, las armonías y tonalidades quemantes de la voz humana; ignoraba las falsificaciones inconscientes del sentimiento que no viene de adentro y es despertado por de fuera.

Ambos callaban. Pepita continuaba la melodía de Godard con movimientos tiernos y gestos apasionados. Las luces del piano proyectaban reflejos sobre sus cabellos negros y arrancaban destellos luminosos de sus aros de brillantes. El gran clavel rojo prendido sobre su pecho se estremecía junto con las notas que desgranaban en cascada sentimental terminada en uno de esos pianos en que la música se suspende, quedando pendiente la última nota, pronto fundida como en suspiro harmónico. [35]

Gabriela bajaba la vista; al levantarla, cruzándola con la mirada ardiente de Ángel Heredia, su suerte se hallaba decidida por el rayo

luminoso y fulminante de esos ojos, por la ráfaga de música de Godard, por el enervamiento especial de aquella noche, acaso por el perfume de heliotropo del pañuelo, por lo imprevisto, por lo desconocido, por mil pequeñas circunstancias exteriores. Y su corazón palpitaba henchido de algo nuevo, como si escuchara ese verbo divino, esa palabra revelada que llenaba el alma de los primeros creyentes de la historia del cristianismo.

Momentos después, se abrió de par en par la puerta del comedor y aparecía Javier Aguirre vestido con toallas, a guisa de sobre-pelliz de cura, y capa pluvial arreglada con un pañuelo de ternó de doña Benigna; Félix Alvareda le llevaba la punta de la capa en carácter de monaguillo. Magda traía en fuente de plata la muñeca regalada en el paseo y Emilio Sanders la ayudaba, como padrino, con toda la gravedad del caso. Llegáronse al centro del salón, en donde la concurrencia se agrupó en torno de la muñeca.

«-Te bautizo y doy por nombre para tu corta vida terrestre, los de Magda, Josefina, Victoria, Ema, y Emilia, en recuerdo de tu madrina, la señorita Magda Sandoval y tu padrino don Emilio Sanders, a quien Dios bendiga y conceda suficiente paciencia para vivir en Chile...»

«-Con semejante madrina... cava sans dire...» contestó Sanders.

Arrojose unas gotitas de champagne sobre la cabeza de la muñeca, gravemente sostenida por los padrinos en la fuente bautismal, y sin más, el joven Aguirre vació el resto de la copa sobre la cabeza de [36] Sanders que puso el grito en el cielo. Y con grande algazara pasaron los jóvenes a la mesa de la cena. Hallábanse en aquella edad dichosa, aún no humillada por la vida, en la cual, lo presente, se ilumina con esperanzas y destellos de luz de lo futuro.

- II -

Las casas nuevas de la hacienda «Romeral de Culipeumo» se encuentran situadas en lo alto de una colina; son de construcción moderna, de un solo piso, pero levantadas sobre terraplén con subterráneo; de elevados y espaciosos techos, grandes ventanas, anchos corredores y pilares por los cuales trepan enredaderas de madreSelva, de campanillas y de yedra, formando verdaderos muros artificiales que cubren la parte baja de la casa con tapiz de verdura. Las habitaciones son espaciosas, todas de piso encerado y cubierto con tapices en el centro; el salón y comedor tienen parquet, zócalo de madera y techo con artonados de madera estilo Jacobo II, imitación de antiguo. Presentan una elegante y comfortable instalación a la moderna, con lámparas de gas acetileno, sala de billares y espléndida capilla, monumentalmente decorada, con techos estucados y vidrios de colores y hasta un harmónium-pianola que se tocaba los domingos durante el servicio religioso.

A un costado de la casa deslizábase el río con hilos de agua en verano, transformados en mar durante [38] los inviernos o en la época de los deshielos, como todos los ríos de Chile; lleno de canales y de bocatomas y de turnos y de comuneros que se llevaban peleando todo el año, salvo los propietarios felices de primeras aguas. A la izquierda, a no considerable distancia, estaban las casas viejas del fundo, de techos bajos, cubiertos de teja, y corredores enladrillados al ras del suelo, con ventanas de hierro, anchos portones y gruesas murallas de adobe. Servían ahora para administración, lechería y uno de sus costados de bodega de

vinos. Así, con la prudencia económica de la gente de campo, nada se echaba en saco roto.

El paisaje, desde las Casas Nuevas, era admirable: al costado se deslizaba por su enorme hoyo el río; en el fondo, la Cordillera de los Andes con altos y acerados picos, todavía cubiertos de veladuras de nieve, y otras fajas de montañas azuladas, recortadas las unas encima de las otras en las lejanías diáfanas. Al pie de las casas se desarrollaban las avenidas y jardines del parque, de altos árboles al estilo inglés, con prados verdes en los cuales surgían pinos, abetos, araucarias, palmeras, plátanos de anchas hojas brillantes, un hermoso grupo de pataguas y de boldos primitivos que formaban tupido bosque, enlazado con quilas y plantas parásitas. Desde la entrada del parque, cerrado por reja de madera blanca, hasta las puertas del fundo, corría espaciosa avenida de álamos de Carolina. En el fondo se divisaba el techo vidriado del Conservatorio que brillaba al sol como bracero de fuego. Las avenidas del jardín estaban cuidadosamente cubiertas de concha. Sentíase, al caer la tarde, ambiente de frescura, con sólo mirar la estrella giratoria colocada al extremo de una manguera, que arrojaba lluvia de rocío sobre el prado. [39] Ráfagas cargadas de olor a magnolia o a floripondio pasaban envueltas en perfumes de rosa. Oíase alegría, del vivir, voz de la naturaleza en las tardes de verano, en la época en que comienzan las trillas y van a las máquinas los carros cargados de doradas mieses.

Don Leonidas contemplaba con secreta melancolía ese espectáculo, paseándose por uno de los corredores de la casa, apoyado en su bastón, con la cabeza cubierta con gorra de jockey, echada sobre los hombros su ancha manta de vicuña. Parecíale que ya su vida se hallaba próxima al final de la jornada; su sol, también, iba a ponerse para siempre. Le sería preciso abandonar honores, fortuna, y goces conquistados con tan rudo e infatigable batallar, en pos de cincuenta años de faenas campestres, mezclados con aventuras políticas, en el momento en que su familia se encontraba grande y las muchachas quizás próximas a casarse. Era don Leonidas uno de los curiosos tipos característicos de nuestra tierra chilena y de las viejas tradiciones que los han criado, mezcla de energía y de astucia, de espíritu aventurero y disimulado, sin cultura intelectual. Perteneciente a familia que había desempeñado puestos de honor durante la colonia y en la patria vieja, tenía el orgullo feroz de los antiguos encomenderos y conquistadores españoles, convencido como estaba de que su extirpe descendía del Rey don Pelayo o poco menos; si hubiera nacido en Francia, habría mirado con desdén a los Montmorency. Su familia, desde su llegada a Chile, hacía dos siglos, se había entregado a la agricultura, poseyendo inmensas extensiones de dominios territoriales en los cuales el inquilino era considerado como el siervo de la Edad Media, y el patrón impartía sus órdenes con [40] autoridad soberana e inapelable, en forma despótica y tratando de aprovechar hasta las utilidades más ínfimas, y estrujando el cinco del peón forastero o el latiguillo de la carreta y los rastros de la siembra. De aquí resultaban ciertos caracteres especiales de orgullo personal y de dureza, transmitidos de generación en generación, a la par que un dejo de malicia propio de casi todos nuestros hombres de campo, entre quienes la mala fe llega a formar algo como segunda naturaleza, con el arte de explotar al

prójimo. Después de recibir la educación un tanto rudimentaria dada en Chile durante medio siglo, don Leonidas fue enviado al extranjero, en donde viajó durante algún tiempo, en compañía de un eclesiástico. De vuelta a Chile, cansado ya de rodar tierras, y con el prestigio que procuraba entonces cada viaje a Europa, se caso con doña Benigna Álvarez, quien, si no brillaba por su hermosura, le llevaba por lo menos fortuna cuantiosa. Ya era tiempo de matrimonio, pues don Leonidas tenía sus ribetes de calavera gastado. Con esto, y, entregándose de lleno a trabajos de campo, hablando poco y opinando menos, cobró reputación de hombre reposado y frío, y hasta las condiciones físicas «del personaje grave». No tardaron mucho en llegarle honores y fortuna política. Hicieronle diputado, votaba constantemente con la mayoría y seguía como artículos de fe las opiniones y caprichos del Presidente de la República, de quien dependían entonces la lluvia y el buen tiempo. Habló dos o tres veces pidiendo se protegiera la industria nacional, creándose el impuesto al ganado argentino, pues, para él, todo el fin de la política consistía en servir a sus propios intereses personales, sea por medio de gabelas que los favoreciesen, sea trabajando por la construcción de [41] un ferrocarril, puente o camino carretero en su provincia, sea pidiendo la creación de algún destino público inútil para dárselo a parientes que hubiesen venido a menos. En cambio, para los hombres de gobierno era don Leonidas amigo inmejorable, a pesar de ser hombre personalmente honrado, votaba sin vacilación los poderes más vergonzosamente falsificados por los amigos del Gabinete, y tomaba la defensa del Ministro con motivo de negocios hartamente enredados y turbios. Con estos antecedentes, fisonomía simpática, acentuada por [42] grandes bigotes, aire grave y reposado, andar tranquilo, tono discreto, y cierta reputación de fortuna, llegó pronto a sentarse en sillón Ministerial, lo que no era poco en aquellos tiempos del tabaco en que los Ministerios duraban varios años y no meses como ahora.

El caballero, cuya edad frisaría con los sesenta y cinco años, se paseaba, apoyado en su bastón, con el paso lento que le daba importancia en la vida pública, acentuado ahora por el reumatismo. Contemplaba el paisaje, mascando pastillas para el pecho, cuando vio salir a su hija Gabriela, y la hizo con la mano seña cariñosa para que lo aguardara.

«-Espérate hijita, no más. Mira que a los vicios les gusta mucho andar acompañados, sobre todo con chiquillas. Uno se remoja, así, como si sacudiera de encima el peso de los años que se llevan las ilusiones y nos dejan el reumatismo.»

«-¿Cómo se siente, papá?» le preguntó la joven con ese tono solícito y regalón a la vez, de los niños que desean alguna cosa y se preparan el camino para conseguirla. «¿Ha dormido bien su siesta? ¿Se le fue la siática?» y contemplaba con interés el rostro de piel amarillenta y arrugada de su padre a quien los grandes bigotes y la cabellera cana daban aspecto de senador del Imperio. «¿Se le han quitado los dolores?»

Don Leonidas tuvo gesto desalentado: -«¡Ay! no... muy al contrario...» En el fondo experimentaba placer cada vez que tenía ocasión de hablar de sus dolencias y achaques, exagerándolos un poco, y complaciéndose en describirlos con todo género de minuciosidades y detalles. «Mira, aquí el hombro me ha dolido algo, y bastante me ha

molestado la parte inferior de la rodilla... siento una puntada en el costado que no me deja... suele hacerme ver estrellas... pero ahora me siento mejor. Tengo la pierna más desprendida.

«-Vamos a dar un paseo por el parque» le dijo, apoyándose en el brazo de su hija, con el orgullo paternal de sentirla tan hermosa, y acaso pensando en el cuadro que ambos formarían, mirados desde los corredores por alguno de los invitados. «No estaría mal que echáramos un párrafo, Gabriela».

Sus pasos crujían por las avenidas cubiertas del blanco polvo de la concha. «¿No tienes nada nuevo que contarme?» le preguntó en tono malicioso.

«-Nada, papá» contestole Gabriela, cubriéndose involuntariamente de rubor, al sentir el peso de la mirada interrogadora de su padre.

«-Es inútil que lo niegues, porque tú no sabes mentir... ya ves como la cara te desmiente» agregó el caballero. «¿Qué no has oído la canción?

«Piensan los enamorados

y en esto, no piensan bien
creen que nadie los mira,
y todo el mundo los ve». [43]

«A mí no se me escapan estas cosas, hijita, que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Desde la primera noche que vino a casa el jovencito, ya comprendí que andaban moros en la costa. Y a ti no te disgusta ¿eh? picarilla», agregó jovialmente.

Y luego, después de una pausa, dijo en tono melancólico:

«-Para eso, no más, cría uno sus hijas, y las regalonea, para que llegue cualquier mozalbete y se las robe...»

Contemplábala con el rabillo del ojo y el corazón palpitante. Las más encontradas sensaciones asaltaban a la joven: temor de que su padre no recibiera bien a su pretendiente, el de que la hallara demasiado joven para pensar en matrimonio, mil ideas diversas. Así es que cuando le oyó hablar en tono ligero sintió que la quitaban peso enorme de encima. Se consideraba salvada, y respiró con la amplitud feliz del que acaba de cruzar grave peligro.

Don Leonidas iba siguiendo las diversas impresiones en el rostro de su hija, y para eso, precisamente habían iniciado su conversación en tal forma. Ahora ya estar ya no le cabía pisca de duda: Gabriela debía enamorada de aquel joven. Una nube preñada de preocupaciones cruzó por sobre sus ojos.

«-¿Crees que yo te quiero? ¿tienes fe absoluta en mi cariño?» preguntó, de repente, a su hija, deteniéndose junto a una mata de claveles.

«-Sí, papá...»

«-Entonces, déjame que te hable con franqueza, con el corazón en la mano, como pintaban en las caricaturas del Charivari a don Pancho Marín...»

La joven se sonrió al ver la salida de su padre, a quien miraba con profundo respeto, casi endiosándolo. [44]

«-Vamos a cuentas, agrego el caballero. Tú no conoces el mundo, hija mía, ni sabes lo que es la existencia, ni los resortes que mueven a los

personajes de la comedia humana llamada vida social. A ti te parece lo más sencillo del mundo que un hombre corteje a una niña, que se amen, se casen y sean felices. Crees a pie juntillas en la sinceridad de sentimientos, en la bondad de los hombres y en la virtud de las mujeres. Eso les pasa, al comenzar la vida, a los seres honrados y llanos como tú, hasta, que llega el instante en que el velo se corre de los ojos, y se llora con lágrimas de sangre los errores, ya del todo irreparables, de una juventud tan inquieta como despreocupada. Y lo peor es que, cuando comienzan a ver claro, ya los males no tienen remedio, dentro de la defectuosa organización de la sociedad en que vivimos encadenados por preocupaciones. Mira, hija, es mentira que seamos libres: otros se encargan de darnos corte para los trajes y sus colores, con modas y hasta formas de sombreros. No será ésta la que nos agrada sino la impuesta por lo demás. Las ideas que abrigamos son recibidas de ciertos libros de colegio o impuestas por la familia, por amigos, por gente que nos rodea. El modo de considerar las cuestiones públicas nos lo dan todas las mañanas impreso en diarios; las reglas de conducta generales, nuestros más graves intereses, y hasta nuestros sentimientos se rigen por el «que dirán» ¿Y qué papel desempeña la libertad en todo esto? Absolutamente ninguno. Pero noto que me voy alejando de mi punto de partida. Estábamos tratando de los jóvenes del día, me parece. Para ustedes, en general, todos son iguales; se entiende, en el trato social del mundo en que ustedes viven, pues fuera de los jóvenes de baile y de sociedad, [45] el resto no existe para ustedes. Así, los dependientes de tienda, a los ojos de ustedes, son simples maniqués, unos muebles a los cuales se regatea el precio de las mercaderías, y no cuentan, no son hombres como no lo son los sirvientes, ni el mayordomo, ni los llaveros del fundo ni el medio pelo. Si ustedes consideran a los jóvenes de sociedad como iguales, en cuanto visitan los mismos salones y están emparentados o relacionados con las mismas familias, luego principian a establecer pequeñas diferencias entre ellos, según el temperamento, las inclinaciones o las necesidades de cada cual. A unas les gustan los buenos mozos, esas son las sentimentales; a otras, los ricos y adinerados, esas son las prácticas. Todas desearían que su novio fuese de gran familia, rico y buen mozo, condiciones que hacen recordar las del buey Apis, entre los Egipcios, con escarabajo, en la lengua, en la frente, las patas blancas y los pelos de la cola, dobles... Pero en la vida este animalillo no se encuentra, y de existir, como no puede casarse con todas, quiere a una princesa rusa... como Florencio, aquel amigo mío que se casó en París, formando el círculo de mozos elegantes conocido con el nombre de «los Floros».

Aquí le interrumpió el acceso de tos, sacó su pañuelo, y continuó de esta manera, clavando los ojos perspicaces en su hija.

«-Bueno... Las que no se enamoran, o más bien, las que se casan con un hombre por dinero, no siempre lo hacen conscientemente y de manera cruda. Las seduce la elegancia del joven, la manera de presentarse, sus coches, su reputación de generoso, etc. Ni tampoco suelen soplarle buenos vientos, pues más de una conozco ahora viviendo en la miseria, pues el rico, [46] en malas especulaciones y en derroches ha perdido toda su fortuna. El capítulo del lujo abre pesada y ancha brecha en la vida santiaguina. A pesar de todo, y dejando cálculos a un lado, la que suele

llevar la peor parte es la niña de temperamento sentimental, la que se enamora de los buenos mozos».

Al pronunciar estas palabras, don Leonidas miró a su hija de soslayo, notando que palidecía ligeramente, y luego continuó de esta manera: «Las chiquillas sentimentales se enamoran frecuentemente de hombres de hermosa apariencia física, dejándose arrastrar por exterioridades, sin conocer antecedentes de familia, ni carácter, ni vida, ni valer personal, ni cosa alguna del joven. Y dentro del cálculo de probabilidades, esos factores, descuidados por ellas, deciden la felicidad o la desgracia de su vida. Si un joven tiene padres o abuelos alcohólicos o tuberculosos; si su temperamento es disipado y ardiente; si alguno de sus tíos o parientes es loco; si existe en la familia alguna mezcla no muy visible de cursilería, como dicen los españoles, todo eso influye en la vida, y trae, casi siempre, desgracia en el hogar. De aquí la oposición de los padres a ciertos matrimonios, llamada tiranía por los hijos, a quienes nunca faltan cómplices o encubridores en familias amigas que les sirven de terceros, haciéndoles, «buen tercio».

«Lo más común es hallar en las fiestas un jovencito elegantemente vestido, de conversación agradable, a menudo brillante, de exterioridades atrayentes que sabe presentarse en buen coche, propio o ajeno, en el Parque de Santiago, o en sillón de teatro, con orquídea en el ojal y guantes blancos. No le falta desplante, conoce el arte del empuje o de la «pecha» hasta colocarse en primera fila. Habla al revés y al [47] derecho de todas las cuestiones, de hombres, de cosas, de letras y de política, sin entenderlas, por cierto; lo critica todo, sin que deje de ser pasto de su maledicencia la honra de las mujeres, ni la integridad de los hombres. A él le constan los escándalos. Si puede meter en la conversación alguna gracia, no vacila en burlarse del sabio, del escritor o del político a quienes mira con el más profundo menosprecio. Es capaz de burlarse de su padre. No cree en cosa alguna, a pesar de que, si le conviene, suele ponerse esclavina en procesiones. Está careado hasta la médula, como diente viejo, por depravación, por cálculo, por deseo de surgir, de alcanzar honores y fortuna sin recurrir al trabajo; por brutal y egoísta anhelo de los parásitos sociales que, se aferran a vestidos de mujeres, a la mesa de los ricos, al salón de los poderosos. Siempre cuidan sus personitas: no se les verá en las filas del ejército en las horas de peligro, indiferentes como son a los triunfos o a las desgracias de la patria. Pero no descuidarán el mejor puesto cuando se trate del reparto del botín, sacando entonces garras de cernícalo. Esos pechadores insolentes y buenos mozos, disimulados y astutos, cazadores de dotes, enamorados de vida fácil, de buena mesa, de copa llena y de la mujer del prójimo, esos aspirantes a mano de niña rica y a vida ociosa forman legión, son tan innumerables como las estrellas del cielo y como las arenas del mar...»

Otro acceso de tos interrumpió al viejo que no recordaba el haber hablado tan largo en los anales de su vida. Gabriela, intensamente pálida, lo escuchaba en silencio. Su brazo tiritaba ligeramente como pudo notarlo su padre, y un movimiento de lástima le hizo detenerse en sus observaciones que pisoteaban [48] tantas y tantas ideas juveniles, produciendo trastorno completo en el concepto del mundo por ella formado.

Sólo que si las palabras de don Leonidas podían alterar las ideas de su hija, no eran parte a variar sus sentimientos, pues, según la profunda frase de un filósofo, «el corazón tiene razones que el entendimiento ignora».

Luego, virando rápidamente, para borrar la impresión inexpresiva que temía producir, añadió el caballero: «Felizmente hay un corto número de hombres que a mí me gusta; los de combate, los que se agarran mano a mano con la vida, sin pararse en barras y luchan contra todas las dificultades, la pobreza, la indiferencia de los más, el egoísmo general, el desprecio de los afortunados, el eterno desdén de los que han nacido más arriba y se consideran semi-dioses por el hecho de criarse en cuna dorada. Esos que dan y reciben golpes sin pedir cuartel, y que suben a fuerza de talento, de estudio, de constancia y de trabajo me agradan a mí en extremo; esos que van con los pantalones remendados y zapatos de doble zuela, tiritando de frío, a sus clases de medicina; esos que se levantan con el alba a estudiar y que sueñan con redimir el mundo y con poner algún día su patria a la cabeza del continente, mientras golpean, una contra otra, sus manos azuladas por el frío, esos me son simpáticos. Pero la vida es lucha feroz en que los hombres se muerden y se arrancan trozos de carne a dentelladas. El que surge, se levanta ya gastado, coloreando en sangre, con el brazo roto, viejo en plena juventud. En el camino, al ver cerradas las puertas de la alta sociedad, se ha casado con alguna mujer a quien arrastrará más tarde como bala de cañón atada al pie, olvidando, en las horas de fortuna y de honores, a la compañera [49] de los tiempos difíciles que le sigue como los remordimientos de su pobreza y de sus amarguras. Esta especie de hombres no será la que tú encuentres en el camino, y si la hallaras, acaso tu madre y toda la familia te moviera guerra, pues nosotros no aceptamos sino a los bien nacidos, a los adinerados, a los vencedores, no a los que pueden vencer; a los de cuna dorada, a los que juntan halagos de juventud y de dinero al prestigio de nombre heredado y formado desde antaño. En este bolsón de lotería meten ustedes la mano a ciegas...»

Don Leonidas seguía caminando lentamente, haciendo crujir el camino de conchas, apoyado en el brazo de Gabriela que inclinaba su cabeza pensativa. Un rayo de sol, a través de las ramas de los árboles, venía a jugar con su cabellera rubia, ondeada según el peinado de moda. Por las ramas saltaba, cantando, un jilguero y en la tarde luminosa dilatábanse la paz de los campos, la feliz tranquilidad tan apacible del caer de la tarde. Los jardines, recién regados, arrojaban bocanadas de olor a reseda y de ese otro tan exquisito de la tierra húmeda.

«-No puedo aceptar, papá, todo lo que usted dice, contestones, con su voz ligeramente estremecida, Gabriela. Bien comprendo que debo inclinarme ante su conocimiento del mundo y su experiencia de la vida, yo que la comienzo apenas, pero no creo que el mundo sea tan malo, ni que viva empeñado en esa lucha tan feroz; yo, por lo menos, no la veo. Suele suceder que cuando se recibe desengaños, uno se pone a dudar de todo, y generaliza, como el inglés que al desembarcar en Francia se halló con hotelera de mal humor y de cabellera roja, con la cual apuntó en su libro: «Todas las fondistas francesas tienen el pelo colorado [50] y mal genio». ¿Acaso porque en su vida le han tocado ingratos o malos amigos cree usted que los demás hombres lo sean? ¿Adónde iríamos a parar si las niñas cuyos

padres tuviesen fortuna creyesen que los jóvenes se les acercaban por dinero? Ya no nos quedaría sino el convento, la soledad, el alejarnos de un mundo lleno de corrupción y de bajeza. Muchas de mis amigas se han casado o tienen sus novios y viven felices, a pesar de que no poseen fortuna. Yo no puedo creer que el dinero sea en este mundo una maldición; por el contrario, sirve para soportar las horas difíciles, las dificultades materiales de los primeros tiempos. No crea usted que yo he dejado de ver en bailes y fiestas esos tipos de cazadores de dote, de que habla usted; no son tan difíciles de descubrir, aún para los olfatos más juveniles. Créame que existe en las mujeres un sexto sentido de adivinación, para saber cuando se acerca a ellas el hombre verdaderamente digno de su cariño y de su respeto. Hay un latir apresurado del pecho, se experimenta sorpresa, angustia deliciosa, una zozobra rara que parecen decirnos: «ése que se acerca es el elegido de tu corazón; ése, quien te hará feliz por todos los días de la vida, y sin el cual sentirías el vacío eterno; con él puedes pasar pobrezas, enfermedades, soledades, amarguras, y, sin embargo, la vida será color de rosa. Su voz, su andar, su figura, te parecerán únicas; es el hombre. Y cuando se aleje quedarán vibrando sus palabras en tu oído, y hasta recordarás el acento con que te dijo tal o cual frase de esas que sólo él sabe decir. Bastará una sola de sus miradas, cargadas de fluido magnético y de poder misterioso para que la voluntad se doblegue, vencida, ante la dulzura irresistible de la súplica. A mí me parece que las mujeres, cuando [51] aman, experimentan algo parecido... ¿Soy demasiado expansiva? ¿Acaso franca en extremo?»

«-¡Pobre Gabriela mía!» interrumpióle, con voz queda, el caballero, mirándola de hito en hito, con la ternura de los padres, cuando leen el porvenir de sus hijos como en libro abierto. «¡Quiera Dios que me engañe! Pero me parece que estás destinada a ser víctima eterna de la vida. Eres tan confiada como sincera y lo que domina en tu alma es el corazón puro y de niño, que por no comprender ni la sombra del pasado, está pronto a ser víctima de explotaciones sentimentales que no por ser las más disimuladas son las menos peligrosas. A ti te engañaría un niño chico; nada comprendes aún de las comedias inconscientes del sentimiento, insinuadas o avivadas por intereses, por egoísmo o espíritu de lucro, por las mil formas repugnantes del cálculo. Vas a entregar tu corazón al primer hombre que te dirija una mirada ardiente con la misma facilidad con que el cordero entrega su blanca lana. ¿Pero qué raro es que a ti te engañen si la mayor parte de los seres humanos viven perturbados, corriendo perpetuamente tras de quimeras, en pos de sombras. Desde luego nadie se conoce, ni existe armonía entre éstos tres valores: lo que somos en realidad de verdad, lo que nosotros creemos ser en nuestro fuero interno, y lo que el mundo juzga que somos. En seguida viene la imaginación y todo lo abulta, y todo lo transforma, convirtiendo hechos insignificantes en montañas, sea creándonos desgracias inminentes que no vienen, sea poniendo en nuestras manos, como próximas, la riqueza, el poder, la felicidad que nunca llegan. La imaginación hace que el mundo viva fuera de la vida real, corriendo tras de la Sombra, esa imagen, ese [52] reflejo fascinador que a todos nos engaña, ya lo creamos poder, ya riqueza, ya dicha, ya el amor y que no es sino forma de la vanidad humana... simplemente la Sombra, que sólo llegamos a conocer cuando ya es tarde. La humanidad, como Don Quijote,

muere cuerda después de haber vivido loca...»

Padre e hija no se miraban; algo como una opresión les distanciaba.

En ese instante se oyeron los cascabeles del break resonando en el camino. Eran como las seis de la tarde, hora en que todos los habitantes y alojados se reunían en los corredores de la casa para aguardar la llegada del correo que traía diarios y correspondencia de Santiago, momentos ansiosamente esperados en la monótona vida campestre. En cuanto se avistaba el coche tocábase una campana, para avisar la hora de las cartas y la de prepararse para la comida.

Gabriela se encontraba poseída de singular impaciencia en esta ocasión; esperaba la llegada de Ángel Heredia, que debía pasar algunos días en el fundo vecino de doña Carmen Quezada y había prometido quedarse, de paso, unos días en el don Leonidas Sandoval. La conversación con su padre le había producido impresión dolorosa y, cosa extraña, en vez de aceptar los consejos paternos con el agradecimiento que se debe a todo cariño desinteresado, sentía surgir en su alma sorda irritación hacia don Leonidas, el sentimiento de hostilidad y de encono de los jugadores en contra de los «chunchos» de lo que trae la mala fortuna, algo así como desgarramiento de su cariño de hija. Una fibra desconocida se irritaba y se erguía, como víbora -en ese corazón de bondad- en contra de su padre. Hasta su cutis amarillento y [53] arrugado parecía revestir a sus ojos tinte repulsivo. Ráfaga de odio, algo que abominaba y le causaba horror a ella misma, parecía surgir en la tersa placidez de su alma. El rumor de cascabeles, ya próximos, borró las diversas y encontradas sensaciones que la tironeaban. Corrió apresuradamente a juntarse en el verandah, con Magda, Pepa Alvareda, Manuelita Vásquez, Leopoldo Ruiz, Javier Aguirre, Félix Alvareda y un grupo numeroso de personas que veraneaban en las espaciosas casas del fundo. ¿Vendrá? ¿No vendrá? se preguntaba su corazón palpitante, y delicioso sentimiento de ansiedad la invadía toda entera. Félix Alvareda y Javier la embromaban murmurándole cuchufletas al oído: «¿A qué viene una encomienda de Santiago para usted?» le decía Ruiz, con su tono de huaso. No me parece tan malita. ¿A qué no me la vende? ¿Por qué se pone tan colorada... sino le gusta lo deja, no más. Va a tener dos trabajos, el primero el de enojarse, y después el de desenojarse. Mírenla como se ríe sola. Al hombre, déjenlo, y a la mujer, déjenla...»

Entretanto, llegaban rumores de pasos y ruido de choque de bolas de la pieza del billar, a cuya puerta solía asomarse, con el taco en la mano, un caballero de cincuenta y seis años más o menos, de ojos pardos y chicos, barba nazarena, rubia en otro tiempo, ahora sembrada de hilos de plata, labios delgados, contraídos en sonrisa entre amable y picaresca de viejo vividor con resabios de sátiro. Tenía el cigarro puro encendido, en la mano, y de cuando en cuando lo chupaba voluptuosamente, arrojando con lentitud y saboreándolas, bocanadas de humo que todavía olfateaba con su gran nariz, como que era hombre de explotar las cosas agradables hasta sacarles el jugo, [54] según decía. Tras de él apareció la figura británica del joven Sanders, con los bigotes afeitados y el monóculo en el ojo; quería asomarse a la llegada del correo, y porfiaba por salir, en tanto que el otro forcejeaba por retenerlo. «¿Qué no vamos a las ochenta carambolas? Usted suspende el juego cuando sólo me faltan doce y le llevo ventaja».

«-Así será, don Jacinto, pero deseo ver el correo, y a los que llegan. Me rindo», agregó pasando a don Jacinto Peñalver un gran cigarro habano envuelto en papeles de plata, envite del juego.

El caballero lo cogió al vuelo, como temiendo se le escapara, lo dio vuelta entre sus dedos, y cerciorándose de que era un Hoyo de Monterrey, lo colocó en su bolsillo: «Está bien, joven, le dijo, eso si que es de hombre... fumar estos cigarros y darlos a los amigos, ahora que, so pretexto de crisis le ofrecen a uno «Verdugos» que realmente lo ejecutan y victiman. Se conoce que usted es el tipo del gentleman; quien fuma y ofrece cigarros habanos de ese fuste, cuenta de fijo entre sus abuelos algún conde o marqués. Usted contribuye, joven, a la realización de mi teoría favorita... yo vivo sobre el país...»

Después de pronunciar estas palabras con su buen humor corriente, don Jacinto Peñalver abandonó la sala de billares, la cabeza erguida y echada hacia atrás, dando lentos pasos con ligero balanceo a derecha y a izquierda, habitual en él. Un saludo cariñoso partió del vestíbulo, donde se agrupaban algunos de los veraneantes, al pie de mesas y sillones de mimbre americano, de formas redondeadas: «Ahí viene el «Senador Peñalver». Ése que llamaban, en la intimidad, sus amigos «Senador», era uno de los personajes más característicos de la sociedad santiaguina. Como [55] él mismo decía «soy tan indispensable en las casas de buen tono como los manteles en la mesa»... «me tratan bien en todas partes porque soy llano, afable, corriente, sé divertir a las mujeres y reírme de los «siúticos»... soy un elemento social y vivo sobre el país...» Era el «Senador Peñalver» un personaje simpático, interesante, y en extremo curioso, producto de civilizaciones jóvenes, como la nuestra, en contacto con viejos principios y preocupaciones aristocráticas del antiguo régimen. Por familia, pertenecía Peñalver a una de antiguo y honroso abolengo, cuyo prestigio se había mantenido intacto por varias generaciones, durante las cuales ocuparon sus miembros posición espectable en la sociedad chilena y en la administración pública. Era, con todo, aventurero sin profesión, ni fortuna, ni medios conocidos de existencia, ni recursos de alguna especie. Cuando joven se había distinguido por su extraordinario y fino olfato en materia de negocios. Había descubierto, en el extranjero, minerales de cobre, de estaño y de carbón cuya importancia era considerable, trayendo esos negocios, todos ellos de primer orden, para ser colocados en el país. Otros, más listos o menos excrupulosos, supieron organizarlos llevándose la parte del león y dejándole simplemente las raspaduras, en forma de cien o doscientos mil pesos, que el «Senador Peñalver» había tirado por la ventana, sin contarlos, en uno de sus viajes a Europa, acostumbrado a tratarse de igual a igual con los jóvenes más elegantes y más ricos del círculo de «los Floros».

En cuanto se le agotaron las municiones volvió a Chile en busca del vil metal, pero sin deseo alguno de conseguirlo por medio «del trabajo deprimente del barretero», pues un Peñalver se hubiera envilecido [56] trabajando, cosa de gente para poco más o menos. El colmo del arte consistía, a su entender, en darse buena vida, en cortejar mujeres hermosas, comer en buena mesa y en compañía de la mejor gente, y beber champagne y fumar buenos cigarros sin gastar un céntimo y sin trabajo, ejerciendo el ocio con la dignidad de gentilhomme con derecho «de llave,

uso y servidumbre» como los grandes de España. Don Jacinto, «el Senador Peñalver» era, sin embargo, aventurero con el más profundo y acendrado sentimiento de dignidad personal; sabía poner a raya a los indiscretos y darse el mejor y más cómodo lugar en todas partes. ¿Cómo vivía, cuáles eran sus recursos? La gente muchas veces se lo había preguntado, sin alcanzar ni asomos de respuesta. Lo más atinado era lo que había dicho un día Magda, con su habitual precipitación y ceceo andaluz: «Ese es un Misterio- que el mundo para siempre ignorará...» Lo cierto es que no daba sablazos, no pedía prestado, ni jugaba en el Club, ni cometía el más leve acto de indelicadeza. Tampoco desempeñaba puesto público, ni privado. «Yo realizo el ideal de la economía política, solía exclamar con su voz agradable de barítono cantante, «vivo lo mejor posible y con el mínimo de esfuerzo... vivo sobre el país». De inteligencia fina, penetrante y muy clara, de profundo conocimiento del mundo y de la sociedad chilena, de maneras aristocráticas e insinuantes, aunque cortantes a veces, poseía el arte de ser bien quisto de todos, sin adular y sin rebajarse como los parásitos de casa grande. Era hombre de suficiente perspicacia para poder decir en ciertas ocasiones: «admiro a los hombres de talento pues yo, con solo dos o tres ideas, he conseguido vivir hasta el presente?...» [57]

En esos instantes se detenía el break frente, a la puerta de entrada. El «huaso» de manta y espuelas que acompañaba siempre al carruaje, recibía de manos del cochero un nécessaire de piel de cocodrilo con funda tabaco, dos maletas de cuero de chanco inglesas, sacos de noche y paquetes de mantas con hebillaje nikelado. Al mismo tiempo descendían cuatro jóvenes, entre bienvenidas de los del grupo del pórtico y saludos de los de abajo. «Ahí viene «Polo» Sánchez con «Paco» Velarde y Ángel Heredia...» exclamó Javier Aguirre. «Ahora sí que vamos a divertirnos... lo menos que haré con ellos será echarlos a la laguna...» Y luego, cuando hubieron avanzado con sus maletines hasta el pie de la escalera, a donde salía a recibirlos Magda con ligereza de ardilla, el joven Aguirre puso las manos a guisa de embudo, gritándoles: «¡Vivan los novios! ¡Vivaaa...!» Y luego hizo con las manos una imitación bastante exacta del ruido de los voladores que tiran en los campos en los «casorios» campestres... sh... pum... pum...

El joven Aguirre, como primo de las niñas, podía permitirse esas y otras bromas. En cambio, el pobre «Paco», antiguo cortejante desgraciado de Magda, se puso colorado hasta las orejas, dirigió a Javier miradas furibundas y viendo las risas concluyó por reírse a su turno, aunque de mala gana. No tardó en formarse grupo bastante animado, entre los recién llegados y los veraneantes que los acosaban a preguntas. Sobre mesillas de mimbre se hallaban extendidos los diarios de Santiago, la Ilustración Francesa, Fémina, La Mode, La Agricultura Práctica y otras revistas recién llegadas junto a un paquete de correspondencia, que todos hojeaban rápidamente. El «Senador Peñalver», con los anteojos calados recorría [58] la prensa oyendo al mismo tiempo la conversación.

«-¿Qué se dice de nuevo?

«-Que el Ministerio cae...

«-¿Cómo, si tiene mayoría en ambas Cámaras?» preguntó don Leonidas para hacerlos hablar.

«-Lo han derribado sus amigos», contestó el recién llegado, «haciendo el vacío en torno suyo; han pasado diez días seguidos sin darle número

para las sesiones del Congreso, y los Presupuestos no se aprueban».

«-Un Ministerio más

¿Qué importa al mundo?»

Exclamó el «Senador Peñalver», parodiando a Espronceda, pero sin soltar su diario. «Joven, eso es tan vicio como el andar a pie. Son de ordinario los amigos los que nos hacen las peores jugadas. Los amigos nos meten en sociedades ganaderas sin ganados y sin tierras o en salitreras sin salitre; ellos se llevan las acciones liberadas y nos dejan hoyos y clavos; los amigos nos hacen afianzarlos...

«-Me gusta esa metáfora por lo valiente» interrumpió «Paco» mirando al Senador con malicia.

«-¡Joven, confiese usted!... ¿qué no corren, por ahí, algunos papelititos en que usted aparece de afianzado? Pero no se asuste, yo no le pediría la fianza...» agregó el Senador con insolencia irónica.

El joven «Paco» que ganaba unos cuantos pesos mensuales como secretario de Sociedad Anónima se corrió por segunda vez; pocas ganas le quedaron de meterse en otra ocasión con el «Senador».

«-Y en sociedad ¿qué se dice?

«-¡Uf! Viña del Mar está que se arde. Opíparas [59] comidas, cenas a lo Petronio, grandes fiestas... todo es grande, hasta el baccarat... Algunas señoras jóvenes, siguiendo la moda de Monte-Carlo, también juegan. La señora Brandsen acaba de ganarse una acción del Sindicato Unido que vale cuatro mil pesos. Un salitrero rico, el señor Lavaquete, ha encontrado manera de gastar doscientos mil pesos en la temporada. Tiene cuatro automóviles puestos para pasear a sus amigas... y pierde todas las noches dinero en suma fuerte y habilita a los que no lo tienen. El champagne corre como el agua. Los corchos saltando al techo forman fuego graneado, como el de los antiguos soldados cívicos en Dieciocho».

«-Nada más divertido, agregó «Polo», que la representación de Circo en el Gran Hotel de Viña. Repetíase la parodia del Frank Brown, durante la exhibición de elefantes sabios por la princesa de Mairena. Tito Díaz, sentado en un cochecillo de baby, hacía de elefante chico; Antonio Belmar, empujaba el pequeño vehículo con la cabeza, como elefante mayor y la señora de Prikles, alzándose un tanto el vestido, con la mano izquierda, hacía sonar la fusta con la derecha, exactamente como la princesa de Mairena en el Circo, dándoles voces en francés. El supuesto elefantillo bramaba mu... con voz fuerte y cavernosa, estremeciendo los vidrios del salón. En esto llega la señora de Tito y le apea de una oreja...

Escuchábase con profunda atención la cuenta detallada de fiestas, escándalos y chismografía de Viña del Mar, en aquellos días en que todos se creían millonarios o próximos a serlo. Don Leonidas se agarraba la cabeza a dos manos. ¡Y pensar que no ha existido en el mundo sociedad más seria que ésta [60] ni donde las mujeres fuesen más virtuosas ni los hombres más honorables! El mundo se está corrompiendo. La sed de fortuna improvisada los ha vuelto locos. Le parecía ver a la señora Brandsen, a esa hermosa dama de perfil griego, coqueteando con el joven a quien habían dado en esos días el sobrenombre de «Petronio» por el lujo de sus fiestas, y arrojando montones de billetes al tapete verde... todo a vista y paciencia de su marido que sólo vivía pensando en sport y en carreras...

«-No se asuste, don Leonidas, en algo habíamos de progresar, dijo el joven Sanders. En Monte-Carlo he visto niñas elegantes que perdían miles y miles de francos en las mesas de juego, sin manifestar la menor emoción. Eso es muy chic... es el dernier cri... dejarse pelar fumando un maryland alegremente. Ustedes saben que en Europa todas las mujeres elegantes fuman. ¡Ah!... sí... ¡Ah!.. sí!...

«-¿Acaso en Chile no fuman desde los tiempos de ñauco las mujeres?» interrumpió Leopoldo Ruiz. «Mire, amigo, ña Peta, la llavera de casa, cuando yo era «huaina» se llevaba fumando no más, a la orilla del bracero todo el día, y con el cigarro detrás de la oreja cuando la llamaba mi mamá; usaba cigarrillos de hoja que ella misma hacía. Y no dejaba de fumar ni cuando preparaba las compotas de durazno que sabía hacer de rechupete. Y en viéndola le decía yo: «¿Hasta cuándo fumará, ña Peta» -«Ejelo no más, que me decía, «pa que no críe maña... en de que nosotros los pobres no tenemos otro engaño...» De que ahora fumen también las señoritas no me asombra, pues, con los años mil vuelven las aguas por do solían ir». [61]

La campanilla, en esos instantes, señalaba hora de comer. Dirigiéronse hacia el amplio comedor de las casas, con asientos para treinta personas, pues en verano solía juntarse una colonia y don Leonidas recibía con largueza propia de caballeros antiguos. La comida era sencilla, rústica, pero en abundancia; los vinos bastante buenos, había quesos, conservas, paté de foie, caviar, brie. Servíanse varios platos a la vez, en fuentes de plata, y cada cual elegía lo que juzgaba conveniente. Los convidados se habían sentado sin orden ni etiqueta. Gabriela conversaba animadamente con Sanders, vecino suyo. Sentíase feliz; su mirada, a hurtadillas, se dirigía al rincón en donde se había sentado Ángel Heredia, y solía cambiar con él uno de esos destellos rápidos y dulces que llenan de felicidad el alma de los jóvenes. El «Senador Peñalver», situado junto a ella, no tardó en comprender el manejo sentimental de su amiga. Con el olfato mundano que era su condición característica, creyó ver que el joven no realizaba el ideal de los padres, de otra manera acaso le hubieran dado colocación distinta. Era visitante tolerado, nada más. En cambio, a ella le agradaba visiblemente. La muchacha tiene carácter, pensó entre sí, esto puede llevar sus visos de serio a pesar de que a los padres no les gusta. Y si tomo actitud de «neutralidad benévola» para con ella tendrán que agradecermelo forzosamente. Es necesario saber hacerse útil sin gastar dinero. Era ésta una de las máximas favoritas que ponía en práctica el senador Peñalver. Sin más ni más, dirigiéndose a Gabriela, hizo elogios de Ángel, a quien pintó como dechado de perfecciones. La joven lo escuchaba con visible complacencia. Desde hacía un mes, sin saber ella cómo ni por qué, había notado que comenzaban [62] a dirigirla bromas en que figuraba Heredia; no les daba importancia, y sonreía.

Ahora ya era otra cosa, las bromas se precisaban cada vez más, como si sus amigas, los caballeros, la sociedad entera se hiciera cómplice, asociándose a sus inclinaciones nacientes, empujándolas, con suavidad primero, luego de manera irresistible, diciéndole a cada paso: ese es el hombre que te conviene, el que realiza tu ideal y corresponde a la opinión imperante en salones, en corrillos, en clubs. Sentía como si una conjuración universal, agradable, puesto que correspondía a sus

inclinaciones secretas, le fuera señalando suavemente el camino de su vida y empujándola, sin sentirlo, hacia ese joven.

Y luego, terminada la comida, mientras los hombres fumaban en los corredores, bebiendo copitas de coñac y de whisky and soda, las muchachas se amontonaron en un rincón, bajo las enredaderas, echadas atrás en las cómodas sillas americanas de mimbre, o en silletas de lona semejantes a las que se usan en las cubiertas de los vapores. La luna llena iluminaba el parque inundándolo en claridades encantadoras, dando al cielo tonos de zafiro y a las hojas de los nísperos color profundo y brillante, para deslizar luego sus haces luminosos como cascadas de monedas de plata sobre el agua del río. La paz de los campos subía con chillidos de ranas, rumores de grillos, ladridos de perros lejanos, algún perdido galopar de caballo.

Gabriela, en su sillón, sentía como fundirse la naturaleza entera en ansia de ternura, en impulso inconsciente de amar y ser amada, en oleaje eterno de movimientos inconscientes de la especie. Varios jóvenes se acercaron a ellas, con alboroto, embromando, [63] y arrojando bocanadas de humo, con esa alegría enteramente animal que sigue a la buena comida. -«A que no adivinan lo que estamos pensando?» preguntoles Manuelita, esforzándose en dar a sus palabras acento amable.

«-No crea que en materia de adivinanzas soy tan malito» contestó Ruiz, pasándose la mano por la barba nazarena. Y luego agregó: a que ustedes no me adivinan las mías, a ver... «En blanco paño nací, en verde me cultivé... tantas fueron mis desgracias... que en amarillo quedé...»

-No doy...

-Ni yo...

-Ni yo...

-Pues, la naranja, contestó Ruiz con tono triunfal. A ver, adivínenme esta otra: «Fui a la plaza, compré un negrito... y en llegando se puso coloradito»... ¿No dan todavía?... Pues, el carbón...

«-Yo también conozco una muy bonita, exclamó Gabriela, es... «una fuente de avellanas... que en el día se recoge... y en la noche se desparrama...» ¿qué será? Miren usted al cielo. ¡Qué linda está la noche! ¿pues, qué ven ustedes arriba?... ¿no dan?... pues las estrellas.

El joven Sanders se había acercado con su monóculo que no se quitaba ni para dormir, y luego, por no quedarse atrás: Allí va otra adivinanza: «Tengo una tía, que tiene una hermana, que no es tía mía...» ¿qué será? ¿se les perdió la lengua? ¿están mudos?... Pues... mi madre.

«-Yo creí que... que... era su monóculo... -le dijo Magda. [64]

«-Fui a la plaza... compré una bella... Y volví a casa... lloré con ella... Es la cebolla».

El antiguo juego de adivinanzas que tanto entretuvo a nuestras abuelas, todavía se perpetuaba en corredores de haciendas, para matar el tiempo. Ruiz, eximio en la materia, era todo un hombre de campo, aficionado a «topeaduras», a «rodeos», a «correr vacas», bueno para la zamacueca y capaz de resistir tres días en fiesta: un huaso hecho y derecho. Le dio en un tiempo lejano, por cortejar a Gabriela, de quien se había enamorado perdidamente, aunque sin éxito alguno. Magda, muy niña entonces, se divertía a costa suya, escondiéndose debajo de los sofás, y cuando el joven se hallaba de visita en la casa, en medio de reunión

numerosa, comenzaba a sentir alfilerazos o pellizcos terribles en las piernas.

«-¿Qué tiene, Marcos?» -preguntábale Misca Benigna, al verle hacer gestos desesperados.

«-Nada, señora, contestaba el pobre joven mientras Magda y su primo Javier, escondidos debajo de los muebles, casi reventaban de risa.

El joven lo soportaba todo, en homenaje a su pasión por Gabriela que permanecía insensible a cariño tan ciego como rústico. El joven Ruiz, después de doblar la hoja sobre sus amores desgraciados, seguía visitando la casa y tomando las cosas con buen humor. En el fondo conservaba una de esas heridas que se cicatrizan lentamente, y mantenía oculto pero latente el fuego de su amor por la hermosísima niña de cabellos rubios y de ojos pardos. En vano había querido olvidarla, borrarla de su memoria: siempre surgía vencedora. Y al ver acercarse a ella su nuevo rival, comprendió, desde el primer instante, que ese le estaba destinada la felicidad infinita de ser querido por Gabriela. Puñalada aguda le hería, con esa doble vista, que nunca engaña, de los enamorados. [65] Y sin embargo, a su juicio, Ángel no era digno de mujer para él tan admirable. Habíale conocido de niño, en el colegio, donde cursaron humanidades juntos. Es cierto que el joven Heredia pertenecía por familia, a una de las más antiguas y distinguidas de Santiago; la fortuna de sus padres, según se decía, era considerable. Pero en su carácter, en su manera de ser tenía algo raro, cosas incoherentes que no le agradaban. Gozaba de prestigio entre los Padres Jesuitas por exaltaciones místicas, por composiciones en verso a «Santa Teresa» «Al triunfo de Dios y del altar». Pero ese místico que solía ir a la capilla a rezar las Ave Marías en cruz, tenía temporadas de calaveradas terribles, de sensualismo desenfrenado y extraño, como si padeciera lesión nerviosa en su organismo entero. Ángel sufría, junto con eso, accesos de cólera frenética, no vacilando en arrancar varillas de fierro al catre para cargar sobre sus compañeros. Todo eso y mucho más, recordaba Ruiz de su antiguo condiscípulo Ángel Heredia, a quien hallaba ahora lanzado de lleno en los altos círculos santiaguinos. Y al mismo tiempo sentía que Gabriela lo amaba. Un impulso de orgullo le impedía contar los recuerdos que acudían en tropel a su memoria. Todos pensarían que eran invenciones de su propia fantasía, nacidas de su despecho. Dejó rodar la bola, sintiendo la agonía íntima del que ve resbalar a la mujer amada por la pendiente, sin poderla detener; del que ama y no es correspondido; del que no puede mostrar su alma al desnudo y ve marchitarse y desaparecer su más delicada ternura como árboles olvidados, que nadie toca, han de sentir la caída inútil de sus doradas frutas.

En el salón se habían sentado a la mesa de polker doña Benigna, don Leonidas, el senador Peñalver, [66] Paco Velarde y varios jóvenes. Rumor de fichas, baraje de naipes, voces de juego cortaban a cada instante la conversación medianamente animada, pues todos pensaban en sus cartas y en adivinar las de los adversarios. Paco repartía las cinco cartas clásicas.

«-...Abro con dos chipes dijo uno. Hasta peso... que sean dos... me retiro... ¿Cartas?

-Deme dos

-¡Contento!

-Eso huele a bluff... Si, agregó el «senador». Es un joven bastante

simpático. De gran familia. Su abuelo era rico y su padre está poderoso... pero es mezquino como «huaso» viejo, y tan duro de entrañas que sería capaz de negarle un grano de trigo al gallo de la Pasión. El muchacho parece muy caballero, es lástima que tenga tantos hermanos y que su señor padre goce de salud tan robusta. ¿Quién habla?... chipe y peso... otro más... veo... ¿tres cartas? yo tengo flushs gano. Venga acá ese pozo».

-¡Caballeros, ponerse! alguien falta».

«-Es Menéndez, con seguridad; amigo no se haga el tonto...»

«-Un, dos, tres... un, dos, tres... un, dos, tres... Este joven era hermano de aquella chiquilla tan linda, de Marta Heredia, muerta el año pasado. Acaba de llegar de Europa. Es bastante educado y correcto... Un, dos... un, dos... un, dos... abro con chipe.

«-Yo entro, por ser tan barato... denme cinco cartas.

«-A mí, dos.

«-Una...

«-¡Contento!

«-Es bluff... Ángel es buen mozo. Tiene parecido [67] notable con su abuela, tan célebre por su belleza, aquella señora a quien el coronel don Tomás de Figueroa saludó tan soberbiamente con la espada, momentos antes de morir, en 1810... ¿cuántas cartas? tres... Ud. dos... yo... una.

«-Voy peso...

«-Lléveselo... que me voy.

Ángel, sin sospechar que se ocuparan de su persona en la mesa de polker, se dirigió, con paso lento, a la sala de billares, en donde Magda, con el cigarrillo turco encendido en los labios, hacía carambolas con arte de profesional, jugando en compañía de Julio Menéndez, de Sanders y de Pepita Alvareda. Dos anchas bandas luminosas salían de las puertas al jardín; el rumor de choque de bolas, de pasos menudos, de enaguas de seda, se mezclaba al de risas cristalinas de mujeres y voces roncadas de hombres. El joven fumaba cigarro puro, apoyado en la baranda, bajo las enredaderas, cuando vio un cuerpo elegante y fino y sintió ráfaga perfumada, al pasar. Era Gabriela que, sin verlo, acababa de apoyarse en la puerta, recogiendo su vestido que permitía ver la delgada garganta de su pierna cubierta con media de seda negra, cuya suavidad opaca resaltaba con el brillo de sus zapatillas de charol. El color albo de su traje de punto de Irlanda, se destacaba, junto a la sombra, como destello castamente luminoso. Los reflejos producían en las ondulaciones de sus cabellos rubios como nimbo de gloria que descendía en mechadas locas y sueltas sobre su cuello transparente y puro de una pureza que hubiera permitido ver el movimiento de la sangre. Sus ojos negros y grandes tenían la dulzura del terciopelo; contemplarlos, después de ver la finura de su alto cuello, producía la impresión de sentirlos agrandados, [68] algo como sensación de agonía dulce y misteriosa, de una voluptuosidad no probada.

«-¿Qué hace Ud. aquí, tan solo?» preguntó al joven, al verlo.

«-Nada... contemplaba la noche, primero, y a Ud... en seguida. La noche es tan hermosa. He visto, a lo lejos, unas nubes que recorrían con la movilidad encantadora de sonrisa de mujer; y, arriba, muchas estrellas, de esas cuyos nombres no conozco, pues en el colegio me enseñaron muchos latines y versos de memoria, en vez de mostrarme la poesía viva de la naturaleza, y de enseñarme esos nombres del espacio. Francamente, me

sentía conmovido, con la necesidad de estar solo...

«-¿Entonces he venido a interrumpirle?»

«-¡Ah! desde que Ud. llegó todo ha desaparecido, en el cielo y en el espacio...

Ángel hablaba con hermosa voz llena, de entonaciones de cobre, en tono lírico, así como hablan los tenores de ópera y los primeros galanes. Pero la joven le escuchaba emocionada, sobrecogida por lenguaje nuevo para ella, por frases apasionadas, pronunciadas por hombre de figura hermosa y varonil. Bajo el smocking suelto se notaba, en el joven, la musculatura vigorosa y fuerte de hombre de sport; tras de la camisa blanca sentíase pecho de bronce, naturaleza viril y sana, en contraste con muchachos afeminados y «huasos» incultos y rústicos que la habían perseguido. Gabriela escuchaba en silencio, palpitante el corazón, los labios secos y ardientes, tiritando, en un desfallecimiento de su ser, con sensación de suprema dulzura, sintiéndose, creyéndose adorada, sin que se lo dijeran, con el amor respetuoso de los hidalgos de la Edad Media. Y esto lo sentía al través de lenguaje [69] de poeta, lleno de misterioso encanto. Y llegaba a parecerle que por primera vez, en la historia del universo, un hombre hablaba de estrellas y de noche a una mujer, revelándole misterios de santa poesía, de castos amores.

No había tenido tiempo de analizar el sentimiento algo artificial, el lirismo hechizo, con reminiscencias de novela, de hablar de aquel joven, cuya imaginación se exaltaba con el sonido de su propia voz, al rumor de sus propias ideas. Era que las impresiones de ángel sufrían la influencia del medio, la sensación de lujo y de abundancia de la casa, el bienestar de la vida, los detalles elegantes, los refinamientos de cultura, de buena sociedad y de tono, y, junto con esto, un vapor embriagante de sensualismo, el mareo de la belleza y de la plenitud de formas de una joven, de la morbidez de sus contornos, de actitudes inocentemente provocadoras, el ardor de fuego de los veinticinco años, exaltado en la poesía de tibia noche de verano, al calor de sus propias palabras y al sonido de su voz que sentía extraña, desconociéndola por primera vez. Gabriela bajaba la vista, conmovida por estremecimientos imperceptibles; Ángel sentía la cabeza acalorada, los ojos quemantes y los labios secos. Aún no se habían tocado la punta de los dedos, ni se habían dicho que se amaban, pero ¡cómo lo sentían en los misterios de la noche, en el titilar de las estrellas, en el soplo de reseda que subía del parque, y en el silencio, en el silencio profundo en el cual sus corazones palpitaban!

[70]

- III -

De mañana, muchos de los veraneantes se habían reunido en el hall, en donde tomaban tazas de café con leche unos, copas de whisky and soda otros. Don Leonidas y el «senador» Peñalver bebían grandes vasos de leche espumosa, recién traída de las vacas, a pequeños sorbos, saboreando al mismo tiempo la espuma y el aire fresco de la mañana, el olor delicioso de tierra húmeda, de flores y yerbas.

«-¡A la lechería, se ha dicho!» exclamó Magda, siguiéndole inmediatamente Sanders, Leopoldo Ruiz, Julio Menéndez, «Polo», Pancho, el joven Heredia y Pepita Alvareda, que acababan de levantarse. Los demás hacían cada cual, lo que juzgaba conveniente, como era regla de la casa:

entera y absoluta independencia, salvo a las horas de almuerzo, lunch y comida, en que se tocaba la campana.

El grupo de jóvenes penetró a las casas viejas del fundo, pasando junto al escritorio del mayordomo y del contador. En el fondo del gran patio había enormes galpones con techo de zinc; allí se lechaba más de doscientas cincuenta vacas todas las mañanas, [71] desde las cuatro. Por todas partes se veía mujeres con la cabeza cubierta por pañuelos de lana encarnados, celestes, amarillos o tabaco, sentadas en pisitos de paja, sacando leche que caía en los baldes y cubos de metal, llevados inmediatamente a los depósitos y enfriaderas. Mugido constante de vacas y terneros cortaba el aire, junto con gritos de vaqueros, que llegaban a caballo, con sombrero de pita de anchas alas y mantas de colores vistosos, haciendo sonar las espuelas. A lo lejos se veía el grupo de vacas, ya lechadas, que volvían al potrero, arriadas por un huaso, entre nubes de polvo, carreras y saltos de terneros y el trote suave de caballos sobre el suelo cubierto de bostas de animales. Por cima de una cerca de ramas de espino se alzaban cabezas de terneros que mugían, llamando a sus madres, y éstas les contestaban de lejos. La brisa fresca traía ráfagas de menta y bergamota. Un peón, armado de pala, cantaba, al extremo del corral, con voz ronca y destemplada: -«Si tú te vais y me ejas... No me podré consolar...»

En el centro del patio, dos mecánicos se ocupaban en limpiar y aceitar el gran motor que alzaba su paja negra, junto a la trilladora. Las máquinas y motores han desterrado, desde hace ya muchos años a las antiguas y pintorescas trillas con yeguas.

El grupo de jóvenes iba de acá para allá, sin darse punto de reposo, profiriendo gritos, curioseando y averiguando todo. -¿Cuántas fanegas de trigo van a cosechar este año? preguntaba Ángel al mayordomo que iba con ellos. -«En los potreros del alto», respondía éste meneando la cabeza y sacando sus cuentas entre dientes, «por lo menos diez mil... y catorce mil en el bajo. En el potrero del Trébol le ha entrado polvillo al trigo...» [72]

A cada instante se veía llegar peones, carretas que entraban o salían haciendo chirrear sus ruedas, inquilinos, sirvientes, niños, mujeres. Oían gritos, llamados de un corral a otro, ir y venir incesante, carreras de animales. En un cañón de piezas bajas de las casas antiguas se habían instalado las máquinas de la mantequillería. -Ahí estaban los enormes estanques de leche; las enfriaderas; las descremadoras, las batidoras, movidas por poleas, mediante fuerza hidráulica de turbina tomada del canal. Los jóvenes recorrían distintos departamentos, limpios como patena, viendo funcionar las máquinas y fabricar la mantequilla, vendida toda de antemano a una de las casas comerciales de Valparaíso. Era delicioso ver los grandes pelotones de mantequilla tan fresca, recién cuajada, apetitosa... Y presenciar, a lo lejos, el desfile de las vacas mestizas de raza holandesa, de grandes manchas blancas y negras, cuernos chiquitos, lomo parejo, gordas, el pelo todo lustroso, el andar lento y pesado. Revueltos con ellas iban los terneros, tan gordos y crecidos que parecían casi el doble de los terneros brutos.

«-Las vacas holandesas y las Durham constituyen la aristocracia, algo así como el señorío del ganado vacuno... la crème...» decía Sanders, «así

como los hackneys son los caballos caballeros y señores.

¿Y creen Uds. que los mismos animales no entienden esas cosas? No tienen Uds. más que fijarse en la actitud de los caballos de lujo, en el Parque de Santiago, y ver el desprecio con que parecen mirar a los caballos de alquiler».

«-Francamente, con perdón de don Emilio, yo no entiendo el lenguaje de bestias», repuso Ruiz. Nunca he podido adivinar lo que piensan los bueyes. [73] Sólo entiendo que no les divierte mucho aquello tirar las carretas o andar días de días uncidos al arado, tira que tira, sí señor... «Tira carretero...» agregó entonando una canción en boga en las parrandas de campo.

«-En casa, en Santiago, tenemos un loro que no sólo habla cuanto quiere, dijo Magda, sino que hasta adivina el pensamiento: el loro de la Tato, la cocinera. No hace más que acercarse la Manuelita cuando ya le grita, con entusiasmo: «Niña! quieres casarte! ja... ja... ja...! Tú quieres casarte...»

-«¿Vamos los dos a ver ese loro? agregó Javier Aguirre. Puede que nos case y haríamos tan linda pareja...»

-«Fo... fo... fo...»

-«¿Qué más te quisieras? Un joven como yo, a quien lo persiguen las suegras, sería brillante partido. ¿No te parece?» contestó Aguirre.

Dos grandes mastines daneses se acercaron moviendo la cola: Ahí vienen el Káiser y Diana... son perros insoportables que sólo se ocupan en perseguir gallinas».

«El calor arreciaba por instantes. Volvieron al parque por el gran portalón de las casas viejas. Allí estaba don Leonidas, en compañía del cura de la parroquia vecina, de Peñalver, Ángel Heredia, Félix Alvareda y otros aficionados al sport, sentados en sillas de paja, a la sombra de los antiguos corredores, mirando el paseo matinal de los caballos de fina sangre que pasaban al trote, llevados por sirvientes, del cabestro, a través de anchas avenidas que daban vuelta al parque. «Este potro tostado dorado que viene ahí hijo de Lady Pahuela por Nabucodonosor, el potro de Cousiño. ¡Qué linda cabeza tiene y [74] qué cuello! y qué manos! Cuidado que es de mucha acción.....»

Un momento después desfilaba otro hermoso caballo, delgado, de cabeza pequeña, largas patas nerviosas, alazán, marchando un poco de lado, cubierto de capa gris. «Ese es Choco, si no ando errado... dijo Leopoldo Ruiz, es hijo de Pick-pocket y de By-an-by. Ha costado quince mil nacionales en Buenos Aires. ¡Qué bien rebueno el caballito, señor!... cada vez que lo veo me dan ganas de parar las patas pa arriba... de gusto, como que me ha hecho ganar en las carreras la mar de plata el año pasado... A veces partía el último... y se iba, señor, así no más, despacito, despacito, como quien no quiere la cosa, hasta tomarse los palos... y luego aparecía de puntero. A la segunda vuelta ganaba como por seis cuerpos.»

Una brisa agitaba las hojas de los árboles cuando se echaron todos a andar por las avenidas del parque. A juzgar por lo que habían hecho y visto era de creer que hubieran sonado las diez; pero en el campo se madruga, y eran, apenas, las nueve de la mañana. Oíase, entre las ramas de un grupo de avellanos y de boldos, el grito estridente de la rara y de

cuando en cuando, el cantito del zorzal que, según la gente del pueblo, canta constantemente: «Tres chauchas y un diez...» tres chauchas y un diez...» Más allá el lejano bullicio de las loicas. Era como un concierto matinal de pajaritos en el cual llevaban el contrabajo las abejas y moscardones con su incesante zumbido. Bocanadas de aire caliente azotaban el rostro, en tanto que en las lejanías se contemplaba la vibración de vapores luminosos que se alzaban de la tierra, allá entre alamedas lejanas. Al extremo del potrero, una [75] casa de inquilinos coronada por tejas obscurecidas por el tiempo, se inclinaba como desplomándose, con la puerta desvencijada. Un cardenal mostraba su pecho colorado sobre una cerca viva, dando saltitos. El aire traía sensaciones de frescura perfumada, de la parte del parque regada en esos instantes por los jardineros, y olores de reseda y de rosa, cuyas manchas blancas o sonrosadas parecían surgir en pequeños grupos. Frente a las casas, temblaban levemente las hojas de palmeras, washingtonias, y en algunos prados verdes y oscuros, dibujados en círculo, se alzaba la copa elegante de los pinos insignes, rápidamente crecidos en forma de crinolinas del segundo Imperio. Brillaban a lo lejos, como incendio, las vidrieras de conservatorio heridas por rayos de sol, y los jóvenes iban en desordenado grupo, andando, gozando de la deliciosa tranquilidad de la mañana, parándose a ver una planta nueva, o súbitamente detenidos al divisar, en los claros de árboles, como se mostraban agrupadas las casas de la aldea al término del plano inclinado del parque... eran casucas con techos de tejas, y varios ranchos de totora, de donde partían humitos azules perdiéndose en el cielo allá muy lejos, al extremo de un potrero de rastros amarillentos, en donde pacían echados, unos animales, vacas de manchas blancas y negras, de la lechería, terneros y bueyes. Ángel caminaba lentamente, junto a Gabriela, vestida con sencillo traje de piqué, de mañana, y la cabeza con un sombrero de paja de anchas alas. El cutis fresco, la mirada luminosa y húmeda, cabellos rubios acomodados a dos manos de cualquier modo daban impresión deliciosa de flor humana, silvestre, caída a los campos desde el cielo. Ángel sentía en sí las perturbaciones arrobadoras del deseo, el palpitar del corazón y la [76] circulación acelerada de la sangre en las venas cuando la imaginación se desborda en apetitos a los veinte años. Era como ansia infinita de cogerla entre sus brazos y de besarla frenéticamente, con fiebre, y de hacerla suya, de trasmitirla su propia sangre y sus sentimientos, y sus ilusiones y su ser todo. Algo ardiente y duro palpitaba en su pupila, en aquella su mirada dominadora que lastimaba en ciertos instantes o quemaba como placa de acero candente a la cual acercáramos la mano. Una sonrisa, -esa sonrisa enigmática que no se acertaba a comprender si era de ternura o era de crueldad o de ironía- vagaba por sus labios. Gabriela no lo miraba, pero lo veía, le sentía a pesar suyo, se dejaba, fascinar deliciosamente. Ya, en su alma, durante la ausencia de un mes, se habían cristalizado las impresiones de las primeras entrevistas con Ángel; ya se habla familiarizado su recuerdo con las palabras del joven, incrustándolas más y más en su alma, presentándole a cada instante la imagen fuerte y viril del hombre que había venido, por primera vez, a pronunciar en sus oídos, sin decirlas, esas frases de amor que despiertan en almas de mujeres recuerdos nuevos.

Habían llegado al extremo del parque, al comenzar del bosque antiguo en donde los maitenes, siempre verdes, se juntan con arrayanes y sauces-mimbres, de hojas plateadas y largas. Boldos de copa redonda y obscura, ondulaban su frondoso ramaje y luego, más allá, robles altísimos, de antigua data, de tiempo primitivo, se alzaban enormes entre matorrales de quilas silvestres. Llamábase el «caminodelasquilas», pues se podía recorrer cuadras enteras bajando por la quebrada, entre matas de quilas que se unían en lo alto, formando como dosel. Matas de helechos crecían entre [77] las rocas en aquel rincón apacible y tenebroso, en donde el agua se filtraba lentamente, deslizándose hasta formar arroyo en el fondo de la quebrada. Algunas florecillas silvestres de color rojizo y otras blancas, matizaban la alfombra de verdura y de gramínea que cubría el suelo. El canto de las raras sonaba lejos, estridente, misterioso, como un eco, y el zumbar monótono de abejas producía en el ánimo la impresión de esos coros de mujeres rezando rosario, en tono monótono de una misma nota prolongada de modo interminable. Las parejas se habían deslizado por entre los matorrales del bosque, saltando, al llegar al hilo de agua de los arroyos, agachándose en donde las quilas se confundían, llamándose los unos a los otros; las mujeres con chillidos súbitos, los hombres con deseos de meterles miedo. «¡Ah! esto es delicioso!.. ¡Cuidado, Magda, con la culebra...» -«¿qué culebra? ¡Ah! esa es... ¡Por Dios!»- «Sí, yo la he visto y es una sierpe de siete cabezas, no mas...» agregó Ruiz. Hubo risas, carreras, gritos despavoridos. Y Ángel, en la penumbra, estrechaba la mano de Gabriela, diciéndole apasionadamente: «Aquí yo quisiera vivir... y morirme, cerca de Ud., sintiéndola junto a mi corazón ya próximo a estallar. En la oscuridad del bosque no aparece el cielo... ni lo necesito, porque lo llevo dentro del corazón y es Ud.; es Ud. la única mujer que puedo amar; la única cuya imagen conservo, como en un relicario, en mi pecho, desde la infancia, encantada como si me la hubiera enviado la Madre de Dios en los instantes en que comulgaba por primera vez mi hermana que ha muerto y que nos contempla desde el cielo. Ah! quisiera morir, Gabriela, sintiéndome amado por Ud...»

Y sus frases apasionadas agolpaban la sangre al [78] corazón de Gabriela que experimentaba como el desfallecimiento infinito de una dicha sin límites. Ambos callaron. En el silencio del bosque sólo se oía el cantar de los pájaros en las frondosidades del ramaje y el grito de la rara que resonaba con melodía, más apasionada, más incitante, más voluptuosa, enteramente nueva. «¡Ah! aaa... Gabrie-la... ¿dónde están Uds.?... Ga... brie... laa...» resonaba una voz a lo lejos. La joven echó a correr, levantándose el vestido a media pierna para no dejarlo enredado entre las zarzas. Ángel contemplaba con embriaguez de sensualismo aquella fina pierna, cubierta por la media negra, que huía en la espesura, corriendo y dando saltos con la ligereza de niña de diez años, huyendo acaso como las gacelas y añadiendo los encantos de timidez pudorosa a esos otros presentidos y soñados. [79]

- IV -

Así pasaron varios días, divirtiéndose los jóvenes lo más que podían, y gozando, con todo, de independencia absoluta cada cual. Unas veces corrían a caballo, envueltos en nubes de polvo, por caminos polvorientos, entre altas alamedas, al parecer interminables; otras cruzaban, a través

del fundo, por espaciosos potreros cubiertos de animales, o por campos en los cuales ondulaban las mieses amarillas tan altas y lozanas que casi tapaban los caballos. Era preciso deslizarse, en fila, por el costado de las cercas, para llegar al potrero en donde funcionaba la máquina trilladora. A cada instante aparecían carretas cubiertas de mieses, rápidamente vaciadas a la máquina, cerca de la cual crecía por instantes el montón de trigo rubio, formando un cerro que a su turno pasaría por máquinas arneadoras que lo limpian y dejan en punto de ensacarlo. Bajo la enramada contigua al motor se hallaba de pie el mayordomo, con el guarapón echado atrás, fumando un cigarro de hoja. Crujían dolorosamente las carretas cargadas, pesadamente arrastradas por bueyes. Y a lo lejos, entre luz reverberante [80] de sol que hería la vista quemando el suelo, veían al extremo del gran potrero, segado en parte, la fila de segadoras que avanzaba lentamente, unas mujeres atando gavillas, inquilinos en mangas de camisa, con la cabeza atada con pañuelos de algodón a cuadros.

Era una delicia el meterse por los potreros alfalfados que se regaban, y sentir las pisadas del caballo en la tierra blanda y húmeda, mientras las partes de pradera con agua parecían trozos de espejo arrojados al suelo. Olores de menta y de polea subían en ráfagas de aire fresco, mientras la vista se perdía por inmensos potreros que terminaban a lo lejos, en alamedas tan regulares como casilleros de ajedrez. Sentíase la plenitud del silencio y de la soledad del campo, turbada tan sólo por el chillido de aves que cruzaban el cielo -con la mancha negra de un jote- o la canción monótona, entonada a media voz por el peón regador que andaba con la pala al hombro, haciendo tacos en las acequias, limpiando y despejando a otras.

Leopoldo Ruiz marchaba a la cabeza de la comitiva lamentando que se hubieran ya perdido antiguos usos de otro tiempo, del Chile rústico y campestre de hacía cuarenta años, con sus trillas a yegua y fiestas en que circulaba de mano en mano el vaso de chacolí, mientras en la enramada se «perdía de vista la gente bailando zamacueca». Las yeguas, entre tanto, trillaban en carrera loca, azuzadas por «huasos» que las corrían de atrás. Aquello causaba delicioso vértigo: Era más entretenido que correr en vacas, o que tomar parte en «rodeo», y de mucho menos peligro. Eso sí que no podía meterse en aquellas andanzas uno que no fuera «bien de a caballo».

A veces solían ir por la tarde a la orilla del mar, faldeando [81] unos cerros cubiertos de matorrales, con abundancia de espinos y de boldos, de matas de palqui, de verdes y olorosos culenes. El camino, en parte, era formado por vereda angosta, a orillas de la quebrada, con despeñadero en el fondo. Lanzábase por ahí la comitiva, con Magda a la cabeza, seguida por Sanders, Ruiz, Félix Alvareda, Pepa, su hermano, y el resto. Iban a galope tendido, a riesgo de hacerse pedazos rodando por la pendiente, si le fallaba la pata a un caballo, y marchaban como si tal cosa, a pesar de las amonestaciones de Gabriela que los seguía a pesar suyo. Era de contemplarla, con la amazona de paño azul ceñida al cuerpo, modelándolo, alta la frente, huasca levantada, segura sobre su silla, la rienda firme y la postura elegante, el busto echado atrás, las narices abiertas y los cadejos de cabello rubios tendidos por el viento. Había en ella algo ligeramente viril y delicado a un mismo tiempo, que producía en

Ángel perturbación profunda, ráfagas de voluptuosidad, en su naturaleza en la cual se mezclaban idealidades exaltadas e históricas de misticismo con los refinamientos de sensualismo enfermizo y depravado. El amor, en Ángel, había tomado la forma de obsesión del deseo, de ardor afiebrado de todos los sentidos. Su vista se embriagaba en los colores y en las líneas, y su imaginación obraba en el sentido de perturbaciones enfermizas. Pero eso lo ignoraba Gabriela, así como lo ignoraba el mundo que ni siquiera toma en cuenta casos de locura o lesiones nerviosas transmitidas, frecuentemente en la familia por leyes atávicas.

Es que en el criterio social domina, de modo absoluto y sin contrapeso, particularmente en pueblos de raza latina y de origen español, la creencia en la [82] libertad del criterio y de la acción humana, sin lazos atávicos de esos que ligan al hombre a lo pasado, con abuelos y parientes, por lazos misteriosos y ocultos. Y semejante manera de concebir al hombre como unidad enteramente aislada y libre, y el amor, como sentimiento meramente espiritual y de origen divino y religioso, derivado de tradiciones del Paraíso, es la manera uniforme de pensar en todas nuestras mujeres chilenas, porque es la idea que reciben con la educación y la leche de sus madres; porque es el sentimiento desarrollado en ellas junto con ceremonias y creencias religiosas, entre nubes de incienso, en la penumbra misteriosa del templo, en las horas en que el alma se contempla a sí misma, buscando, en regiones de ensueño la realización de aspiraciones inconscientes de la especie. Gabriela atravesaba por esa nueva faz de un amor que en un tiempo quiso convertirla en monja, arrojándola a los abismos desconocidos del claustro, y que ahora le señalaba un hombre diciéndole: «es él... es él... tu espíritu lo había soñado y ahora lo encuentras. Es un hombre... es distinto de esos seres afeminados que te daban el brazo en salones, que te hacían bailar cotillón, o que te acompañaban en el two-steps, con pasos rimados y coquetamente voluptuosos. Éste me ama con todas las fibras de su ser, y será capaz de protegerme y de abrirme paso en el camino de la vida, como señor, y como dulce y adorado amigo. Esa habilidad enteramente física... esa musculatura vigorosa que diseña el bíceps debajo del smocking, es la fuerza del protector y del amante. Todo eso lo sentía Gabriela de manera oculta, sin formularlo en forma clara y precisa, sino percibido intuitiva y confusamente, al través de mirada ardorosa, y de entonaciones metálicas [83] en la voz del joven que se suavizaba con expresión sumisa y penetrante al dirigirse a ella.

En algunas partes era preciso detener el paso de las cabalgaduras. El río se dilatava extenso y azul, verdoso a trechos y ligeramente rizado por el viento. Un islote de piedras blanqueaba, reverberando, al sol. En la ribera reverdeaban las manchas de totora sobre el fondo amarillento de laderas cubiertas de rastros, por las cuales aparecían diminutos los cuerpos de animales. Cerca de la playa alzabase el edificio gris de una bodega, con los techos de teja envejecida por el tiempo, junto a un grupo de eucaliptus. Larga lengua de arena cerraba el horizonte, como faja, entre las palideces azuladas del cielo, -todo luminoso- y el agua verde del río que pasaba del glauco al color nilo, hasta confundirse casi con la faja de arena, para un ojo que no fuera ejercitado en contemplar aquellas regiones.

Los caballos volvieron luego a tomar el galope, en el ansia de todos por acercarse al mar, a los acantilados de la costa, en donde iban a quebrar las líneas blancas y espumosas de las olas en perpetuo movimiento. Había una parte en que ancha grieta, honda rasgadura del terreno, partía la falda, abriendo el abismo cortado a pico. Un puentecillo de madera unía la tierra firme; por ahí pasaron los caballos de a tino en fondo, lentamente y con precauciones. Ángel se había quedado atrás. Unas voces le llamaban. Se acercó a todo galope y en vez de tomar por el puente, al llegar junto a él, recogió las riendas y pegó un salto enorme, desalado, audaz. Las mujeres no habían podido contener gritos de espanto, y manifestaron su descontento mientras el joven se acercaba sonriente. «-Ud. está loco, joven, no hay para qué romperse [84] la crisma por mero gusto», le dijo el senador Peñalver, dirigiéndole una de esas miradas rápidas e investigadoras con que solía calar a fondo un personaje. Era que acababa de columbrar un rasgo de vanidad satánica, de intenso deseo de causar admiración, de sorprender, de colocarse por encima de todos, en aquel joven de apariencia indecisa o lánguida, de mirada un tanto dura y de enigmática sonrisa. Acercose a Gabriela y le dirigió una mirada aguda, como queriendo penetrar en su interior y leer todo lo que allí pasaba. El rostro de la joven estaba todavía verde. Sentíase, en sus pupilas, un resto de agonía intensa, de temor no disimulado. Ángel la contempló leyendo en su alma y gozando, como si esa forma del dolor humano fuese, para él, una especie nueva de voluptuosidad y de placer. Era que su alma encerraba unos misterios aún desconocidos para él mismo y ni siquiera sospechados de los otros.

«Verdaderamente, amigo, creí que Ud. se había vuelto loco, al dar aquel salto», le repetía aquella noche «el senador», alojado en la misma pieza. «Es que a mí me agradan esas emociones desconocidas y fuertes», contestole Ángel, al mismo tiempo que abría su *necessaire* de piel de cocodrilo, sacando la batería de frascos de cristal con tapas de plata y monogramas de oro. «¿No sabe Ud. que uno de mis abuelos fue gran jugador?» agregó pasando a Peñalver una caja de cigarros habanos. «¿Fuma?» y luego, destapando un gran frasco forrado en cuero. «Este coñac es de primera».

El «senador» observaba los detalles elegantes del maletín, en silencio. Cogió el frasco, echó un largo trago, puso los ojos en blanco y agregó con la sonrisa beata que guardaba para las cosas de beber o de comer, [85] cuando eran de su gusto: «Con Ud., joven, no hay quien pegue. Sería capaz de convertirse en el Cid Campeador, sino lo quisieran las niñas. Si yo tuviera treinta años y su figura, créame, joven, no respondería de las virtudes conyugales de muchas matronas chilenas. La audacia es gran condición; es preciso atreverse... el mundo es de los audaces. ¿Me entiende?»

«Ya ve que le devuelvo en consejos su trago de coñac. Los consejos de un hombre de mundo valen mucha plata. Ud. va bien, pero... calma, no se precipite; vaya despacio por las piedras, que no todos los días se encuentra uno con chiquillas bonitas, cuyo padre tiene millón y medio, y sólo dos hijas, lo que es un divisor bastante aceptable... Pero este coñac entona joven; es un coñac que levanta el espíritu», agregó Peñalver poniéndose la camisa de dormir y echándose a la cama».

Entre tanto, Ángel trataba en vano de conciliar el sueño, sacudido

por diversos recuerdos de ese día. Y se puso a examinarse a sí mismo, tratando de analizar sus impresiones con curiosidad precipitada y angustiada, pues comprendía que jugaba en esos instantes una partida extremadamente grave, en que su porvenir iba en el envite. ¿Amaba de veras a Gabriela? Eso no podía dudarlo ni por un segundo; tampoco quería ponerlo en duda. Mas, ¿era ese amor tranquilo y suave del que busca la compañera de su vida, la madre de sus hijos, la paz y el descanso del hogar? O era el amor apasionado y tempestuoso del deseo, del amor, de ímpetus incontenibles de la carne? ¿No entraba, también, por algo, el interés? Y su conciencia, en ese mar de preguntas, parecía contestarle inclinándose a lo último. [86]

«Si esa joven tan hermosa fuera pobre, pensaba entre sí, tú no te acercarías a ella, no pensarías en ella; acaso no te hubieras dignado buscarla, ni perseguirla como lo haces, ni hubieras dado el salto mortal y desatentado de hoy día. Es que tú querías impresionarla, sobrecogerla por los sentidos y por la imaginación conjuntamente; es que todo, en el fondo de tu ser, es vanidad, ciega e inagotable mina de vanidad, y vas a buscar en el depósito de tus defectos las virtudes sociales que te sirvan para conquistar mujeres. Pertenece a una antigua y gran familia de dónde has sacado la base de orgullo y dureza de tu carácter; tu padre tiene fortuna, pero no la heredarás sino tarde. Mientras tanto, debes contentarte con la fianza que te da para un arriendo poco lucrativo. Llevas hábitos de lujo incrustados en tu ser. Ahí está ese maletín con frascos y útiles de plata, y tus camisetas y calzoncillos de seda, que contemplaba Peñalver con mirada irónica, y el paltó de pieles que usas en invierno, y las interminables cuentas del sastre y del camiserero y de cincuenta más, sin contar los caballos de raza, ni las apuestas, ni lo de Gage. Todo eso es, en ti, forma de vanidad y de impotencia para la vida, pues no tienes en ti la madera ruda de que se fabrican los luchadores, sino el sándalo perfumado de las cajas chinas de pañuelos. Con tu figura y tu nombre, y tu posición indiscutible, no eres sino parásito social, uno de esos que necesitan salvarse con el matrimonio de sus incapacidades orgánicas para la lucha de la vida».

Y al pensar de este modo, al leer en su espíritu el análisis cruel de su situación social, Ángel Heredia sentía, en sí, como una desgarradura de su orgullo contra la cual protestaba en movimientos de revuelta [87] ciega e instintiva. Ah! no, la amo, porque Gabriela es la mujer más adorable que he podido encontrar en mi camino, porque su hermosura hace vibrar mi alma y mi cuerpo en un estremecimiento de todo el ser, en la ebriedad completa del alma... Pero la voz cruel que lo hacía analizarse, le contestaba irónicamente: «Ah! no, no, no... deja el alma tranquila, no se trata de ella...» Y ese espíritu en el cual las corrientes místicas y sensuales se alternaban, sentía en su interior el desgarramiento de las grandes agonías, despreciándose hondamente a sí mismo...

Ladridos de perros llegaban lejanos a través del silencio de los campos y junto con esto, algo nuevo, el rumor de una cascada que se dejaba caer al río por los flancos de los cerros. Entre sus imaginaciones, producíanle sensación desagradable y fría las sábanas de hilo recién puestas, y le molestaban los ronquidos desiguales, acompañados de resoplidos, que daba Peñalver, durmiendo a pierna suelta, con la

satisfacción de quien acababa de ganarse veintisiete pesos cincuenta al polker. Por fin el joven pudo conciliar el sueño, un sueño entrecortado en el cual daba galopes desatentados en unos caballos minúsculos, saltando abismos y dejándose caer por precipicios, corriendo detrás de Gabriela que le escapaba siempre. Y así llegaba a un país de gigantes y de pigmeos, a la vez, en donde, con un cuchillo de mesa él se entretenía en decapitar a esos hombres chiquitos, gozando con las extrañas contorciones de terror de los seres minúsculos un placer nuevo y desconocido, algo extraño e ignorado de los hombres... Entre tanto, un sol subterráneo se alzaba rojizo sobre el azul negro del cielo, con majestad solitaria, como el sol de los días polares, haciendo brillar las cimas cubiertas [88] de nieve y las estalactitas de hielo que cubrían la tierra.

Ángel despertó sobresaltado, sintiéndose en plena obscuridad; sudor frío bañaba sus sienes, y le asaltó, de súbito, el temor horrible de volverse loco, de perder el juicio como su abuelo. Mas, luego, el roncar acompasado de Peñalver, y el rumor lejano del torrente le tranquilizaron y se durmió como un niño. [89]

- V -

El hacendado chileno de antigua cepa sabe conservar algo de las tradiciones feudales, manteniendo con sus inquilinos relaciones de patronato que si bien recuerdan las del señor de horca y cuchillo, tienen al mismo tiempo su aspecto patriarcal. Don Leonidas mandaba llamar médico al fundo, y su mujer e hijas visitaban a los enfermos, llevándoles remedios y víveres y de cuando en cuando algún «engaño» que los pobres devolvían a su manera, con altivez araucana, regalándoles pollos. Mantenía una escuela, y daba de cuando en cuando carreras y comilonas en que se mataba su par de corderos, sus gallinas, destapándose un barril de mosto.

Aquella noche, don Leonidas había ofrecido gran fiesta a todos los inquilinos y pobres de la vecindad, que llenaban el parque, de cuyos árboles se había colgado multitud de faroles y de luces. Antorchas de bengala, de colores diversos, le daban aspecto fantástico. En el vestíbulo funcionaba el cinematógrafo, proyectando sus cuadros sobre una gran tela blanca. La gente del pueblo contemplaba aquello maravillada, [90] creyéndolo cosa de brujería, por lo cual se santiguaba apresuradamente. «Ben haiga, hijita, decía una vieja, con estas funcias de aparecíos... -«No se le de naa, comadre, respondía otra, que son los patrones vestíos de farza que saltan pal otro lao...»

Durante los entreactos, una banda de mandolinos y guitarras, en la cual figuraban Magda, Pepita, Gabriela, «Paco» y Félix Alvareda, el Comendador, como le llamaban, tocó el Pasa-calle de Dolores y varias marchas y piezas de Granados.

-«¿Qué dice el amigo Sanders? ¿Cómo anda esto con París?» le interpelló Javier Aguirre.

-«No se puede negar que es una fiesta deliciosa... verdaderamente... paternal y de familia... como las que suelen dar en los chateaux... pero no me dirá Ud. que los caminos, en Chile, son infernales, me habría sido imposible traer mi auto... para volverme a Santiago.

Sanders pronunciaba otó... a la francesa, como abreviatura de automóvil.

La multitud hormigueaba por el parque; muchas mujeres se habían

colocado en el césped, en cuclillas, acompañadas de sus niños, con pedazos de pan en una mano y presas de pollo fiambre, en la otra. Multitud de gritos, exclamaciones y gestos de sorpresa saludaban la aparición de cada escena.

Gabriela, acompañada de Ángel, se había sentado en banco rústico, cerca de una glorieta. Sentíase visiblemente preocupada; una sombra de melancolía la bañaba, como penumbra dolorosa que parecía afinar su nariz, y la línea tan pura del óvalo de su rostro. Su color, de ordinario pálido, habla tomado la nitidez transparente del nácar, con ligeras veladuras de sombra en torno de sus ojos agrandados por el peso [91] de una preocupación moral. El joven le hablaba a media voz:

«-Mañana temprano me alejaré de aquí, en donde he pasado unos días que no se borrarán de mi memoria mientras viva, así como no se podrá borrar de mi alma la Noche-Buena del bautizo de la muñeca». Y luego, por asociación de ideas, Ángel agregó ligeramente: «... ¡Esta Magda tiene unas ocurrencias tan divertidas! y cuando se junta con Javier son impagables...

«¡ Qué buena pareja hubieran hecho!

-«¡Así es... pero papá no ha querido. Ella también ha tenido su contratiempo», exclamó Gabriela con voz dolorosa.

Hubo una pausa durante la cual latió con fuerza el corazón de Ángel, al oír ese también que le quedaba resonando en los oídos como un presentimiento. ¿Qué significaba esa palabra? Luego su padre también se oponía a otro sentimiento... Y mientras sentía el hielo de duda cruel, como aguja que puncteara su alma, se formó grave silencio... El aire tibio traía el Ideale, cantado por Caruzzo en el gramófono. Las notas apasionadas del canto correspondían al desgarramiento interior que comenzaba a sacudirle... Su ensueño se desvanecía; el episodio sentimental tocaba su término.

«-¿Qué tiene, Ángel? ¡Dios mío! ¿Qué le pasa? ¿Por qué está así...»

«-Mañana me iré... creo que será para siempre. A mí también se me ha escapado el ideal, ese ideal soñado por tantos años y que creía encontrar ahora en Ud.

«-¿Por qué duda de mí? ¿Por qué?» murmuró Gabriela. [92]

Ángel guardó silencio, y agregó después de un instante, con turbación:

«-Escúcheme... he sido toda mi vida hombre desgraciado y sin hogar. Mi madre murió hace muchos años, siendo yo niño, y no puede Ud. calcular el vacío y la tristeza de una casa donde la madre falta. Conservo de ella recuerdo, casi borrado, que vuelve a mi memoria cuando contemplo las pinturas italianas de la Mater Dolorosa, con la misma expresión de silencio angustioso, de sensibilidad dolorida, y enfermiza. No había sido feliz aquella santa. A veces se encerraba a llorar, y nosotros, como niños, la acompañábamos sin saber por qué. Ud. no puede figurarse, Gabriela, con qué fuerza de idolatría nos amaba nuestra madre. Las preocupaciones, las ternuras de su alma iban a nosotros en efusión completa; era uno de esos seres cuya bondad se desborda en cariños, en entonaciones suaves, que besan con la mirada. Se murió... y desde entonces para mí se acabaron las ternuras, los arrullos, las delicadezas que necesita el niño. Entré a la vida ruda y casi militar del internado. ¡Y cómo envidiaba yo los cariños, las palabras afectuosas, los regalillos,

las bagatelas, las preocupaciones al parecer nimias de las madres de mis compañeros! Desde niño sentí vacío el corazón.»

Gabriela vio que brillaban lágrimas en los ojos de Ángel, y movida de ternura y sintiendo que las lágrimas también subían a sus propios ojos, en la comunidad de los santos dolores que forman a veces el amor sincero, cogió su mano, apretándola silenciosamente.

-«Tenía también, una hermana, menor que yo, pero que me adoraba. «¡Protégela, cuidala mucho, Ángel», me había dicho mi madre en su lecho de muerte...» [93] Y yo la adoraba. Era tan buena como bonita... Las impresiones de entonces me vuelven, atropellándose de tal modo que Ud. dispensará lo deshilvanado de mi lenguaje. Recuerdo que una Noche-Buena, mi hermanita, cuyo cuarto se hallaba contiguo al mío, se me presentó en camisa y con los pies desnudos. «Mi madre está llorando, me dijo, vamos a consolarla...» Y fuimos. La santa señora, en efecto, lloraba desesperadamente, arrodillada en su reclinatorio. Nos acercamos a ella; aún me parece ver a mi hermanita con sus ojos grandes tan suaves y sus bracitos albos echados al cuello de nuestra madre. «No llore, que es Noche Buena, y todos se alegran con el nacimiento del Señor, con los Reyes Magos, y con los burritos...» Las lágrimas de mi madre se convirtieron en sonrisa.

Fue a un ropero de cedro, a la pieza vecina, y volvió trayendo los juguetes que nos mandaban los Reyes Magos: una muñeca de ojos azules, para mi hermanita, un tambor para mí. Habíamos crecido queriéndonos especialmente entre todos nuestros hermanos, salíamos a pasear juntos, ella me hacía caso en cuanto le decía Dios lo quiso... Marta murió. Está visto que yo he de perder siempre todos los cariños de mi vida, hasta los más santos, hasta los más puros. Ese anhelo de amar y ser amados que todos sienten, incluso las fieras, no ha sido hecho para mí...»

Luego, después de una pausa dolorosa, turbada por el estrépito de la fiesta y el estallido de cohetes en chispas de colores, prosiguió Ángel: «Toda la tarde, por su actitud conmigo, en algo que no me explico, ni sé cómo, por cosas que flotan en la atmósfera -que yo presiento- y creo en los presentimientos por que el corazón suele avisarnos- me parece ver el fin [94] de ese romance, para mí tan hermoso, de ese ideal para mí tan completo. Algo nos separa...»

Los zollos de Gabriela interrumpieron su frase, dejándola sin concluir; salían desesperados, repentinos, cortados por hipo nervioso, mientras mordía su pañuelo entre los dientes, con el adiós a la vida y al ensueño, de esos que suelen asaltar el ánimo de los condenados a muerte, de los tísicos en último grado, de los que aman y contemplan en relieve ignorados esplendores en el momento de perderlos.

-«Mi padre... no... no quiere... me lo ha dicho. Que no le hablen más, nunca más de mi matrimonio con Ud... antes muerta... antes monja...»

Una estrella luminosa giraba en el centro del parque, arrojando a uno y otro lado gavillas de chispas que centelleaban en las obscuridades de la noche. Llegaba olor a pólvora, junto con grandes clamores del pueblo y gritos de entusiasmo.

En el oscuro rincón, junto a la glorieta rústica, disonaban en aquel conjunto de alegría, los zollos ahora apagados, casi en sordina, de Gabriela. El rostro de Ángel se había desencajado, señalándose en torno de

sus ojos amoratado círculo. Se habían hinchado las venas de su frente y su boca, de tono violáceo, se contraía con sonrisa algo sardónica, peculiar en él. Experimentó, primero, sentimiento de estupor. No se hubiera figurado nunca la oposición de los padres de Gabriela. Si hubiera creído honrar a la más pintada, dirigiéndose a ella... Vamos a ver ¿por qué se oponían? pensaba entre sí. Cuanto a familia, no podía ser; pues contaba entre sus abuelos a un conde de Villa-Rosa, uno de los personajes más ilustres y auténticos del siglo XVIII. No sabía qué pudiera decirse de su persona. Los suyos, sus hermanos, [95] gozaban en sociedad de perfecta consideración y de todo género de preeminencias. ¿Qué se había figurado este señor?... Y luego le asaltó la idea de la chismografía santiaguina, de lo que se diría al saber que Ángel Heredia, enamorado de Gabriela Sandoval, había sido rechazado por sus padres. Conocía, por experiencia propia, esa chismografía, el corre, ve y dile de los salones, de los clubs, de los corrillos, de los teatros, de las conversaciones pimentadas a la hora del café y de los cigarros; sabía cómo se transforman y aderezan las noticias al sabor de cada cual, para causar sensación, impresionando a los demás con detalles y salzas nuevas que agrega la fantasía y con pequeñas perversidades inconscientes añadidas por algunos, para ser ingeniosos, elevadas al cubo por los imbéciles que las transmiten. Conocía ese placer tan especial, de algunos, en arrojar manchas de lodo a la probidad de los hombres, gotas de veneno a la virtud de las mujeres, -algo como un complemento delicioso del chasse-café- de donde resulta, al postre, que tan sólo el comentador es honrado y tiene considerable superioridad moral sobre la gente. Sabía la obra de vanidad convertida en aguijón de maledicencia. ¿Qué no había oído decir en las disecciones de mesas del club o del salón?... Y todo volaba con rapidez increíble. Hacía apenas un mes que conocía a Gabriela, y ya le embromaban como a novio; los amigos le tomaban la mano para mirarle si tenía argolla... las amigas le sonreían y le hablaban con otra voz, con entonaciones que le sonaban al oído de modo distinto. ¡Dios mío! qué se iría a decir a Santiago al saberse la ruptura de su noviazgo en ciernes?... Sensación de vanidad herida, aguda como el contacto de un escalpelo, rozó primeramente su piel; en seguida vino la [96] explosión del hombre, el extallido del deseo irrealizado y al parecer inútil, que le hincaba el diente en plena carne, haciéndole sentir las perfecciones adorables, la morbidez de líneas, lo lleno de las formas, el color aterciopelado de los ojos de Gabriela, preñados de misterios, voluptuosos y húmedos, las flexibilidades de su talle. Se exageraba a sí mismo el valor de todo eso, dándolo por único, por irremplazable. Luego, en sus visiones de imaginación romántica, transformaba los impulsos secretos e inconscientes del sensualismo, en ideal destrozado y sentía por sí una inmensa, una amarga compasión. La tensión nerviosa era ya demasiado fuerte y rompió a llorar, sin cuidarse de la gente que pasaba, de sus amigos que pudieran sorprenderlo. El sentimiento se desbordaba por sobre la vanidad.

Gabriela sintió, a la vez, que la invadía una inmensa ternura, piedad ilimitada al ver a ese hombre, tan fuerte, deshecho en llanto. Se puso de pie, enlazaron sus brazos y en la sombra- se dieron esa noche el primer beso, beso de amargura, beso de agonía, pero ardiente y palpitante como una concentración de sus amores. Y luego, echaron a correr, cada uno por

su lado, despidiéndose «hasta siempre...»

Los voladores cruzaban por el cielo describiendo su trayectoria luminosa, para estallar en chispas de colores, como granadas de ópalo, esmeraldas y rubíes.

La gente del pueblo, el inquilinaje, las mujeres y los niños los recibían con vivas y exclamaciones de placer. El cinematógrafo comenzaba las «escenas de una cacería en África»; el entusiasmo del pueblo rayaba en delirio al ver a un boer, corriendo a galope tendido y con el lazo en la mano. [97]

- VI -

Gritadera ensordecedora atronaba el espacio junto a la laguna. ¿Qué había pasado? La gente, movida de curiosidad natural, y llevada del ejemplo, se agolpaba en la parte más visible del círculo de expectadores, hecho una leonera. No pudiendo alcanzar con la vista, algunos se abrían paso a fuerza de codos.

El espectáculo de cinematógrafo y concierto era dado desde el vestíbulo, convertido en proscenio mediante el oportuno empleo de telones. La parte más selecta, junto con muchos invitados de varias haciendas vecinas y huéspedes de don Leonidas, había tomado colocación en bancas y sillas traídas de todas las habitaciones de la casa. Una concurrencia heterogénea, en que se veían sombreros elegantes de santiaguinas y trajes extraordinarios y vistosos, como el de la señora del Alcalde de Quilantren, ocupaba en número de cincuenta personas, más o menos, aquella parte destinada a lo más lucido. Las sillas se estendían, en varias filas, hasta llegar al borde del estanque del parque. Naturalmente, se había dado a las señoras los más cómodos asientos, reservando a lo más [98] selecto las últimas sillas, en las cuales se encontraban don Leonidas, un señor Guzmán, el Alcalde de Quilantren, el «senador» Peñalver, Leopoldo Ruiz, Sanders, Julio Menéndez, «Polo», Sánchez, el cura de la Parroquia, y muchos otros caballeros.

No habían pasado desapercibidos para Peñalver ciertos coloquios misteriosos realizados durante el día entre Magda y su primo Javier Aguirre, acompañados de idas y venidas bastante disimuladas. Mal que les pese, habré de averiguar de qué se trata, decía para su capote el «senador» ya bastante escamado con las bromas continuas y tradicionales en la familia de Sandoval. Había que andarse con tino, pues Magda era loca. Contábase en los extrados santiaguinos que un día presentaron en la casa, con cierta solemnidad, un pretendiente a la mano de Gabriela, precedido de muchos títulos, recomendaciones y campanillas, pero que a pesar de todo no les caía bien. El salón estaba lleno de gente, las mesas con vasos de flores; circulaban platillos de helados. El galán se acerca a la niña, vestido irreprochablemente de frac, todos le sonrían y Javier Aguirre, que hacía de introductor, le ofrece una silla, el joven se sienta y... cataplún... chinchín... se viene al suelo en compañía de la mesa vecina y de un par de vasos con flores que derramaron su líquido sobre el vestido nuevo de una señora. La silla estaba preparada y las patas sueltas. Una carcajada universal acabó con el pretendiente y el noviazgo. Los invitados a comer solían encontrarse a la salida de la casa, en pleno invierno, con las mangas de los abrigos apretadas. -«Póngase Ud. el paltó, no se vaya a resfriar», decíales Magda con suave sonrisa. Los infelices forcejeaban en

vano, echando los bofes; las mangas habían sido pegadas [99] en la mitad, con hilo negro. Y no había más que reírse. Era conocido el caso de un Ministro de Estado; a quien Javier Aguirre había rellenado su sombrero con corcho, y como no le cabía, convencióle de que se le había hinchado la cabeza, obligándole a llamar médico por teléfono. Todo eso lo sabía Peñalver, por lo cual se puso activamente en campana, no tardando en descubrir el «misterio Sandoval», mediante la promesa solemne de cooperar a su obra.

Entre Magda y Aguirre habían preparado cuidadosamente anillos al pie de la laguna, haciendo pasar por ellos una cuerda, atada con disimulo a los barrotes superiores de una silla, de manera que desde un extremo pudieran tirarla de golpe al suelo. Aguirre y Peñalver ofrecerían con amabilidad la silla, como asiento de honor al joven Sanders, insistiendo Magda en colocarlo entre la señora del Alcalde y el «senador» dejándole, de ese modo, en la imposibilidad de negativa.

Durante la primera parte de la función todo había pasado sin inconveniente, mas al llegar al punto en que echaban a correr los caballos de los boers en la «cacería» del cinematógrafo, Aguirre dio la señal, un «roto» forzado tiró de la cuerda y el joven Sanders, perdiendo de súbito el equilibrio, se fue de espaldas a la laguna con silla y todo. Lo peor del caso, y lo imprevisto para los autores de la burla, fue que la víctima, echando manotadas, naturales en tales casos, cogió con una mano el sombrero de la señora del Alcalde de Quilantren y con la otra el chaquet de Peñalver, recién sacado del concho del baúl. Mas, como no fuera suficiente la resistencia de ambos objetos para impedir su caída, se fue de espaldas a la laguna, llevando en una mano un manojo de plumas [100] de todos colores y de rosas artificiales de sombrero, a guisa de trofeo, y en la otra la persona del «senador» que también fue a sumirse a la laguna.

Alborotose el cotarro, la señora del Alcalde puso el grito en el cielo: «Bien me decían, exclamaba con sus recelos suspicaces de provinciana, y cierto retintín, «bien me decían, que para venir a casa de los Sandovalos tenía uno que bandearse bien. Miren si no como me ha puesto el sombrero este avechuchu...» Alarmábase don Leonidas, entre enojado y risueño; doña Benigna se reía a carcajadas; las sobrinas del cura daban grititos, pareciéndoles de buen tono la timidez el administrador llegó corriendo; Polo y Paco Velarde aumentaban el tumulto. Y cuando todo aquello parecía una leonera, salió por un lado Peñalver, rengueando, y por el otro Sanders con cara de furia, chorreando el agua por todas partes. Para colmo, el joven Aguirre les dio la mano, ayudándoles a salir del estanque, en medio de carcajadas estrepitosas de Magda.

-«Senador de la República, Yo corro a salvarti, como Manrique en Il Trovatore. ¡Honor y prez del más alto cuerpo legislativo! tú que dictas leyes al país, te ves convertido ahora en imagen en del Dios Neptuno, Dios de las aguas, chorreando el agua por todas partes, como una isla ambulante... ¿Y tú, ilustre Sanders, joven e inmaculado espejo de elegancia, con tu pechera blanca empapada y tu smocking, convertido en regadera pareces una mosca en leche».

Y luego, apretándose con una mano la barriga y apuntando con la otra al rostro de Sanders, agregó el endiablado Aguirre:

-¡Oh! el monóculo!.... ha salido atornillado al ojo, después del baño

en la laguna, sosteniéndose con [101] la energía del general Mac-Mahon en la Torre Malakoff... dice: «J'y suis, j'y reste. ¿Qué les parece a Uds. este joven elegante? ¿Qué le falta ahora para telescopio?»

Efectivamente, Sanders se había dado una zambullida por el agua y salía con el monóculo puesto...

Peñalver, no sabía qué hacerse, y reía con aire de mundo, tratando de salvar lo menos mal posible de su papel de burlador burlado, que Magda le echaba en cara con gestos. En cambio Sanders que era joven correcto, y perfecto gentleman, no cabía en sí de cólera, comprendiendo la burla. Salió sin decir palabra, mas, apenas hubo divisado a Javier Aguirre, distraído, cuando se lanzó en contra de él. El bromista quiso esquivarse echando a correr, mas con tan poca fortuna que Sanders lo alcanzó en mitad del parque, propinándole una bofetada que le hizo dar tres vueltas por el pasto, y sino se lo quitan los demás amigos que en ese instante llegaban, diera buena cuenta de él. Con esto se le espantó el enojo tan rápidamente como le había venido, pues era muchacho noblote y de buenas entrañas, incapaz de resentimientos.

Quiso la suerte que al volver de una avenida, no bien se hubo apartado algún trecho de allí, viniera a topar de manos a boca con Magda. Quedó confusa y trató de tomarlo en broma.

-«¿Será posible, Magda, que Ud. trate de ese modo a los amigos?» díjole Sanders en tono de reconvencción cariñosa, pues no tenía un pelo de lesa y bien comprendía el origen y los autores de la broma.

-«¿Qué culpa tengo yo de que Ud. se haya caído?»

-«No creía fuera capaz de burlarse, de ese modo, de un amigo que tanto afecto le profesa...» El joven [102] bajaba el tono un poco ronco de su voz, con entonación particular de queja y de cariño, de la cual él mismo se sintió extrañado. Magda se turbó profundamente, más que por las palabras, por el acento... Y sonrió, con sonrisa franca y abierta, sonrisa calurosa, distinta del gesto burlón habitual en ella.

-«Perdóneme... ha sido una niñería. Seamos buenos amigos», agregó alargándole su manecita.

Sanders, a su turno, experimentó una turbación nueva, inesperada, timidez que lo cogía de repente y que por primera vez, como relámpago, calentó su corazón con la idea de querer a Magda. Una queja, un encuentro súbito, leves inflexiones de voz, habían decidido el porvenir de ambos.

Sería cosa de media noche cuando los invitados se retiraron del parque, después de terminada la fiesta. Recibió entonces, la niña, el golpe de gracia. Don Leonidas, a quien sacaba el bulto desde hacía una hora, la sorprendió en el vestíbulo y presa de cólera sorda, con la palabra trémula de ira, le dijo a media voz: «No sé bien si eres tonta o si eres loca, Magda; con tus disparates de esta noche la señora del Alcalde de Quilantren se ha ido como furia. Esto significa, como quien no dice nada, una comuna perdida, quizá la elección de diputado en la lucha próxima... -Pero, papá... yo no sé...»- No hay pero que valga... exclamó don Leonidas en el colmo de la exasperación. Parecía volado, como familiarmente se dice.

Los invitados jóvenes habían tomado el camino de las casas viejas, en donde se encuentra el departamento de alojados, en forma enteramente independiente. Erase un cañón de piezas comunicadas entre sí, pero con

puertas independientes al patio. Las habitaciones [103] tenían todas, colgaduras de cretona, lechos confortables, alfombras nuevas, catres ingleses pintados de laqué blanco y lavatorios del mismo estilo, mezcla de sencillez y de comodidad, a un tiempo. No habían transcurrido diez minutos cuando un par de golpes, en cada puerta, advertía a los huéspedes la llegada de Javier Aguirre en compañía de Julio Menéndez. «Venimos a pedirles nos hagan la honra de acompañarnos a una manifestación», les decían. Y al ver que torcían todos el gesto, como temiendo las manifestaciones de Javier: «Nota». Agregaba éste: «se trata de un asunto serio y con agradables sorpresas. De Uds. atentos y seguros servidores que sus manos besan: firmado: *Januario Aguirre y Julio Menéndez*, como afianzador de mancomun et' in solidum». Esta carta, recitada de viva voz, era repetida en la puerta de cada cuarto. Minutos después se habrían las puertas de comunicación y una concurrencia «numerosa y selecta» invadía la pieza de Menéndez. Había todo género de trajes: unos, en camisa de dormir y zapatillas; otros en calzoncillos y camiseta, el de más allá envuelto en su sábana de baño, los más elegantes en camisa de día, de color, y zapatos. A medida que entraban fueron sentándose en las camas, sofás, mesas o en el suelo, hasta una docena de jóvenes, entre ellos «Paco» Velarde, «Polo Sánchez», Sanders, Julio Menéndez, el «Comendador» Alvareda, y Ángel Heredia, presididos por el «senador» Peñalver. Apenas les vio reunidos, Javier se dirigió a una de las camas, tratando de alzar la colcha. Sordo murmullo de indignación en la asamblea se levantó, aplacado luego por un gesto de Julio: «Avete pacenza, miei signori», pues a Menéndez le daba por hablar italiano cuando estaba contento. [104]

Javier sacó debajo de la cama una gran canasta, llena de paquetes, que iban a manos de Julio y de ahí a la mesa. Fueron saliendo revueltos: media torta de alfajor... «¡De la Antonina Tapia...» gritó Ruiz con entusiasmo... dos gallinas fiambres... huevos duros... lengua... jamón... un trozo de huachalomo salpreso... dos botellas de vino blanco y varias de cerveza... queso mantecoso... mucho pan de grasa... un tarro de «paté de foie-gras».

Cada vitualla era saludado con una exclamación entusiasta. Al divisar la caja de «Paté de foie», Leopoldo Ruiz palmoteó el hombre de Sanders: «Al fin y al cabo, compañero, le digo, con estos argumentos concluiremos por hablar francés». Y sin más ni más se distribuyeron los víveres y comenzaron su tarea con reposo y en silencio. El uno metía el diente a una pierna de gallina, asegurada con la mano; el otro devoraba un pedazo de lengua; éste empinaba el codo, a puntando al techo el fondo de la botella de vino blanco; aquél destapaba un tarro de conserva; quien hacía saltar como un balazo, el corcho de una botella de Apolinaris, y todos reían, y todos hablaban, y todos comían y gritaban a un tiempo, apenas se hubo satisfecho el apetito.

-«¡Eso es de hombre!» exclamaba Ruiz señalando el canasto.

-«Perdono a tutti, como Carlos V, decía Sanders golpeando el hombro de Javier. «Veo que vuelves por tu honor, lavándolo en cerveza. Mucho te será perdonado, porque nos has traído mucho. Eso sí que te guardo en la mente un pequeño saldo insignificante, cosa de poca monta...»

-«Diga, compañero, con franqueza, le interrumpió Ruiz, ¿qué tal gusto tiene el agua del estanque? [105] A mí se me figura que ha de ser bien

rebuena para un cólico. Ud. se encuentra curado de antemano, en salud...»

-«Cállate «huaso» bruto... lo que tú necesitas es recibir un baño de civilización en cualquier parte...» contestole Sanders.

Por única respuesta el interpelado le disparó con un pan, y como éste se agachara, el proyectil fue a dar en un ojo de «Paco» que ya no volvió a ver claro en toda la noche.

-«Esta, señores, dijo con voz estentórea Javier, es la cena de la despedida y de la reconciliación con el amigo Sanders que cual segundo Moisés, se ha salvado de las aguas junto con una silla de paja...»

Todos hablaban a un tiempo, cansados de comer y de beber, los rostros estaban encendidos, las miradas brillantes e iluminadas. Impulsos súbitos de alegría les calentaban la sangre.

Julio quitó los comestibles de la mesa, y tendiendo sobre ella su manta de viaje, propuso «una manito de bacará...»

Luego salieron los naipes y los puñados de billetes. Menéndez tallaba unos doscientos pesos. «Señores, se prohíbe paradas de más de cinco pesos... ponerse... ¿carta?... sí... contento... vaca... perdí... vamos pagando a los dos lados... Ponerse... sin picarse... ambos lados se tienden... chica... grande... y yo siempre con vaca... estoy destinado a dueño de lechería... pero así la vida es un soplo, señores...»

Ángel jugaba furiosamente, pero con aparente calma. ¡Copo la banca! -Aceptado.- Chica... vaca... Menéndez le pasó todo su dinero cediéndole inmediatamente el puesto. «No pongo límite». «¡Cinco pesos a la derecha!» exclamaba Peñalver. [106] «¡Cien a la izquierda!» «Yo tomo las cartas», agregó Menéndez calentándose. Unos fumaban, renegaban otros de su suerte, lamentándose los perdidosos, todos metían ruido, salvo Ángel, a medida que subía a sus cabezas congestionadas la pasión del juego, la más dominante y ciega. El joven tallaba lentamente, con labios apretados, frialdad grande y brujuleando lentamente las cartas.

Así, entre broma y broma, llegaron hasta pasadas las dos de la mañana, cuando un gran estrépito, seguido de gritos en la pieza vecina, les hizo acudir a ella. Era que Sanders, con gran disimulo, había preparado el catre de Javier Aguirre de modo que apenas éste se hubo acostado cuando el colchón se vino al suelo con gran estrépito de tablillas de madera. El joven Sanders, escondido en un rincón, saltó hacia la taza de lavatorio llena de agua, dejándola caer sobre su víctima, tendida en el suelo. Ésta puso el grito pidiendo socorro, acudiendo entonces Menéndez quien, armado de la almohada de la cama se arrojó sobre Sanders. Aguirre, viéndose libre, cogió un zapato, disparándole a guisa de proyectil en contra de su agresor, pero con tal mala suerte que le asestó el golpe a Flores que se asomaba. Con esto la batalla se hizo general, dándose unos a otros con las almohadas, con las toallas, barajando los golpes con las sillas, en tanto que «Polo» armado de un sifón de agua de Seltz, disparaba el chorro a guisa de metralla, sobre los ojos de los asaltantes, haciéndoles huir desfavoridos. Para colmo, un mandoble apagó la vela, con lo cual trataron todos de escapar a un tiempo de la pieza, rodando por el suelo confundidos y enredados entre pisotones, gritos, juramentos y reniegos, puñadas y almohadazos. [107]

-«Que haya paz y concordia entre los Príncipes cristianos», dijo el «senador» apareciéndose con vela encendida. Ya todos estaban cansados y se

fueron a acostar, acompañados de la risa de Ruiz que no se acababa nunca.

-«Estos jóvenes ignoran el tesoro que poseen, esa joya de los veinte años», decía Peñalver a media voz, apagando la luz. «Esa es la edad de las alegrías y de las ilusiones, cuando el porvenir se muestra de color de rosa. Todo es ligero, hasta el aire que se respira, todo es despreocupación y burla y motivo de entretenimiento. Ahí están «Polo» y «Paco» que juegan a pares o nones con los números de los tranvías en la esquina de Don Benito. Más allá Heredia, enamorado de Gabriela, y Sanders metido en el sport, Menéndez en el juego, todos alegres, contentos y felices, dejando rodar la vida con la despreocupación con que Buckingham miraba rodar sus perlas. ¡Quién me diera volver a los veinte años con sus sueños de santa poesía, de infinita dicha, de nobles ilusiones! Todo aparece hermoso y grande, lo mismo que contemplado años más tarde se nos muestra pequeño y mezquino. A los veinte años, uno se le sube a las barbas a todo el mundo y se le mete espuela, no más. No hay fortaleza inespugnable, como se pueda subir a ella en un jumentillo cargado de oro. De maldita de Dios la cosa sirven los consejos a los veinte años, ni la experiencia de otros, sólo se busca lo que trae placeres y procura diversiones. Aún no estamos enterados entonces del fondo egoísta y utilitario de la vida, del choque de intereses, de la puja de ambiciones, de la indiferencia de nuestros amigos, del egoísmo de aquellos por quienes a veces nos sacrificamos, de la importancia enorme del dinero en las sociedades en vía de formación, [108] del desdén por la cultura del espíritu. Aún no hemos sentido el peso del brazo del advenedizo y del recién llegado sobre los hombres de corazón y de afectos, de tradiciones de familia a la antigua usanza. Poco a poco van mostrándose los desengaños lentamente. Más la juventud, con la alegría inconsciente de los veinte años se derrocha en el bullicio como el champagne se deshace en espuma. Aún no se conoce aquel aburrimiento que, según decía una dama del siglo XVIII, es propio de toda persona bien nacida; ni estamos condenados aún a verse reflejar dentro de nosotros las cosas con monotonía desesperante».

Peñalver experimentaba la nostalgia de los veinte años, el desconsuelo de que su espíritu joven no estuviera en consorcio con su cuerpo, el recuerdo cariñoso de buenas horas desvanecidas, tan bien expresado por la voz portuguesa de «Saudades». Y sentía el dejo amargo de una situación social de eterno equilibrio, situación forzada en que se encuentran siempre los hombres sin fortuna obligados a mantenerse en roce con la sociedad de buen tono, con hombres de posición y de dinero, sin poseer ellos ni una ni otra cosa. Mantenerse de manera decorosa, para su orgullo, sin rechazar intempestiva y tercamente lo que viene del poderoso y sin humillarse para conseguirlo; no mostrarse nunca en condiciones equivocas ni deprimentes, aprovechando al mismo tiempo la alegría del vivir, la buena mesa, el palco, el carruaje del amigo, el cigarro habano; ser, en el fondo, un parásito, aparentado que se hace honor a la persona en cuya compañía uno se muestra. Pagarlo todo en monedan de buen tono, con la tarjeta o el regalito enviado oportunamente en los días de santo, el pequeño servicio prestado a tiempo, la atención constante, la palabra discreta, [109] de actitud dignamente jovial, el espíritu de sociedad convertido en arte consumado «viviendo sobre el país». Todo eso había en el hondo suspiro de Peñalver al acostarse, -de ese pobre Peñalver, a quien

sus amigos habían dado el apodo irónico de «Senador».

Segunda parte

Al caer de las hojas

- I -

Los relojes habían dado, unos en pos de otros, las diez de la noche, con el sonido melancólico de las viejas campanas santiaguinas. La ciudad, iluminadas las calles centrales por grandes focos, presentaba el aspecto solitario y triste de ciudad muerta, en aquella noche de invierno en que los girones de neblina se arrastraban por los jardines del Congreso, entre pinos y palmeras, para envolver, luego, en la Plazuela, monumentos y columnas de bronce. Los focos parecían rodeados de nimbos de luz. De cuando en cuando, la campana del tranvía eléctrico arrojaba su chillido metálico en las diversas calles del crucero de Bandera con Catedral y Compañía. Algún farol rojo de carruaje nocturno desaparecía de la puerta del Club de la Unión. [111]

Los girones de neblina envolvían, también, la Plaza de Armas en denso velo rasgado por ramas de palmeras, dentelladas y oscuras. El piso húmedo, todo enladrillado, brillaba, dejando resbalar suaves reflejos de luz a los ojos de un joven que caminaba rápidamente con el cuello del gabán levantado y el paso característico, arrastrado a derecha y a izquierda, con el balanceo propio de cuantos llevaban en sus venas sangre de Sandoval. Era Javier Aguirre; al llegar a la esquina de la Plaza con Estado, se detuvo un momento. En esos instantes salía la concurrencia de la segunda función del Teatro Santiago. Sus anchas puertas arrojaban esos grupos compactos y negros que salen como enjambre del recinto iluminado, precipitándose por una y otra acera, como dos culebras interminables que se deslizan junto a la casa roja de piedra, de los antiguos Condes de la Conquista, y cruzan el Portal Mac-Clure. Javier Aguirre se había detenido, perplejo, en el crucero de la calle del Estado con la Plaza. Los girones de neblina, menos densos en aquella parte, se rasgaban, permitiendo contemplar, en la penumbra de los focos eléctricos, las torres de San Agustín y las aceras ensanchadas de la calle, por las cuales quebraba sus rayos la luz; más allá los faroles pajizos de un Bar y la luz roja de la Botica de turno. Un coche pasaba lentamente como pidiendo pasajeros. El joven hizo gesto para llamarle, más cambiando súbitamente de idea, le dejó pasar. Experimentaba sensación nerviosa de impaciencia. Acababa de acudir a casa del doctor Boildieu, sin hallarlo, y se dirigía en busca de otro médico, más en el momento de silbar el coche, al ver la columna de gente que salía del Teatro, cambió de idea. Acaso entre la muchedumbre que salía pudiera encontrar, sino al célebre [112] médico francés, a un facultativo cualquiera, pues el caso apuraba. -«Adiós, Javier» díjole, de paso, un personaje de aventajada talla, maciso, de ancha barba semi-canosa, con ese tono entre familiar y cariñoso, de los que tienen costumbre de encontrar a una persona en salones. «¡Deténgase! Doctor, le buscaba...» contestó el joven con aplomo. Acababa de toparse casualmente con el Doctor Morán.

«Vámonos ligero, agregó, que mi tío Leonidas se nos va...

-«¿Cómo así?»

-«Acaba de darle el tercer ataque y se encuentra, como dicen Uds. los

médicos, en estado comatoso, sin conocimiento alguno, parece muerto. Tiene el rostro lívido, de color que da miedo, y está flaco, flaco, únicamente con huesos y pellejo. Tiene manchas amoratadas...» Y el joven Aguirre enumeraba detalles con palabra fácil y cierta complacencia de manifestar experiencia de enfermedades y materias médicas.

-«Malo... malo... ¡Canastos! murmuraba Morán, pasándose la mano por la barba. ¡Pobres chiquillas!» agregó refiriéndose a las niñas Sandoval. «Lo adoraban», sobre todo Gabriela, a pesar de que Magda, como menor, era la más regalona». Morán experimentaba complacencia al manifestar relaciones de intimidad con esa familia distinguida; cierto airecillo de vanidad satisfecha, la satisfacción de sentirse como parte integrante o complemento del círculo en boga. Había conseguido levantarse de una posición obscura y modesta a otra expectable, sin ayuda ni protección de parientes, y lo que es más extraordinario, sin talentos profesionales de ninguna especie, a fuerza de amabilidades y de tacto, sacando a bailar a feas en las fiestas, acompañando mamás, buscando abrigos, [113] siempre fino, siempre, sonriente. Ahora, ya dado a conocer en salones, tenía su pequeña clientela, pues en la lucha por la alta sociedad, hasta existen personajes y familias que consultan y llaman a un facultativo por ser «el médico de las Sandoval». En ese tejido de vanidades e intereses, de apetitos y concupiscencias, en que todos se empujan y golpean, por subir, por medrar, por abrirse brecha en la vida mundana -toda vanidad y vacío- existen factores, que a primera vista no aparecen, pero que desempeñan el papel de pequeño e invisible tornillo en máquina complicada. Eso era el Doctor Morán. Había tomado el paso de Javier Aguirre, deslizándose rápidamente por calles desiertas, cruzando la de Compañía, hasta llegar a casa de Sandoval. El gran edificio, con ventanas cerradas y oscuras, tenía aspecto triste, a pesar de hallarse pintado de blanco, el color de moda. El Alcalde había mandado cubrir con arena el piso de aquella cuadra de Compañía, conociendo el estado de suma gravedad del ilustre enfermo. A la puerta estacionaban tres coches: el americano de visita y otros dos para los mandados, pues a cada momento necesitaban acudir a la botica en busca de bolsas con oxígeno.

La hoja de la mampara, de vidrios opacos, se hallaba entreabierta. Un reporter de diario, lápiz en mano, tomaba apuntes bajo la bomba central del vestíbulo de mármol, copiándolos del último boletín dictado por el médico de cabecera; un sirviente, de frac y de corbata blanca, el rostro afeitado e impacible, con esa insolencia peculiar en sirvientes de casa grande, esperaba a corta distancia.

Apenas resonaron pasos de recién llegados, se oyó carrerita femenina y rumor de faldas recogidas. Era [114] Magda, con un pañuelo de lana tejida echado sobre la cabeza y con lágrimas en los ojos... «¡Al fin, un médico, dijo... creí que no llegaría jamás... ¿Cómo le va, Doctor?... mi papá está muy grave... se muere...»

-«Cómo va, pues... tranquilízese... calma... calma... Esto pasará... si no es para tanto. Más de uno he visto yo volver del borde de la sepultura y enterrar a otros buenos y sanos como si vendieran salud. No se aflija, Magda. ¿Y su mamá? y Gabriela?»

-«Desesperadas... Mamá en cama, y todas andamos con la cabeza perdida».

-«Naturalmente. Vamos a ver al enfermo». Y Morán se quitó lentamente guantes y abrigo con esa calma profesional que desespera en ciertos instantes. «La sola presencia del médico mejora y tranquiliza a la gente de la casa» dijo en tono sentencioso a Javier Aguirre.

En el escritorio, sobre sillones bajos de cuero, se hallaba una docena de personas, entre ellas dos o tres políticos, jefes de partido, el gerente de un Banco del cual era consejero el señor Sandoval, y varios caballeros viejos, amigos de la familia, con sus calvas relucientes y sus tos asmática. En la pieza vecina estaba el Presidente de la República, acompañado de dos o tres personas y de un clérigo, «el señor Correa», uno de esos sacerdotes hombres de mundo, persona de agradable trato y maneras finas.

El «senador» Peñalver, de pie, con ojos enrojecidos, sin hablar palabra, se fumaba en silencio un cigarro puro. Sentía pena profunda, no tanto por su amigo don Leonidas, a quien quería y no poco, cuanto por su propia persona. Con don Leonidas se iba algo de su pasado, era como si fuesen a enterrar [115] un pedazo de su existencia, los recuerdos y aventuras de muchacho, las pellejerías de antaño, los esplendores de otro tiempo durante el cual Peñalver había desempeñado papel auténtico de gran señor y de millonario ¡ay! por desgracia demasiado corto. Se apiadaba Peñalver de sí mismo, al ver cómo se iban, uno a uno, los compañeros que habían hecho juntos la jornada de la vida, los que visitaron unas mismas casas de tono, y se presentaban al teatro y a los bailes en alegre círculo. Ya iban quedando muy pocos de los que fueron a la inolvidable fiesta de Meiggs, o al gran baile de la Presidencia de Pérez, de los que paseaban por París en victoria a la Daumond en compañía de Florencio Blanco, el buen mozo clásico del Segundo Imperio. «¿Te acuerdas Cucho?» dijo a uno de los señores de cabellera blanca, repitiéndole en voz alta sus reminiscencias. «Leonidas figuraba entonces con nosotros...» Un suspiro ahogado se escapaba de su pecho de viejo vividor... «El pobre se nos va... me ha dicho Boildieu que ya no hay esperanza... si no de mantenerlo. Hoy estuvo de visita el Arzobispo y Leonidas no lo conoció...» Peñalver clavó la vista en la alfombra, dando puchadas a su cigarro puro.

En esos instantes cruzaba el vestíbulo Justino Vanard, uno de los íntimos de la casa, con su pasito corto en son de baile. Era pequeño de estatura, de grandes bigotes negros levantados, ojos hermosos, profunda y tupida cabellera color ala de cuervo y usaba peinado aplastado que daba a su cabeza tono relamido. Andaba siempre con la cabeza echada atrás y el cuerpo erguido, como esforzándose en elevar su estatura. Su edad sería de 35 a 50 años, es decir indefinida, pues no tenía edad. Vanard, como Peñalver, figuraba entre los indispensables en toda casa de buen tono. De [116] trato simpático y culto, había leído su poco de literatura y publicado traducciones y algunas poesías, amén de revistas de bailes y de salones, con lo cual junto con darse ínfulas de literato, era solicitado por las damas con pequeñas amabilidades o coqueterías, esperando llegar a las eternidades de la fama social en recortes de periódicos. En extremo servicial, se desvivía por escribir cartas de presentación para el género humano, solicitando, para una misma persona, un día la plaza de astrónomo y otra la Sede un tiempo vacante del Arzobispado de Santiago. Iba y venía, dándose vueltas y revueltas, como si tratara de practicar el movimiento

perpetuo, siempre alegre, conversador, a veces cáustico, buen muchacho; diciendo galanterías a mujeres, palmoteando a los hombres, con sonrisas discretas a los poderosos y apretones de mano a los modestos y pequeños. Amigo de las personas de talento, las admiraba hasta en sus fragilidades y sus vicios. A partidas nobles y desinteresadas unía pequeñeces y vanidades increíbles. La nota dominante de su carácter era el exhibicionismo, la manía de figurar, achaque moderno en estas sociedades jóvenes, y enteramente desconocido hasta los últimos años. Vanard se moría por aparecer en casamientos, en fiestas, en comisiones de kermesses o de conciertos de caridad, en bailes, en comidas, en reparticiones de premios, en revistas de bomberos y en funerales, a los cuales jamás faltaba. Contábase que había dado el siguiente consejo a un amigo joven: «El secreto del éxito en el mundo consiste en aprenderse de memoria, para el caso, un discurso de pésame y otro de felicitación». Pasaba, una tarde, frente al Club un suntuoso convoy fúnebre, seguido de infinidad de coches. «¿Quién será el muerto?» preguntábase [117] unos a otros los socios parados en la puerta. Nadie lo sabía. «-Debe de ser Vanard, dijo uno, porque es la primera vez que no lo veo figurar de acompañante en un entierro». Vanard se las valía para los pequeños servicios, las amabilidades oportunas, para traer el abrigo de las señoras, el paletó de los ancianos, para descubrir un carruaje entre quinientos, y de esta manera, poquito a poco, se había formado su posición mundana tan confortable, como sólida, con asiento fijo en las mejores mesas, su jugar, en los palcos, haciéndose indispensable en comidas y fiestas.

Apenas hubo entrado Vanard, con su pasito corto y rápido, cuando dio tres golpes en los cristales de la pieza de Gabriela, quien salió apresuradamente al patio. «Toma chiquilla», le dijo, pasándole un paquetito. «Aquí está la receta, y en el paquetito las agujas para inyecciones... Me ha costado más trabajo encontrar esa botica que a Menelao al raptor de Elena. Santiago, como ciudad, se parece a esos paltoes vueltos del revez, en, los cuales nada parece en su sitio. ¿Y cómo sigue tú papá?» Mientras Vanard pasaba el pañuelo por su frente empapada en sudor, la niña le daba las gracias. Su padre seguía lo mismo, es decir, muy grave. Sólo en ese instante acababa de aparecer un médico... Morán...» Al oír este nombre, Vanard, conocido por sus opiniones avanzadas de libre-pensador, hizo la señal de la cruz. «Lo que es yo... no lo llamaría ni para curar las yeguas de un coche... ni para resfriado. En casa de las Wanda, solamente lo llaman cuando se enferman los sirvientes. En fin... estaba escrito...»

Sin más ni más, ambos se encaminaron al segundo patio, llevando la joven los remedios en la mano. En [118] esto se abrió la puerta del escritorio, saliendo Peñalver a reunirse con ellos, con su peculiar paso balanceado. Había sentido, desde su asiento, la llegada de Vanard, su murmullo a media voz y acudía él, a su turno, en parte por curiosidad, en parte porque no le agradaban los rivales en las intimidades y afectos de la casa. Era ese uno de los motivos por los cuales no profesaba simpatía a Vanard, que conocía a las niñas desde chicas y a sus padres de solteros, gozando los usos y prerrogativas de los dueños, de mandar a los sirvientes, de pedir copas de coñac con Apollinaris y de meterse de rondón hasta el fondo de la casa. Era aquélla una rivalidad cómica, invisible

para el mundo, apenas, perceptible para los íntimos o parientes como el joven Javier, que gozaba con ello de manera inmoderada.

Así llegaron al saloncito de costura del segundo patio, una de esas piezas íntimas conocidas por los franceses con el nombre de boudoir, amueblada toda ella con muebles del primer Imperio, conservados en la familia de Sandoval por espacio de setenta años. A pesar de los esfuerzos de las jóvenes por desterrarlos como «poco elegantes», doña Benigna se mantenía firme y fiel con ellos.

Todas las casas en donde existe enfermo grave, presentan el mismo aspecto. Las conversaciones en voz baja, el andar en puntillas, los rostros adustos de los cuales parece desterrada la alegría, trocada en gesto uniforme y convencional, y la tensión nerviosa en la cual el chirrido de una puerta, una frase más alta, cualquier cosa, produce vibración desagradable. Figurábase todos, por especie de arreglo convencional y tácito, que con semejantes medidas obtendrían la mejoría del enfermo. De ese modo, habíanse [119] acostumbrado, sin notarlo, a una vida de gestos artificiales dentro de los cuales se ocultaba la indiferencia en unos, escasa pena de otros, la preocupación en dos o tres. Con todo, seguía la existencia diaria su curso acostumbrado, mandábase por dinero al Banco, la «Tato» preparaba la lista de la plaza, discutiendo con la patrona los guisos del día siguiente, encargos de vinos o de conservas a los almacenes o de pasto aprensado para los caballos. Dábase quejas de la conducta del cochero, pedíase el anticipo de un sirviente, licencia para el otro y seguían su curso las pequeñas preocupaciones de la vida cotidiana. Ya la Rafaela estaba insoportable de ensimismada y respondona, según afirmaba la «Tato», de pie, más con el tono imperativo y familiar de sirvienta antigua que forma parte de la familia.

En el saloncito solían oírse unos suspiros ahogados, y, de cuando en cuando, algunos bostezos. Encontrábase lleno de señoras, de la familia unas, amigas de intimidad las otras, parientes pobres el resto. Era ese alud que se descarga, como a voz de consigna, en días de santo y de enfermedades graves. Las mujeres enchuqueaban en voz baja, conversando unas del último sermón del Padre Más, otras de nuevas modas de Invierno. Los sombreros se usarían anchos y caídos como platos vueltos, al estilo chino; la de más allá encomiaba lo barato que vendían las cosas en la tienda de Riesen... el par de guantes cuatro pesos cincuenta, ahora que piden por todo un ojo de la cara, por el mal estado del cambio. En resumidas cuentas, ya no se podía vivir en Chile, donde cobran ¡Jesús! por un huevo fresco treinta centavos.

Alguien entró sin que lo notaran, al saloncillo, había saludado y se había sentado sin que lo vieran. Era [120] un señor de sesenta y cinco años, de ojos azules, uno de los cuales parecía de vidrio, cabellera cana cortada al rape, bigotes gruesos, chaquet cubierto de caspa y esa traza decaída de ciertos hombres cuando la vida los maltrata y vienen a menos. Era don Pablo Sandoval, hermano de don Leonidas. Preguntó por la salud del enfermo, contestáronle, hubo ligero silencio, y siguió la charla de mujeres a media voz, hablando todas a un tiempo. En esos instantes cruzaba por el saloncillo el doctor Boildieu, seguido de Justino Vanard. Las señoras bajaron el tono con respeto, inclinándose a su paso. De repente notose agitación prolongada entre ellas, algunas se pusieron de pie,

adelantándose a la puerta con ojos bajos y sonrisa en los labios. Era el clérigo, «el señor Correa» que entraba con andar lento, fisonomía de nariz fina y labios delgados, penetrantes los ojos, mandíbulas un tanto salidas y frente de marfil viejo, aire aristocrático y ligero fruncimiento en las cejas que le daba sello especial. Constantemente cruzaban sirvientes con teteras de agua hirviendo, remedios y cosas necesarias en esas emergencias; habían recomendado que atravesaran por las piezas del fondo, mas preferían pasar por el «costurero» para darse importancia.

Poco a poco, y a medida que avanzaba la noche, la gente se retiraba, quedando tan sólo uno que otro íntimo. Se habían alejado los que iban «por cumplir» y se arrellanaban en sofás los demás, que iban por costumbre, y por curiosidad, o por ese hábito peculiar que arrastra a cierta gente a casa de moribundos, por más indiferentes que les sean en vida. Don Pablo, con la cabeza echada atrás en el sofá, roncaba tranquilamente, sin que las señoras se atreviesen a despertarlo. [121]

Poco después de las doce, abriose violentamente la puerta y apareció el porte maciso del Doctor Morán, esforzándose en dar aspecto grave a su figura plácida. Cruzó la pieza rápidamente y llegó hasta el comedor; allí conversaban Vanard con el «senador».

-«Don Leonidas dejará fortuna...

-«Era de que no... a lo menos su par de millonajos, quizás tres...

Era hombre rumboso.

-«Ah! sí, era rumboso y gran señor... las chiquillas quedarán bien aviadas. Descontando la mitad de ganancias, les tocará por lo menos...»

En esto iban, cuando el Doctor Morán se acercó a ellos, diciéndoles dos palabras al oído. Ambos enmudecieron. Peñalver, poquito a poco, largó hasta sus tres suspiros ahogados. Vanard, con voz emocionada, aprovechó la ocasión de pronunciar un par de frases que tenía preparadas al efecto.

«...Hai que comunicarlo a la señora... y a las niñas... se fue sin decir ¡Jesús!... le falló el corazón, señor... y eso que el Doctor Boildieu le tenía el pulso y yo le había hecho ya seis inyecciones... ¡Pobre Magda que lo quería tanto! Y misiá Benigna... y Gabriela... Es una gran pérdida para el país».

-«Era hombre de Estado eminente, lleno de tacto, un diplomático... Y de carácter suave... era una dama» agregó Vanard. Vivía constantemente preocupado de sus deberes cívicos. Recuerdo que hallándose de jefe de Gabinete, me mandó llamar una vez diciéndome: «Mira, «cadete», parece que hay dificultades en la primera Compañía de Bomberos; busca manera de arreglarlas; recuérdales a los amigos que no es posible menoscabar su prestigio tan bien ganado». Se acordaba del Cuerpo en los momentos más difíciles para el Ministerio ¡Los dioses, se van, señores!...» [122] agregó Vanard investigando el efecto que producían sus palabras en el rostro de sus interlocutores. El de Peñalver quedaba impasible. Morán le admiraba.

El Doctor encendió un cigarrillo, para ganar tiempo. «Este es el instante más fregado...» respondió.

«Recuerdo que cuando se me murió de sobre-parto la señora de Pérez, en la semana pasada, no sabía cómo decírselo al marido...»

En cualquier otro instante, el espíritu irónico de Vanard hubiera tomado nota. Ahora sentía atmósfera de plomo; era sensación desagradable e

indefinible. Perdía un amigo influyente y de gran posición, dispuesto a servirlo, cariñoso, atento. Experimentaba el vacío de algo de lo cual no se daba explicación justa. Había comido tantas veces en aquella mesa hospitalaria. A fuerza de tratarlo y de oírlo, llegaba a considerar como propio el éxito político y social de don Leonidas, de cuya posición él recibía como un reflejo -casi como ese prestigio desbordado de los caudillos políticos a sus yernos y hermanos por insignificantes que sean, algo que se presiente en su actitud, en su andar, en sus conversaciones. Peñalver sacó el pañuelo, se restregó los ojos, hizo un movimiento de hombros y dijo con voz entera: «Yo me encargaré de la Benigna... que se ocupe de las niñas Vanard...» Los tres se separaron.

En la casa reinaba gran silencio, producido en unos por el sueño, a esas horas avanzadas de la noche, en otros por el enervamiento derivado de largas y agitadas enfermedades en que se teme de un momento a otro el desenlace. Y a pesar de que todos lo esperaban, vino a sorprenderlos. Creían en algo imprevisto y salvador. En el saloncito se produjo, primero, movimiento [123] de sobresalto, seguido de viva agitación. Luego se abrió una puerta, y miseá Benigna la atravesó corriendo, con el pelo suelto, a medio vestir. En seguida unos gritos agudos: Ay!.. Ay!... ¡Señor!... Dios mío!...» Y luego chillidos, seguidos como de estertores:... ¡Papá!... ¡Mi papá!...» Y todas las mujeres se precipitaron de golpe, atropellándose, a las habitaciones del difunto, abriendo la puerta de par en par. Entre gritos, cuchicheos, histéricos, violento abrir y cerrarse de puertas, carreras de sirvientes, llantos, toses y catarras, oíase monótona la voz del presbítero Correa, entonando en alta voz, breviario en mano, las preces de los muertos. Era explosión violenta, distensión general de nervios, amarga voluptuosidad de lágrimas y de gritos en las mujeres; el anhelo de concluir de una vez con una situación desesperante. Gabriela envuelta en rebozo de lana de color, lloraba con dolor infatigable y sin cesar renaciente.

En ese instante se oyó el repiqueteo de la campanilla del teléfono: «Aló... aló... ¿con quién hablo?...» Era José, el sirviente de mesa, que comunicaba a los diarios de la mañana la muerte de don Leonidas. [124]

- II -

El portón de calle cerrado, los corredores y patios silenciosos daban a la casa de Sandoval aspecto melancólico de claustro. Estacionaban a la puerta coches de lujo, tirados por trancos de sangre, indicando la presencia de visitas. En el cuarto de Magda, en efecto, habíanse reunido media docena de amigas íntimas. Largos seores Médicis, de color crema con encajes de fantasía sobre tul bordado, con incrustaciones de motivos Cluny caían sobre las varillas de bronce de cortinitas llamadas por los franceses brise-bise, hechas de género bordado y encaje milanés, bañando la espaciosa pieza en penumbra triste, apenas interrumpida por luces aceradas de espejos. El peinador veíase cubierto de frascos de cristal de roca llenos de aguas y esencias, de aparatos nikelados y encrespadores, bigudines, cajas de instrumentos de acero con mango de nácar para uñas, pulverizadores, escobillas de todos tamaños, con mangos de carey y monogramas de plata. Como descomunales insectos, sobresalían las cabezas de un juego de alfileres de sombrero, damasquinadas [125] en oro sobre fondo negro, y clavadas en almohadilla. Magda tenía los ojos enrojecidos

de llorar y sus miradas, reposadas por la luz tranquila de la pieza, caían sobre los instrumentos y frascos de la mesa, sorprendiéndose de hallarlos como los demás días y de verlo todo en su sitio. Sentía el mismo andar apacible de vida corriente, aún en medio de su desgracia que, según temía, vendría a trastornarlo todo. La muchacha con el pelo suelto, envuelta en rebozo de lana, se hallaba recostada sobre su lecho. Julia Fernández, Marta Liniers, Laura Oyangúren, Pepa Alvareda, Olga, casi todas las íntimas, se habían apoderado del canapé de seda perla, y de los sillones Luis XV, así como de infinidad de sillas y taburetes traídos de las piezas vecinas. Unas estaban de manto, envueltas en sus pliegues transparentes; otras, como Julia, llevaban mantilla en la cabeza. Hablaban, al principio, a media voz. Pepita trató detalladamente de la ceremonia fúnebre. Jamás se había visto entierro más concurrido en Santiago. La Iglesia de Santo Domingo estaba «de bote en bote», no había dónde meter un alfiler. La orquesta era magnífica; «Paoli», el tenor de la Ópera, había cantado el «Miserere». Allí estaba todo Santiago. Enumeró, una por una, las personas de ella conocidas. Sus amigas agregaron, cada cual, un nombre, sin olvidarse de sus «pololos» y de sus amigas. Fulana de tal, no estaba en la Iglesia, mengana, tampoco; las niñas tenían cuidado de subrayar ciertas ausencias. ¡Y qué de coches! hijita... aquello no se acababa nunca. Eran cuadras de cuadras. Había más que en el entierro del Presidente Errázuriz. Magda escuchaba, clavados los ojos en el techo, sin movimiento alguno; involuntariamente experimentaba cierta complacencia, como [126] cosquilleo de vanidad, al oír nombres de tantas personas conocidas. Al escuchar el de Paoli, se acordó del teatro y del traje gris perla que llevaba una noche en que ese tenor cantaba Otello; aquel vestido había tenido éxito fabuloso; para más seña, todos los anteojos se clavaban en su palco, sintiendo sobre sí las admiraciones de los hombres y las murmuraciones de las mujeres. Otra niña, recién llegada, interrumpió la charla con frases de condolencia. Era desgracia irreparable, algo inmenso, una de esas cosas en que no cabe más consuelo que pensar en Dios y poner los ojos en la Virgen. «En estos casos, hijita, es preciso compadecer a los que se quedan y envidiar a los que se van...»

Hubo murmullo de aprobación, entre las amigas, y luego, instantes de silencio. Manuelita Vásquez los aprovechó para quitar la palabra a Pepa. Lo que a ella le había parecido imponente y grandioso, en la ceremonia, había sido el momento en que sacaron el ataúd del templo, rodeándolo con los estandartes del Cuerpo de Bomberos, del cual había sido Superintendente. Una sentía escalofríos... algo inesplicable, pero que apretaba el corazón como con tenazas. ¡Y qué de coronas, Santo Dios! Se había necesitado carro especial para conducir las... ¿Y saben Uds. cuál de todas era la más hermosa? Una cruz de violetas con orquídeas blancas; en mi vida he visto cosa de mejor gusto...»

Al oír estas palabras, Pepita Alvareda se inclinó al oído de Gabriela, diciéndole en voz baja: «Esa cruz, que llevaba mi tarjeta, ha sido enviada por Ángel, que me pidió permiso para hacerlo. No quería que fuera en su nombre. ¿Has visto un corazón más bien puesto? ¡Pobre!... a caballero no se la gana nadie...» [127]

Gabriela, envuelta la cabeza en un chal, había escuchado aquella charla con la indiferencia con que lo recibía todo, por temperamento, y

por hábito, más al oír las palabras de Pepita, sintió que le palpitaba el corazón violentamente, cogió su mano en la penumbra, y la apretó. Sí, tenía viva y palpitante la herida de aquel cariño, el primero; sí, comprendía que jamás nadie, ni nada podría separarla de Ángel a quien amaba. Había roto con él, por su padre a quien no quería contrariar, pero no por eso podía dejar de quererlo.

El sirviente golpeó la puerta, anunciando que los señores Peñalver y Vanard querían hablar una palabra con las señoritas. «Anda tú», le dijo Magda y Gabriela salió.

La conversación tomaba otro giro. Laura Oyangúren con la autoridad de ser una de las jóvenes mejor vestidas en Santiago, se puso a disertar sobre el luto de moda y describió, muy por menudo, el traje recibido recientemente de París por una prima suya, sin perdonar el «velillo punteado de felpilla sobre tul» del sombrero; ni los «entredoses» de imitación malla del vestido. A las muchachas se les venía el agua a la boca en las descripciones de los trajes.

Magda escuchaba en silencio; sus miradas cayeron sobre la punta de sus zapatos de cabritilla que salían de entre las enaguas bordadas y su melancolía se templó en sensación de complacencia al sentirse elegante. Manuelita, siguiendo el movimiento de su mirada, se fijó en el pie, y luego, cogiéndolo en la mano, exclamó con el tono meloso, halagador que toman a veces las mujeres: «Hase visto una patita más linda? ¿El pie de la Cenicienta?»

-«De una Cenicienta calzada por Galoyer, de [128] París, lo que no es gracia», interrumpió Magda. «Todavía me queda como bolsa», agregó, y dejándose llevar por impulso natural de su carácter, hizo un movimiento rápido, disparando la zapatilla que se dio varias vueltas en el aire, antes de caer en medio de las amigas que le daban el pésame. Pepita se la tiró con presteza, cogiéndola al vuelo la muchacha, que se calzó tranquilamente.

La puerta se abría en ese instante para dar paso a Susana Pearsón: «Hijita... no puedes figurarte cuán sinceramente los de casa te han acompañado en tu pena. Mi madre me encarga te diga que te lleva en el corazón... Debemos compadecernos de los que se quedan... no de los que se van». [129]

- III -

Habían transcurrido algunos meses desde la muerte de don Leonidas. La casa recobraba el aspecto de otros tiempos, a través de variaciones un tanto convencionales del momento. La señora no salía a parte alguna, salvo las idas a misa, todas las mañanas, cubierta con mantón que le tapaba los ojos. Ausentes los amigos, cerrada la puerta, habíanse recogido en silencio doloroso, en medio del cual, todo recordaba al ausente. Los anteojos abandonados sobre la chimenea, la revista doblada en la página que él leía; una especie de hundimiento del sillón de cuero, por haberse vencido resortes con la acción de los años: todo hablaba del difunto y aparecía como engrandecido, a manera de reliquia inapreciable, en los primeros instantes. Y ante el asiento vacío de la mesa, habían experimentado todos, hasta la ligera Magda, esa angustia de las separaciones eternas. Mas el rodar de la vida hace que se desgasten y envejeczan, ropas y sentimientos, con el uso.

El dolor causado por la muerte del padre había tomado, en cada uno de los habitantes de la casa diverso aspecto. [130] «Miseá» Benigna, con tendencias de mujer elegante, había rodeado de amigas escogidas que la acompañaban en su duelo mundano; tenía frecuentes consultas y discusiones con el arquitecto encargado del monumento en el Cementerio, discutiendo arquerías, puntos, relieves y mármoles, empleando en los detalles del mausoleo no poco espacio. Las Sociedades de Beneficencia de que era socia la llamaban a su seno. Magda, ocupada en llevar diariamente flores al Cementerio, al sepulcro de sus abuelos, en donde se hallaba el cadáver de su padre, lo había tomado a tarea dolorosa, mas luego las visitas se fueron espaciando, pues había llegado el momento de ocuparse en trajes de luto, con la llegada de sombreros, tocas y vestidos negros encargados a París. El sentimiento que le atenaceaba las entrañas en los primeros instantes, había convertido en uno de esos aires en sordina, algo difusos, que flotan por la atmósfera. ¡Qué diantres! cómo les decía doña Carmen Quezada, con tanta razón, no podían echarse ellas a muertas, era menester vivir con los vivos, al fin y al cabo, dando su lugar a necesidades del vestuario así como a las de comida. Si no ¿qué diría la gente? La familia de don Leonidas debía mantenerse en sociedad conforme a su rango.

En Gabriela el sentimiento había sido más profundo que en su madre y en su hermana. Su pena era menos expansiva. Veíanla vagar por casa, con dientes apretados, mui pálida, aire apacible, gestos firmes aún cuando lentos, el talle redondo y lleno en su traje tan triste de lanilla negra, sin adornos de ninguna especie, con lo cual se realzaba todavía la opulencia de sus cabellos rubios. Circulaba sin ruido, ocupada en faenas de casa, haciendo limpiar cristales y pisos, en las múltiples [131] tareas del servicio, pues la vieja «Tato» se encontraba enferma y ella lo dirigía todo. Sin ruido hacía limpiar los salones, sacando sillas y muebles, haciendo rodar el piano de Chickering, sacudir cortinas, abrir puertas, bañando de luz esas habitaciones dilatadas a las cuales la obscuridad y el polvo daban tono de tristeza al parecer invencible. Luego, cuando los accesos de penas y de sollozos acometían a su madre, en los primeros tiempos, ahí estaba siempre Gabriela, tranquila y firme, con sonrisa pálida, y actitud consoladora. Entre tanto, allá en su interior padecía el vacío irreparable de la eterna ausencia; acostumbrada a leer diarios y páginas de libro a su padre, todas las noches, acompañándole generalmente en sus paseos, su sensibilidad enfermiza había sufrido, más que nadie acaso, la ausencia de ese cariño seguro y fuerte. Desde que había encerrado su amor en el fondo del pecho, como se echa cenizas sobre las brasas, cubriéndolas, en obediencia a órdenes de don Leonidas, que se oponía al matrimonio, había sentido Gabriela, por uno de esos fenómenos psicológicos, aumentado el cariño a su padre con toda la intensidad del sacrificio. Dejaba caer toda entera su ternura, santa y piadosamente sobre el pecho de su padre, sobre el hacha que la hería. Luego, cuando al caer de la tarde, viendo las ventanas abiertas, había penetrado a la pieza donde había muerto, al ver las filas de frascos de remedio en las mesas; una silla donde a él le agradaba sentarse, empujada hacia el rincón apresuradamente; la jeringuita de inyecciones rodada al pie del catre, sintió revivir los horrores de la enfermedad, junto con las sorpresas y

los anonadamientos de la muerte. Gabriela, esa noche, había sollozado, allí, sola entre cuatro paredes, sin que nadie lo supiese. [132]

Algunos meses habían transcurrido y la casa de Sandoval tomaba lentamente su aspecto antiguo, abandonando el de monasterio señorial traído por su luto reciente. Si bien el portón se mantenía cerrado, con sólo un postigo abierto, en cambio el coche de casa y los de visitas le daban ya más aspecto de vida. Luego, en los anchos corredores se oía el canto incesante y alegre de canarios que Magda había hecho colgar, y que enviaban sus claros repiqueteos envueltos en ráfagas de olor a planta y a flores. La primavera renacía.

En la galería del segundo patio, existía, también, otro jardín. Allí, sobre sofás de mimbre y sillones de brazos redondeados y cómodos, solía recibir a las visitas de confianza doña Benigna. Bajo el corredor, en suave penumbra, sentábase la señora, atrayente aún, a pesar de sus largos años, tan agitadamente llevados. Sin ser bonita había sido una de las damas interesantes de su tiempo. Cabeza fina, la nariz aguileña, hermoso perfil, a pesar de ojos pequeños y grises: mostraba fisonomía distinguida. Uníase a esto andar elegante y porte airoso; pocas mujeres sabían ser tan amables como ella, cuando trataba de agradar; poseía ciertas inflexiones llenas y agradables al oído que daban interés a cosas acaso insignificantes o vulgares, dichas por otra persona. Sin ser mujer de talento superior, poseía el arte mundano de exponer las cosas, de referir sucesos, de insinuar escándalos de sociedad en términos discretos. Además se adaptaba admirablemente al espíritu de sus interlocutores. Con los unos hablaba de labores agrícolas, de negocios con los de más allá, de política en ocasiones. Nadie se las valía, como ella, para manifestar desdén o desprecio, llegado el momento. Carecía de gracia natural en sus maneras un tanto frías, mas poseía un conjunto de [133] condiciones sociales que ayudaron poderosamente a formar la posición política de su marido. El tacto, la ductilidad para tratar a la gente, la justa apreciación de valores mundanos, era el punto en que marido y mujer se armonizaban y se completaban admirablemente. Luego las niñas crecieron, hiciéronse mujeres y fue menester presentarlas en sociedad; comenzó entonces para la señora, joven todavía, el suplicio de sobrevivir a esos encantos que le habían procurado tantos triunfos de salón. Ya no eran posibles los coqueteos, el ligero flirt, miradas intencionadas, placeres innumerables que habían sembrado su existencia y endiosado su vanidad. Un mundo distinto, actitud retraída, indiferente, venían a sorprenderla bostezando detrás de su abanico en noches de baile. Comenzaba el papel de madre, eterno zarandeo de fiesta en fiesta, para sacar niñas cuyo traje era necesario preparar cuidadosamente. Doña Benigna, como casi todas las mujeres chilenas, había llegado a los cincuenta y cinco años sin educación de ninguna especie; apenas si sabía un poco, muy poco de aritmética, algo de francés y rudimentos aprendidos en los colegios del Sagrado Corazón, en donde se ocupaban en materias religiosas. Sus lecturas eran escasas, de lo cual resultaba un conjunto de preocupaciones y de consejas caseras: creía en la ciencia de los médicos homeópatas, en la fatalidad del número trece y el anuncio mortal de los chunchos. Sus hijas habían crecido libremente, como Dios les daba a entender, haciendo Magda todo género de locuras celebradas ruidosamente por la familia. Así llegaron a convencerse de que los

Sandoval tenían privilegio para burlas, por pesadas que fuesen, y cada uno de ellos derecho de hacer cuanto pasara por su mente. El fondo de doña Benigna lo constituía [134] un egoísmo ingenuo. Contentábase con tener a sus hijas vestidas como figurines, inclinándolas al lujo, abriéndoles cuentas en las tiendas, a pesar del mal gesto que en ocasiones ponía don Leonidas al ver su crecido monto. Creía su fortuna ilimitada; en cuanto a lo de las cuentas, allá se arreglaría ello. «Dinero te sobraré y vida te faltará» era uno de sus axiomas favoritos, cuando llegaban a discutirse con don Leonidas esas cuestiones cortadas por miseá Benigna con esta frase deciciva: «No quiero que sigamos hablando de eso...», acompañadas de gritito agudo y de gesto nervioso que provocaba en el caballero cólera profunda. De tal carácter provenían la naturaleza, educación y hábitos, de las dos jóvenes, y en él se amoldaba su inteligencia de la vida.

Ahora, sentada en el sofá de mimbre del segundo patio, doña Benigna se sentía triste. Desde la muerte de don Leonidas, no hacía más que hablar de él con todo el mundo, enumerando sus virtudes, cabeza, bondad, su mucho tacto social y prudencia. Habían desaparecido, con la muerte, las pequeñas dificultades y cuestiones que solían agriar el matrimonio. Ahora, en la lejanía de la tumba, sólo aparecía el recuerdo de bondades del pobre caballero a quien doña Benigna había procurado muchos malos ratos en vida.

El «senador» Peñalver la escuchaba, asintiendo con la cabeza a cuanto ella decía, por costumbre, y convencido, además, de que era la mejor manera de entenderse con ella, pues no le agradaban contradicciones. En ese instante cruzaba Gabriela el corredor.

«¿Se ha fijado en Gabriela? preguntole Peñalver.

«Así es, no deja de preocuparme lo delgada que se ha puesto la niña. ¿Qué será, señor? Las chaquetas de luto, recién hechas, le quedan sumamente anchas. [135] Va pareciendo esqueleto. He llegado a temer que se encontrara tísica; la hice examinar por el Doctor Boildieu, quien me aseguró estaba perfectamente sana. Llegó a creer que fuese otra cosa...» dijo la señora, completando su idea con rápida mirada de inteligencia.

«-Así, no más, es», agregó lacónicamente Peñalver. Y después de una pausa, aclaró el pensamiento común. «A mí me parece que Gabriela tiene cariño profundo por Ángel Heredia. Esta chiquilla siente mucho y tiene demasiado corazón, señora. Quién sabe qué idea se le ha metido en la cabeza; lo cierto es que se ha llegado a forjar ilusiones... como en los Amantes de Teruel. Permanecerá firme por los siglos de los siglos. Gabriela necesita casarse...»

-«¿No es así?» contestó miseá Benigna, satisfecha de que las ideas del Senador correspondiesen a sus deseos íntimos. «Lo mismo creo yo: que debe casarse. A Leonidas no le gustaba el joven Heredia, no porque tuviera nada en contra suya, sino por antecedentes de su padre...»

-«¡Pero es de gran familia...» agregó Peñalver, que daba extraordinaria importancia a los pergaminos.

«-Ya lo sé... ya lo sé... eso no quita que el padre fuera hombre raro... Leonidas decía que esas cosas se heredan... y no sé qué de atavismo... en fin, ideas, ideas... nada más», agregó la señora con supino desdén.

Peñalver, pasándose la mano por su barba entrecana, la miró rápidamente. Había comprendido que doña Benigna, dada como todas las damas

de Santiago, a preocupaciones de familia, íntimamente imbuida en sentimientos de nobleza, no miraría con malos [136] ojos el matrimonio de Gabriela con Ángel Heredia. En un dos por tres concibió el proyecto de arreglar las cosas, revistiéndose en la casa del prestigio que le procurase intervención tan importante en asuntos domésticos. Ya su resolución estaba tomada; él serviría de mediador plástico. En seguida, para dar mayor mérito a su obra:

«-Pero no crea, Benigna, que sea tan fácil arreglarlo. Se trata de familia sumamente susceptible y orgullosa. Hay que tratarlos con tiento.

En ese instante llegaba Vanard, imponiéndose de la conversación. Se mordió los labios, al ver la actitud de Peñalver que en ese instante se acercaba a Gabriela. Él también estaba dispuesto y acaso no le sería difícil arreglar las cosas... Por otra parte, era íntimo de Ángel, a quien veía diariamente en el Club. Charlarían. Se hallaba seguro de que el joven estaba enamorado de Gabriela, pues «donde fuego hubo, cenizas quedan», agregó en tono sentenciero. En todo caso, pasaría la mano con suavidad, a la vanidad herida por una negativa inexplicable. «Bien comprenderá, terminó, cuando yo se las explique, las genialidades de don Leonidas, sobre todo en los últimos tiempos, cuando su carácter se encontraba profundamente agriado por la enfermedad que le llevó, al poco tiempo.»

Doña Benigna le escuchaba con agrado, pues deseaba convencerse de que tanto Peñalver como Vanard juzgaban cosa fácil concertar un matrimonio que halagaba su vanidad, por tratarse de familia conocida y rica. Encontraba razonables todos los argumentos que reducían a polvo la antigua oposición de don Leonidas. Con todo, una nube de inquietud cruzó por su frente. ¡Gabriela era tan rara y profesaba [137] verdadero culto a cuanto de su padre venía! No sabía cómo entenderla, acaso fuera capaz de resistir sus insinuaciones». Vanard, tocante a este punto la tranquilizó: «No tenga Ud. cuidado, señora; ya verá su cara en cuanto sepa lo hablado. Las niñas de estos tiempos saben griego y latín...» agregó con risita maliciosa y taimada, con la cual solía terminar sus frases.

Tres días después bajaban de un coche, a la entrada de la Quinta Normal, Peñalver y Ángel Heredia, al pie de la hermosa avenida de castaños de la puerta de Catedral.

El espíritu, sobrecogido por la tensión nerviosa de la vida de ciudad, se dilata, por el ancho y despejado horizonte del prado artificial; cerca del lago, se eleva entre los árboles, en la densidad de la verdura, con notas varias y armoniosas. Allí se alzan los altos y flexibles troncos de castaño, delgados y finos como talles de mujer, y desde lo alto dejan caer sus ramas, como brazos desfallecidos, en tono más obscuro y más intenso que el de sus copas. Y luego, al través de las ramas, se recibe la sensación de todas las tonalidades posibles del verde, con armonías de colores orquestados. A trechos aparecían los prados de césped verde nilo, iluminados por rayos de sol poniente en claridad desmayada y casta. Un grupo de palmeras salía, de paso, con sus tallos flexiles, sus hojas, como abanicos de plumas estremecidas por brisa apenas perceptible; la brisa, luego, se acentuaba y era como un concierto universal de hojas en los árboles, alzado a manera de crescendo en una sinfonía de la naturaleza conmovida por la primavera y por la savia oculta que circula por el universo entero. El pito automático de una bicicleta

rompía el silencio, y luego se deslizaba velozmente [138] el ciclista, con la cabeza y el busto inclinado sobre su aparato frágil. Dos niños, seguidos de la sirvienta, cruzaban, corriendo, el puente rústico. El «senador» Peñalver se detuvo, un momento, frente al chalet plomo que alza sus pisos entre los árboles que parecen abrazarse, juntándose en lo alto de la fachada y ciñéndola de verdura. En el silencio se oía claro el canto de unos pajaritos. El senador se pasó la mano por la barba, gesto familiar en él, cuando tenía preocupaciones, introduciendo el pulgar en el bolsillo del chaleco, movimiento con el cual completaba automáticamente su actitud. La cosa no era para menos; tenía cierto recelo de caer en ridículo. Vanard había conversado con Ángel en el Club de la Unión, insinuándole la idea de presentarse en casa de Gabriela e insistiendo una y otra vez en el profundo amor que la niña le tenía, en las perturbaciones sufridas por don Leonidas durante su enfermedad, y en el cariño y simpatía que todos le profesaban en la casa. Ángel, después de escucharle con frialdad, se negó redondamente a dar ese paso, rogándole no le volviera a tocar el punto. El negocio iba al agua. En la noche, al llegar de visita a casa de Sandoval, le habían contado el fracaso diplomático de Vanard y los detalles crudos de la entrevista. Gabriela se hallaba tan impresionada que se había encerrado en su cuarto. En su interior, Peñalver, había experimentado cierta satisfacción de ver fracasar al presunto diplomático, al corre-ve-y-dile de la casa, a su rival mundano, prometiendo arreglar las cosas. Luego, con cierta maña, dio cita a las niñas en la Quinta Normal, enteramente sola en esa época, a donde podían ir a pesar de su luto. Y sin decirle palabra de esto, convidó al joven Heredia a tomar una copa, haciendo destapar «un frasco de [139] champagne». El cigarro puro de primera no venía mal. Peñalver se abría como granada, recordando el axioma de su amigo el célebre Isidoro: «Una buena copa y un excelente cigarro son los mejores auxiliares del político». Y luego, con esa placidez agradable del champagne, entre bocanada y bocanada de humo, propuso un paseo por la Quinta, como idea sugerida de repente. Era tan agradable andar entre los árboles, enteramente solos; en el Parque y en el Santa Lucía hallarían demasiada gente; conocía la predilección natural de Ángel por los paseos solitarios. El joven aceptó aquella invitación improvisada. Ahora se encontraba de buen humor, el cigarro había resultado, por casualidad, excelente. Y así, paso a paso, mirando el correr de los niños, parándose a contemplar un árbol de flores moradas, como lluvia de amatistas, a perder la mirada en los conos redondeados del San Cristóbal, en las crestas encaperuzadas en nieve de las cordilleras, sentían esa placidez especial del espíritu dilatado en la lejanía. Por las avenidas desiertas corrían chicos haciendo rodar sus ruedas con palos; sólo se divisaba un carruaje. Ambos caminaban en silencio, arreglándose Ángel al paso lento de su amigo. Hondas melancolías subían del paisaje a sus almas, inquietándolas, imponiéndoles el cansancio de la vida por diversas razones. Para Peñalver, todo crepúsculo era siempre impresionante, viniéndole a la imaginación su juventud ya ida, su existencia desvenecijada de aventurero de alto bordo y sin fortuna, el alejamiento del pasado irreparable, esa noción de algo que hubiese podido ser y que no era, la comparación entre su estado actual y el de otros amigos llegados a la meta, ricos, magnates del poder y de la fortuna, rodeados de hijos, llenos de prestigio, con la aureola [140] de

brillante posición social, mientras él, Jacinto Peñalver, a pesar de ser miembro de gran familia, y de tener mucho más talento, pero mucho más, que la mayor parte de sus compañeros, se había quedado pobre y desmedrado. La sensación de amargura y desconsuelo se transformaba en sabor acre de la boca... Y además tenía, para colmo, los reumatismos que lo echaban de repente a la cama de solterón abandonado. Su vista distraída vagó por la laguna, en cuyas aguas plomizas iban a quebrarse rayos de sol poniente, en muchos trozos de fuego... Él también había sido amado en su vida; más de una mujer había caído con su arte y su savoir-faire. Al llegar a este punto se entonó el pecho. Mas le había pasado con las mujeres lo mismo que con las minas por él descubiertas: las había dejado explotar por otros como imbécil; ni siquiera había sabido aprovechar el cuarto de hora en que soplaba la fortuna para arreglarse buen matrimonio, sólido, conveniente, con mujer que le llevara siquiera la comida, cuando él ponía el almuerzo. Si yo me hubiera casado con rica, tal vez sería Presidente de la República, pensaba, pasándose la mano por la barba. Había conocido a casi todos nuestros políticos y estadistas, y sabía los puntos que calzaban; eran pobres diablos, ignorantes como carpas, sin talento alguno, que callaban aparentando malicia, mas en realidad porque nada tenían que decir. ¿Qué había sido su amigo Leonidas? Un figurón de grandes bigotes y buena presencia... equilibrado, sano, de honradez intachable, incapaz de grandes concepciones; uno de esos hombres que sólo vienen a ver los sucesos al mucho tiempo después de realizados y cuando los pregonan por las calles los vendedores de periódicos. Durante medio siglo, su amigo se había ocupado en cortejar [141] y adular a Presidentes; ahora visitaba a los jefes de partido, capeaba siempre las situaciones difíciles, reservaba sus opiniones, tenía, para todos, la benevolencia vacía de los que han sido Ministros muchas veces. Y ese figurón egoísta, helado, insignificante, endiosado por la suerte, representante digno de la oligarquía agrícola que manda este país; ese personaje lo había sido todo en Chile. Aún veía los estandartes sobre su féretro, las músicas militares, el cuerpo de Ejército haciendo los honores fúnebres, toda la sociedad acudiendo en millares de carruajes de lujo; aún escuchaba los discursos en que se pregonaba el gran talento, el patriotismo, la imparcialidad política de don Leonidas y sus constantes servicios prestados al país... «ha desaparecido del escenario político un eminente repúblico, señores, un gran economista»... ¿economista, él, Leonidas? Vamos, en Chile todos se creen economistas y hombres públicos en cuanto llegan a engordar media docena de vacas en un potrero alfalfado. ¡Y qué respeto manifiestan esos imbéciles por el dinero! Si es cosa de morirse de risa! Esos estadistas que, según asegura Marcial, apenas si llegan a estadísticos...»

Y Peñalver, con su tranco lento y desigual caminaba, en silencio, junto con Ángel Heredia, igualmente embebido en meditaciones pero de otro género. Acaso una fuerza de telepatía lo había inclinado a sus recuerdos; veíalos surgir con Gabriela, como si cogiera flores en donde se balancean los talles de los lirios, dilatándose por todas partes el cielo claro y lejano hasta formar como un fondo de gloria mística, en el cual la aparición se mostraba tan casta que apenas si tocaba la tierra con sus pasos ligeros. El joven, con la fuerza de imaginación de los treinta años,

revivía [142] las escenas inolvidables del campo, en compañía de Gabriela, y experimentaba la sensación de algo inconcluso, necesidad de proseguir su romance, de tenerla entre sus brazos, tímida, estremecida, desfalleciéndose, palpitando, como la había ya sentido. Su temperamento, sanguíneo, de hombre de acción, hacía surgir los deseos con fuerza pasmosa, y el deseo era, en él, como principio de la acción. Pero su vanidad se revelaba con fuerza; hablaba su soberbia: él, rechazado por don Leonidas en virtud de razones ignoradas y en todo caso absurdas, no podía volver decorosamente a esa casa, ni su propia familia habría de consentirlo nunca. Era la muralla de vanidad que se alzaba, infranqueable, entre su cariño y ella; era el sentimiento de tradiciones de familia, tan fuerte en los suyos, herido por el viejo Sandoval. ¡Un Heredia rechazado como si se tratara de cualquier pelagatos, sin miramiento alguno, sin dar razones, porque sí... Luego, las murmuraciones y los chismes sociales; los comentarios de portal, de Club y de salón, en los cuales habían echado a rodar las especies más absurdas; la chismografía más insolente y estúpida. Era necesario doblar la hoja, no pensar más en ella, olvidarla y mirar a otra parte.

En ese instante los amigos, orillando la laguna, se encaminaban al palacio del Museo que extendía su mancha blanca entre pinos, mas, al llegar a un grupo de árboles se toparon, de manos a boca, con el grupo de Magda y Gabriela Sandoval, acompañadas por Sanders; estaban vestidas de negro con trajes sencillos, de esos que dan, por sí solos, nota de sobria distinción. Ángel apretó el brazo de Peñalver, empujándole para que siguieran de largo, pero éste sin hacerle caso, dijo entre sí: «Vamos a Roma por todo», acercándose [143] tranquilo a las jóvenes. Gabriela palidecía, como si la sangre la abandonara de golpe; secábase la garganta: no hubiera podido materialmente hablar. Apenas si tuvo fuerzas para extender su mano a Peñalver. Y sus ojos se desviaban, sin atreverse a mirar, pero sintiendo su mirada. Ángel, por el contrario, había recibido como una llamarada de fuego en el rostro, y quiso contemplar el grupo, con el propósito de manifestarles que ya nada sentía, siguiendo indiferente por camino distinto, para no encontrarse con ellos, dada su ruptura. Pero sus ojos se detuvieron en Gabriela y la contempló, de una sola mirada, en todos sus detalles como desnudándola: evidentemente había enflaquecido. El busto se mantenía lleno, sin embargo, y su talle esbelto, su admirable pecho, recordaban las estatuas griegas de Hebe y su cintura parecía tan delgada que un niño la hubiera podido encerrar entre sus manos. Como el banco sobre el cual estaba era bajo y su cuerpo delgado y alto, extendía sus piernas de soslayo, enredándolas una con otra en el tobillo. El vestido ceñía sus formas, dibujando con claridad las perfecciones de sus líneas, la morbidez incitante del contorno, algo sólido y fino, apretado y suave como las sensaciones que produce la carnadura del durazno fresco. Y sus ojos aterciopelados emergían en forma de almendra, de largas pestañas, junto a la palidez azulada y transparente de sus ojeras, con expresión tímida, pura y deliciosamente casta, infinitamente desconsolada. Entonces notó Ángel que sus propósitos decaían, sus bríos desmayaban en abandono completo de la voluntad, dándose por vencido ante el triunfo inexplicable de unas fuerzas irresistibles de deseo que no se conocía, ni jamás había sentido hasta entonces con semejante violencia. Olvidó sus propósitos

[144] de vanidad herida, el orgullo de la familia pisoteado, el enojo probable de hermanos y hermanas, seguido de frases y acaso de actos desagradables para él y de situación tal vez falsa: todo se borraba, como al paso de una esponja en su cabeza ardiente. Avanzó con lentitud.

-«Ángel, ¿cómo está? ¿Qué era de su vida? le dijo Magda. «Acérquese, no más, a nosotras, sin miedo alguno; yo no muerdo...»

Peñalver sonrió, pasándose la mano por la barba gris con gesto de superioridad. Sanders se había puesto de pie, mientras Ángel, en silencio, apretaba la mano de Gabriela. Hiciéronle hueco en el banco. El joven sentía, con sorpresa, que todo se restablecía a lo antiguo, como si nada hubiera pasado, después del saludo, sin necesidad de explicaciones. Presentía que las quejas o alusiones al pasado hubieran disonado extrañamente. Los demás titubearon y para disipar la turbación, pusieron a charlar a un tiempo. Frente a ellos jugaban dos chicos al Diávolo con torpeza de principiantes. Magda les arrebató el juguete y comenzó, con incomparable destreza, a manejar los palillos que subían y bajaban, haciendo girar la ruedecilla de madera. Arrojábala a grande altura y la cogía nuevamente entre los hilos. Los chicos la contemplaban maravillados. Sanders, cogiendo otro par de palillos, recibió el Diávolo, devolviéndolo a sus compañeros.

«-Saben Uds. cómo llamaría yo este cuadro plástico?» preguntó Magda. «Pues, los amores de dos acróbatas».

Luego echaron a andar por la avenida del jardín zoológico, al costado del edificio del Museo. Detuviéronse [145] junto a la jaula de los monos que saltaban con chillidos.

«-Aquí te escogeremos marido, Magda», le dijo Peñalver en tono de broma. «En tal caso, lo prefiero a casarme con Ud., aunque le parezca raro», le replicó ella, sin miramiento alguno.

Y siguieron en dirección al campo, en busca de horizontes despejados. El cielo de palidez indecisa, como en aurora, se teñía de fajas violáceas, anaranjadas y opalinas en el horizonte lejano. Un perfil de iglesia oriental, hacia el norte, hizo recordar a Sanders las hermosas cúpulas de templos griegos en Rusia, y las líneas de Santa Sofía de Constantinopla.

-«Pierda cuidado, hijito, le murmuró Magda al oído. «No lo llevaré a Turquía cuando nos casemos; no me gustan las costumbres del país. Marido con muchas mujeres, malo... En fin... si fuera mujer con muchos maridos... pase...»

Hablaba rápidamente, atropellándose, diciendo cuanto le pasaba por la cabeza -por su hermosa cabecita sin seso de chiquilla regalona, para quien el ideal consistía en divertirse, en vestirse como figurín, y en llevar cetro de moda en círculos elegantes de casadas jóvenes en los cuales en breve figuraría.

Seguían, en grupos, a lo largo del camino polvoriento, bordeado de acacias, en charla amena. Gabriela sentía dentro de sí placidez infinita, la tranquilidad deliciosa de su espíritu, en pos de contrariedades. Todo lo veía transformado; jamás había contemplado crepúsculo parecido, en el cual, la tranquilidad de la naturaleza, la paz de la tarde, la luz crepuscular, el reposo de los árboles, el brillo de estrellas que apuntaban en el horizonte parecían dilatación de su alma, de su estado interior. Ángel se encontraba [146] en absoluta comunidad de espíritu con

ella; también sentía, dentro de sí, las mismas impresiones producidas por causas semejantes. Era como esos lagos, cuando la superficie está tranquila, sin viento que la altere, ni tempestades, ni agitaciones: sobre las aguas convertidas en espejos se retratan montañas, árboles, el caserío de las riberas. Las miradas de Ángel se perdían en el horizonte; Gabriela contemplaba de soslayo el cuerpo ágil y maravillosamente hecho de su amigo, en el cual la fuerza parecía resorte oculto, en vez de exhibirse en músculos enormes. Ambos se comprendían mutuamente, sin mirarse, dada la tensión de sus nervios producida por causas diversas. Habían tomado un mismo ritmo en el paso, una cadencia común en el andar y, de súbito, sus miradas que vagaban por el horizonte se cruzaron, fundiéndose en una sola mirada, tan acariciadora, que casi parecía beso.

El carruaje, que los seguía, acababa de encender sus faroles nikelados. Se hacía tarde, acercábase la hora de comida. En casa tal vez la mamá se hallaría inquieta, pues nunca habían vuelto a esas horas de su paseo cotidiano. Magda, por su parte, creía que no le importaría cosa mayor, pues también había sido joven... y buena moza. «Más de una vez, agregé, le dije a mi pobre papá: Leonidas, apuesto que mamá, cuando joven, te hizo pasar más de un mal cuarto de hora... «Cállate, loca» me contestaba el pobrecito». Y de súbito cruzó por sus ojos una nube de tristeza, recordando al muerto. Luego se despidieron. «Hasta mañana», díjole Gabriela, y Ángel contestó: «Hasta mañana» con esa voz que tomaba en ciertos instantes vibración metálica de cobre.

Sanders los hizo subir a su automóvil. Peñalver [147] experimentaba sincera satisfacción, pues acababa de alcanzar triunfo completo. Primero, el fracaso de Vanard había demostrado que la reconciliación no era cosa tan fácil como les había parecido; en seguida, su plan se había realizado al pie de la letra. Por teléfono había indicado a Magda que fuesen a la Quinta. Lo demás había pasado lo mejor posible. Efectuada la reconciliación, el matrimonio era hecho y, sin duda, motivo de satisfacción para las dos familias. La de Ángel figuraba entre las de pergaminos auténticos de notoriedad reconocida; su padre tenía fortuna y sus hermanos y hermanas habían alcanzado posición por medio de matrimonios ventajosos; de la de Sandoval, no era preciso hablar, pues era una de las familias elegantes y de tono. La cosa progresaba, si, señor, progresaba, gracias al tacto mundano desplegado por él, por «el senador», con lo cual quedaba comprobado lo que dijo a la hora de comida, al partir un ala de pollo: «En el mundo, es necesario ser útil o agradable». Comprendía, el corrido mundano, la necesidad de darse lugar sólido, considerado y querido en casa como la de Sandoval, para lo cual no hay más que dos medios: o fomentar los placeres o servir los intereses de los grandes. Cuando muchacho había calavereado en compañía de los jóvenes elegantes y adinerados de su tiempo; ahora componía matrimonios, como dijo a Sanders, usando una palabra empleada por los alñadores o cirujanos campestres que arreglan los huesos quebrados. El automóvil comenzaba a funcionar, con rápido tef-tef; luego desapareció por las avenidas, haciendo resonar su sirena, y dejando en pos de sí una nube de humo de bencina. La proyección luminosa de sus focos se perdió en las sombras al volver de una calle de árboles. [148]

Ángel se paseaba nervioso por el escritorio de su casa de la calle de Ahumada, en moderno edificio de tres pisos. En el primero había dos salas, comedor y escritorio, de regulares dimensiones, elegantemente decoradas y amuebladas con gusto sabio y severo. La última pieza, empapelada de rojo, tenía guarda muy ancha, de arte nuevo, en la parte superior, y friso de madera de laqué blanco en la inferior. Gruesa alfombra de Smirna cubría el centro del parquet, bien mantenido. Una lámpara eléctrica, retorció sus rosas de bronce en ampolletas de vidrio. Cerca de la puertaventana, el escritorio americano de cortina, abierto, mostraba un puñado de papeles en desorden, arrojados allí de cualquier modo, con visible disgusto, por mano nerviosa. Los sillones de cuero, bajos y cómodos, se agrupaban en torno del sofá de Maple, mueble tan cómodo que daba ganas de hundirse en él con sólo verlo. Estaban colgados de las paredes varios grabados y aguas fuertes con marcos blancos, suspendidos de largos cordones. Sobre el mueble guardapapeles se alzaba, hermoso busto de mármol de Carrara, [149] sobre pie de ónix; era una cabeza de mujer con estrella en la frente y placa de bronce en la cual estaba escrita la palabra: «Nuit». Los seores, alzados a medias, dejaban penetrar la penumbra macilenta y gris de día de invierno, sobre aquel interior elegante y confortable y caer haces de luz, reflejados en líneas brillantes sobre el piso de parquet encerado. Encima de pequeña mesa un gran florero de cristal, de ancha base y copa fina como de embudo invertido, procuraba el perfume acre de un atado de crisantemos de color de lila. Ese gabinete daba indicios del carácter, de las condiciones y del estado de alma de su dueño, pues si el medio moldea la personalidad, ésta, a su turno, se refleja y refluye sobre el medio por ley de reacción inconsciente. Allí no había un solo libro, salvo un tomo de la Imitación de Cristo, heredado de su madre y conservado como recuerdo, obra de piedad mundana empastada con lujo. No le agradaban ni libros ni lecturas, pues jamás los había visto en casa de su padre, hombre de campo a la antigua usanza, donde eran considerados como cosas inútiles, obras de poesía sin utilidad práctica. Repetíase allí frecuentemente este concepto, a manera de indiscutible axioma: «Suerte te dé Dios, hijo, que el saber de nada vale», añadiéndose historias de muchos sabios y escritores muertos en la miseria, después de haber pasado su vida desdeñados. Sólo existía, entre ellos, el respeto a teólogos y a hombres de sotana, únicos representantes a sus ojos, del valer intelectual y moral. Era como una tradición del siglo XVI heredada y transmitida de padres a hijos por espacio de varias generaciones, junto con la sangre de conquistadores que circulaba por sus venas. Ugueteando el pasado de la familia, sólo se encontraba en ella dignatarios, Oidores, capitanes [150] generales de España, soldados, hombres de guerra, agricultores ricos. En ellos predominaba instinto de acción, temperamento sanguíneo, carácter resuelto y violento como en aquel Don Jaime Silva de Heredia, cuyo retrato de mirada bravía y de barba hirsuta estaba colgado en marco redondo y pequeño; un historiador ha referido la historia de su duelo en plena plaza pública, en mitad del día, con don Rodolfo Lisperguer en 1625. Colgados de las paredes del escritorio se veía un par de floretes, con máscaras y guantes, y debajo de la silla, un par de guantes de box; en los rincones, rifles de precisión y pistolas de tiro. Eran indicios de su afición entusiasta por los ejercicios corporales, por cuanto de juego y campo de

acción a los músculos y permite movimiento rápido en la sangre, circulación acelerada que dé salida a las violencias naturales del carácter. Había, también, fotografías de caballos, una de Falstaff, otra de Pomponette, de Lancero después de ganado el premio de la Copa, y un hermoso grabado de Victory, nieto del célebre Gladiator y vencedor igualmente del Derby, posteriormente vendido en cien mil dollars a Estados Unidos. Teníalo en mucho, por haberle sido enviado por Lord Donemore, su antiguo condiscípulo de Eatón, en donde Ángel había pasado tres años. Por último, colgada junto al retrato de su propio padre, veíase la huasca usada por el jinete Zavala el día en que ganó la Copa con la yegua Olimpia, de propiedad de Heredia. Y mezclados con recuerdos de sport que hablaban de su pasión por la carrera, el esfuerzo, la violencia, mostrábanse cuadros de profundo sensualismo, como retrato de Mad X, por Boldini, en que parecía una figura de ojos empapados en languidez voluptuosa y ardiente, labios quemantes [151] y cuerpo fino y nervioso de parisiense vestida a la última moda, en tal forma, que antes parecía desvestida. Otros grabados galantes del siglo XVIII, insinuaban, como detalles, las inclinaciones y secretas complacencias del espíritu de Ángel. Hasta la estatua de «La Noche», con los ojos entornados, la cabeza echada atrás, la cabellera suelta, parecía revelar el secreto de una embriaguez de sensaciones ardientes y de aspiraciones no saciadas. En medio de aquella atmósfera de sport y de sensualismo, en que hasta las comodidades de los sillones Maple, de suaves resortes, y los encajes de las cortinillas brise-bise, el águila cincelada con pie de ónix del aplastador de papel, el cuchillo damasquinado corta-papel, todos los detalles, revelaban el sibaritismo refinado de un temperamento sensual y violento a la vez, de hombre de fuerza y de placeres, de vividor impulsivo y enérgico. Sólo una cosa llamaba la atención, por aparente disonancia con aquel medio: era el gran crucifijo de Cobre, sobre cruz de madera sencilla, de muy antigua fecha, a juzgar por la vetustez de la madera y por ciertas imperfecciones de ejecución; la cabeza y los pies del Cristo eran desproporcionados con el cuerpo. Se encontraba, según tradiciones, desde hacia trescientos años en la familia; su madre tenía su reclinatorio colocado al pie de ese Cristo, a quien ofrecía sus angustias, los agudos padecimientos morales de una vida sacrificada y dolorosa de calvario. En el alma de Ángel existía, también, por un rasgo de atavismo, su veta mística, exaltaciones religiosas de ensueño que le sobrecogían de repente, luchando con sus tendencias sensuales, vencéndolas, o cambiándose con ellas en un estado nervioso de sensibilidad suma, en el cual se alteraban las grandes depresiones [152] morales con las exaltaciones incontenibles de los temperamentos impulsivos.

Para comprender la generación del drama que debía conmover tan profundamente a la sociedad santiaguina en una noche de invierno; para penetrar en esos misterios hasta hoy no conocidos, es preciso desnudar las almas, estudiar hasta los antecedentes fisiológicos y hereditarios que prepararon lentamente la catástrofe. Ángel era uno de los tipos más genuinos de un estado social enteramente chileno, hijo de su época y de su medio, heredero de las preocupaciones y del modo de ser de una familia en la cual, como en otras muchas, aún se conserva casi intacto y palpitante el alma de la colonia, sus preocupaciones aristocráticas, su estiramiento,

su espíritu derrochador y orgulloso, su antipatía por el esfuerzo continuado y modesto del trabajo rudo, su desdén de ciertos oficios y de ciertas clases, su fanatismo unido al horror de la cultura científica, a esto suelen mezclarse las más nobles cualidades, generosidad sin tasa, valor enérgico, espíritu de sacrificio en las angustias nacionales. Esta sociedad, respetuosa de sus tradiciones, se ha visto desbordada, de repente, por la improvisación de fortunas en salitre y minería, mientras ella, en parte, se empobrecía con especulaciones de Bolsa desgraciadas. Ha nacido, de aquí, un espíritu de inquietud, de inestabilidad nerviosa, de conmoción general, en el cual reaccionan a veces fuertemente los atavismos de raza.

La familia de Ángel Heredia, figuraba entre las más conocidas de Santiago. Aquel don Jaime Silva de Heredia, cuyo retrato, en hábito de caballero de Calatrava, estaba colgado en una esquina, había sido hijo segundón de noble familia española, llegado [153] en busca de fortuna y de gloria a las guerras de Arauco, en las cuales, según dicen historiadores, derrochó más sangre y más dinero España que en la conquista del resto de América. Al cabo de algunos años de continuo batallar y recibir heridas, se casó en Concepción con dama de la entonces ilustre familia de Lisperguer. Esta señora heredaba de su padre, años más tarde, una «encomienda», es decir un verdadero Estado de dos mil cuerdas de extensión, con sus mil habitantes indígenas, a quienes el Encomendero debía tratar como a hijos, instruyéndolos en la doctrina cristiana, preocupándose de convertirlos y darles misiones católicas, mas aprovechando al mismo tiempo su trabajo en lavaderos de oro, en minas y labores agrícolas, sin darles más salario que el pan y la exigua comida. Con esa institución, de carácter medioeval, se daba a la familia criolla chilena base feudal y aristocrática, transmitida de generación en generación. En los primeros días del siglo XIX, por los albores de la Independencia, ya semejante institución había desaparecido, pero se mantenían las antiguas familias en posesión de haciendas, vínculos y mayorazgos, trasmitiendo a sus poseedores el hábito del mando autoritario, el despotismo del propietario territorial hasta quien no alcanzaban ni la acción de las autoridades, ni la justicia. El inquilino, labriego radicado en la tierra continuábale reconociendo de «patrón» o señor, ligado a él por vínculos especiales o de familia, y tomaba, inconscientemente, el pliegue de la servidumbre en su alma. Así se había transmitido entre los Heredias, de padres a hijos, un carácter dominante, imperioso, duro para con los demás, lleno de intransigencias. Al separarse de la metrópoli la colonia chilena, don Álvaro de Heredia, recién salido [154] del Colegio de Nobles de Madrid, figuraba ya entre los Guardias de Corps, pasando a formar en las filas del Ejército Español que derrotaba a los Franceses en la célebre batalla de Bailen. La suerte lo trajo de oficial del Regimiento de Talavera, con el cual se batía en contra de los patriotas durante la campaña que debía terminar con el desastre de Rancagua y la pérdida de la Patria Vieja. Los Heredia formaban entonces en filas realistas y eran partidarios fanáticos e incondicionales del Rey don Fernando VII. En Santiago, durante la reconquista, se casó don Álvaro con una bellísima joven de la familia de Benavente, entonces proscrita y en desgracia. Vencidas las armas españolas en Chacabuco y Maipo, el comandante Heredia

pasaba, con grado de coronel, a pelear en el Ejército mandado por el General Valdés en el Alto Perú, señalándose, desde ese instante, en el grupo de jefes que debía desempeñar tan importantísimo papel en la historia de España con el nombre de «los Ayacuchos», por haberse batido heroicamente defendiendo su bandera en el Alto de las Sierras. Heredia se radicó en la Península, pero dos de sus hijos volvieron a Chile para administrar fundos de familia y atender intereses comunes. Don Antonio, el segundo, se radicó definitivamente en Chile, mientras el mayor, un solterón aventurero, figuraba en la madre patria con el título de Conde de Valgracia, otorgado a su padre en premio de sus servicios. Ángel era nieto de don Antonio Heredia, el de la rama chilena. La familia, después de la Revolución de la Independencia, había vivido enteramente alejada de la política, saliendo solamente de sus casillas para apoyar el Gobierno autoritario de Portales, en torno del cual O'Higinistas y Realistas formaron con los [155] demás elementos conservadores el antiguo partido Pelucón. Y si era reaccionaria la familia Heredia por sus tradiciones políticas, lo era mucho más por sus convicciones y prácticas religiosas, por las continuas misiones que daba en sus haciendas, por el rosario que rezaba todos los días en familia, por su asistencia a procesiones, retiros y festividades religiosas. Retraídos por temperamento y por orgullo, habían tomado cierto sello adusto y grave, acentuado más aún en aquella casa en la cual se llevaba existencia conventual, sin alegrías, ni fiestas. Por eso las niñas habían considerado el matrimonio, con cualquiera, como liberación del despotismo del padre y del hielo de la casa, de aquella mesa en que no se hablaba sino en voz baja. Esto no obstante, gozaba la familia, en la sociedad chilena, de considerable prestigio, tanto por sus antecedentes como por su fortuna, a pesar de los rumores que circulaban respecto de don Rafael Heredia, de sus celos, de sus manías, y de la vida terrible dada a su santa mujer. Adusto, retraído, como todos los suyos, vivía encerrado, tan lejos de la existencia mundana como de las agitaciones de la política militante. Circulaban, respecto de él, rumores adversos. Pero todos éstos eran díceres, cuentos murmurados sotto-voce, por tratarse de familia pudiente. Ángel era el producto de todas esas generaciones; conservaba el espíritu de acción de su antigua línea de viejos soldados, y no pudiendo hallarle empleo en nuestra vida monótona y sin guerras como las de antaño, pues era demasiado niño al estallar la del Pacífico, buscaba expansiones en el sport, las cacerías de huanacos en la Cordillera y ejercicios físicos violentos con los cuales no lograba satisfacer las necesidades de su temperamento sanguíneo. Como lo indicaban [156] diversos detalles de sus habitaciones, era, al mismo tiempo, sensual, hombre de exigencias físicas irresistibles casi en ciertos momentos, para quien la vida guarda embriagueces misteriosas y ardientes -no razonadas ni medidas;- era de esos hombres en quienes el deseo reviste forma aguda, casi dolorosa. Añádase a esto extraño rasgo atávico, agravado por lesión nerviosa heredada del alcoholismo de su abuelo, y se explicará el hecho de períodos súbitos de misticismo exaltado, en los cuales se creía convertido en criminal, exagerando sus deslices de juventud, transformados por su imaginación en montañas de sombra, y lloraba también las faltas de su padre y de los suyos. Poníase cilicios, se encerraba en un retiro de ejercicios espirituales, perdía el

apetito y el sueño. Su neurosis le hacía ver apariciones, en pleno día, notándose despierto, como los alucinados. En esos instantes creía ver o tocar a su madre, o a su hermana, con plena conciencia del mundo exterior que le rodeaba. También recordaba el fantasma de un viejo santo desconocido.

Era el alma de Ángel un mundo de contradicciones, de caracteres nobles y viriles, de tendencias, sensuales o vulgares, de aspiraciones generosas unidas a desfallecimientos increíbles de la voluntad. El carácter despótico y altanero de toda su raza que trata a los demás como el «encomendero» a sus indios, sin respeto a la vida humana, sin la comprensión de las miserias, dolores y padecimientos de los humildes, se mezclaba en él con una hondísima veta de ternura que se conmovía hasta las lágrimas cuando topaba en su camino con desgracia desnuda y sangrando. Como la mayor parte de los hombres «de presa» y de acción, carecía de la flexibilidad ojideante del diplomático, [157] del tacto fino que permite anticiparse a las dificultades y resolverlas orillándolas.

Ángel no había experimentado, hasta entonces, dificultades en la lucha por la vida, en choque de voluntades, de intereses o de ambiciones. Desde la oposición de don Leonidas, ocasionada, antes que por antipatías o razones positivas, por rencor de antiguo disgusto de intereses con su padre, había visto cómo el camino se despejaba, sin violencias para su amor propio ni menoscabo de su orgullo. Se había casado con Gabriela, sin ruido, por luto de familia, casi al mismo tiempo que Magda con Emilio Sanders.

¡Cómo surgían a sus ojos esos días, tan lejanos, perdidos en la noche de los tiempos, a pesar de que sólo cuatro años habían transcurrido de entonces acá! Un sentimiento de melancolía invencible se adueñaba de su alma recordando los primeros años del matrimonio, la satisfacción tan completa de sus sueños, la realización de sus ideales de ternura. Aún le parecía ver la luz de una lámpara de parafina cayendo sobre el rostro pálido de Gabriela, durante la comida, mientras él contemplaba deliciosamente sorprendido, la seriedad con que asumía, de golpe, su papel de dueño de casa, sirviéndole un plato de sopa humeante y sacando el manojito de llaves de su cintura para encargarse a la despensa algo olvidado. Surgían en su memoria los largos paseos a pie, por el campo, en esos días de luna de miel, contemplando los árboles de invierno, desnudos de hojas; con la sensación de brisa helada, tiritaba debajo de su paltó de pieles, Gabriela, apretadas las nutrias contra el cuerpo dándole sensación deliciosa de abrigo. Hasta el ladrido de los perros, esos amigos y compañeros de los pobres, saliéndole al encuentro, le hacían sonreír dulcemente [158] cuando miraba hacia atrás. Existía entre ambos la más absoluta comunidad de alma, la fusión de todos los sentimientos en un mismo modo de mirar la vida. Y si algo rudo, cortante se escapaba de los labios de Ángel, luego se suavizaba y tamizaba con la voz cristalina y tranquila de Gabriela, de donde resultaba concierne en el pensar y sentir de ambos, fundido en dulzura infinita, en la misma apacible tranquilidad de la atmósfera, en el alegre cantar de los canarios en sus jaulas de los corredores. Cerrando los párpados, aún creía ver el rostro intensamente pálido de la niña, un poco enferma de anemia, sus ojos negros aureolados por larguísimas pestañas crespas y circuidos de ojeras cárdenas. El tono

rojo y vivo de sus labios ponía como línea de sangre sobre la albura de su rostro y de sus dientes menudos. Un detalle que aún recordaba, era el ver casi ocultos los lóbulos de sus orejas, tan pequeñas, tras las ondulaciones del peinado de moda... Y luego aquellos dilatados paseos en Dog-cart, a la hora del crepúsculo, en la paz melancólica de los campos, mientras ella manejaba el carrujito... Se hallaba eso muy lejos, sumido en época tan lejana como la de ciertos recuerdos palpitantes de su infancia.

Si evocaba involuntariamente esos recuerdos era porque sentía, dentro de sí, la necesidad dolorosa y punzante de consolarse en ellos de lo presente. Cuando miraba lo pasado y luego investigaba su propia alma, sorprendíase de haber podido engañarse tanto, él, que ya se tenía entonces de persona corrida, y de no haber contemplado sino la superficie de los caracteres y de la vida; por eso, al comparar la Gabriela de ahora con la de entonces, la amargura de un pasado irreparablemente muerto le acosaba. Las ilusiones [159] de su vida habían ido cayendo, una por una, como las hojas de los árboles, primero mustias, luego marchitas, después arrastradas por el viento que las arremolinaba, llevándolas sabe Dios a dónde. Y por extraña incoherencia y contradicción de su alma, se complacía, a veces, evocando el recuerdo de aquellos días y de aquella Gabriela, con la amarga voluptuosidad y el sentimiento de recuerdo entristecido de quien halla en el fondo de un cajón, al rayar en la vejez, el retrato ya olvidado de sus veinte años. A esto se añadía, en él, un lento desencanto, una transformación desesperante realizada a su propia vista, y el sentimiento de su impotencia absoluta para impedir las fatales mudanzas de la vida. Esa obsesión de sus ensueños y de sus recuerdos de entonces, se apartaba, más y más, de la realidad del día, ejecutándose, en su alma, la operación inversa de aquella tan gráficamente denominada por Stendhal la cristalización de los amores. El hombre ve a una mujer, la recuerda, la compara, se complace en ella, la envuelve en ensueños y en ilusiones hasta cubrirla por completo, como esas capas de escarcha a los esqueletos de los árboles en invierno: ahí está la cristalización del amor. Ya, en Ángel, había desaparecido la cristalización ideal de Gabriela y había comenzado a verla de modo distinto, por aspecto contrario, y como nuestras cualidades tienen por origen, muchas veces, algún defecto, así como nuestras virtudes algún vicio o algún vacío fisiológico principió el joven a notar en el carácter de Gabriela infinidad de pequeños detalles que le parecieron revelaciones dolorosas de otra mujer no sospechada, de otra Gabriela desconocida. Al notarlo ella, con su instinto fino de mujer, experimentó, a su turno, reacciones de rebeldía, veladas por la mansedumbre [160] natural de su carácter, pero que, dada esa misma mansedumbre, parecieron más odiosas e insoportables al marido, hasta producir, entre ambos, la terrible semilla del silencio. ¿Cuándo había comenzado el desacuerdo, el desnivel moral? Ángel lo ignoraba; recordaba, solamente, una sensación física de disgusto al verla, por primera vez, con el pelo preparado para peinarse con ligeras envolturas de peluquería. Había tenido entonces la sensación clara, perfectamente definida, de que sus peinados, sus elegancias, sus composturas, no eran para él sola y exclusivamente, sino para todo el mundo; más aún, y lo que era particularmente desagradable, eran arreglos y creaciones de belleza

artificial preparadas para los demás, a quienes se presentaba como la actriz en escena, mientras para él se guardaban los bastidores. Por una dolorosa asociación de ideas, recordaba, también, haber asistido muchas veces al camarín de una actriz, a quien pagaba, contemplándola mientras se ponía colorete y se vestía para entrar en escena: este recuerdo, revivido cada vez que hallaba a Gabriela en sus preparativos, le causaba una repulsión intolerable. Y, sin embargo, continuaba amándola, pero se sorprendía de no sentir ya más exaltaciones de cariño, extremos de amor como en los primeros tiempos, en los cuales, como señalaban los griegos, se siente la relación íntima y agonizante entre el amor y la muerte. Además, la misma tranquilidad constante, y el tono apacible y regular del carácter de Gabriela daban a su amor el tinte de igualdad y monotonía de lago perpetuamente en calma. No era eso lo que había soñado, no era eso lo que necesitaba su naturaleza ardiente y profunda e íntimamente sensual: era cosa diversa. En las intimidades conyugales comenzaban [161] a diseñarse, entre ellos, los desacuerdos fisiológicos irreductibles de dos temperamentos que no tenían punto de contacto, de dos imaginaciones que marchaban, cada cual, por camino distinto, movidas por comprensión diversa de la existencia y del matrimonio. Gabriela, con la ingenuidad de sentimientos virginales no empañados por las impurezas de la vida, no acertaba a comprenderlas, ni sospechaba el arte de mantener vivas las ansiedades del temperamento sensual de su marido, todo sangre, músculos y vibraciones. Tampoco acertaba a mantener el prestigio misterioso atribuido por la imaginación a ciertos detalles de existencia, de trajes, de formalidades íntimas: era demasiado familiar, demasiado sencilla, acaso despreocupada en el interior; no sabía recuperarse a sí misma, ni colocarse, como de etiqueta, en presencia de su marido, deslizarse entre sus dedos como anguila, retraerse sabia y calculadamente para avalorar, en momento dado, pequeñas concesiones. Ese arte supremo de ciertas mujeres que han vivido no podía tenerlo ella que no había vivido, ni cabía en su temperamento extremadamente sincero y abierto; sus virtudes solían producir el efecto repulsivo de los vicios, así como en ciertos temperamentos el vicio es principio de virtud y de felicidad. Por cima de todo, en medio del brillo de la existencia mundana de ese matrimonio elegante y joven, habían nacido los desacuerdos fundamentales y secretos, siempre ignorados por el mundo, surgidos del laboratorio de sus temperamentos, y del desarrollo natural de dos maneras antagónicas de sentir y de concebir la vida, con su lenta formación de sentimientos y de ideas que no pueden unirse. Gabriela, en su total desconocimiento del mundo, creía con sinceridad, al casarse, en la eternidad de unos mismos sentimientos, en la perpetuación [162] de esos estados de alma tan dulces de los primeros impulsos de su amor, tan ciegos como arrebataadores. ¿Qué podría separarnos? ¿qué cosa destruir o modificar la felicidad perpetua de nuestro matrimonio? Ambos nos queremos con idolatría; Ángel es para mí el más hermoso y noble de los hombres; francamente, sé que puedo inspirar grandes cariños, se decía. Había sentido tantas veces, en bailes y fiestas, miradas ansiosas de hombres, llenas de admiración respetuosa y rendida, miradas que confieren el cetro. Tenemos fortuna, comodidades, posición social, nada nos falta. Creía en la eternidad de sus amores. Pero luego había comenzado a vislumbrar, por instinto femenino, la llegada de

estado nuevo, de una situación no sospechada, y quiso evitarla entregándose de manera más sumisa, más incondicional a los caprichos y fantasías de Ángel. Había acabado por cortejar y buscar a su familia, a sus hermanos y a sus tías, con el anhelo secreto de provocar en ellos esos cariños y alabanzas perpetuas que sugestionan a un hombre. Acaso creía recoger de ese modo los desperdicios del cariño de su esposo, como ciertos propietarios construyen acequias en sus prados para recoger los derrames de sus fundos y utilizar hasta los restos de sus aguas. Pero todo era en vano.

Sólo conseguía Gabriela despertar dentro de sí, con la sensación de la esterilidad de sus esfuerzos, esa ley de reacción moral que lleva a la mujer, a extremos de sentimiento con mayor rapidez que al hombre.

Ella, por su parte, iba experimentando uno por uno los mismos fenómenos morales que pasaban por el alma de su marido; sus miradas de intensa agonía habían recibido el contacto helado de esas otras miradas que sentía ya hostiles, ya indiferentes, ya glaciales. Habíanse multiplicado los pequeños desacuerdos [163] de dos temperamentos que no podían entenderse, de dos educaciones encaminadas por distintos rumbos, de dos maneras diversas de sentir la vida, y el silencio iba cayendo entre ellos como caen las sombras al crepúsculo, cada vez más espesas, convertidas en tinieblas que separan los edificios y los seres con muralla invisible, intangible, impalpable, originándose pavor misterioso, sin saberse si están cerca o lejos, ni si vamos a estrellarnos, ni en qué dirección marchamos. Es el estado de alma en que ha desaparecido totalmente el acuerdo; en que cada palabra, cada gesto, cada eco de la voz del uno suena como falso y vacío a los ojos del otro, hiriéndole, machacándole, molestándole con sucesión refinada de pequeñas antipatías que han nacido sin saberse cómo y que luego surgen, arrastradas las unas por las otras, ante la sugestión de la voz hiriente; del eco, del gesto desalentado, de la fisonomía nerviosamente contraída. Ese hombre y esa mujer atados por la cadena de matrimonio eterno, de situación legal que la sociedad les ha creado, remachándola como hierros de galeote, se hallaban en círculo de hierro imposible de romper y comenzaban a darse vuelta en situación cuya angustia crecía por momentos, a medida que cada uno iba leyendo en la conciencia del otro, por aquel hábito de intimidación creado en el matrimonio, en virtud del cual llega un instante en que ambos se descubren ideas y sentimientos sin necesidad de usar palabras, con sólo mirarse... Y como ya se habían examinado a sí mismos, creían ver en el otro esa lenta cristalización del odio que se iba formando y cubriendo sus almas, de igual modo que la nieve los pinos y robles de la montaña, en capas finísimas, impalpables e imperceptibles casi, pero de acción lenta y segura. [164]

- V -

Ángel Heredia se había sentido arrastrado al matrimonio por pasión tan sincera como profunda hacia Gabriela. Mas, aún cuando él no lo hubiera notado con percepción clara, existían para su matrimonio otros agentes, otros impulsos, otras fuerzas emanadas de la conformación misma de la sociedad chilena y de las ideas dominantes en el medio ambiente y nacidas de nuestra estructura social. El viejo espíritu de la colonia, todavía latente en la alta sociedad chilena, arroja a los jóvenes casi enteramente

desarmados en las corrientes de la vida. Llevan nombre cuyo prestigio y valor aristocrático se empeña en exagerarles su propia familia, enseñándoles a considerar como denigrantes casi todas las formas de la actividad humana, en el comercio y en el trabajo: cuando más, se les entrega a las Universidades, para que obtengan, entre fiesta y fiesta de la tertulia al cotillón, un diploma de doctor en medicina o de abogado, y, con esto, se les autoriza para lanzarse en busca de mujer, a formarse el hogar. Por otra parte, como no existe la Dote [165] como base del matrimonio, la niña vive del flirt, aguza todas sus cualidades de iniciativa y de disimulación, transformando el amor en sport, en cacería matrimonial en la cual sólo muestra los aspectos atractivos y agradables de su carácter, exhibiéndose a sus horas, como la actriz en escena, con gestos, actitudes y entonaciones de voz, en ocasiones enteramente artificiales, pero transformadas en segunda naturaleza: no da, no puede dar nunca imagen sincera de sí misma.

Por su parte, el joven de sociedad, lanzado sin carrera, ni oficio, ni beneficio, al centro de los salones, armado únicamente de traje elegante, de su juventud y de nombre conocido, se arroja al torbellino del vals, del washington-post, del tow-steps, en pos de una mujer bonita y pobre que no se casaría con él o de otra elegantísima que con las opulencias de su lujo le traiga sensaciones de fortuna. Invariablemente buscará el joven, en la mayoría de los casos, la atmósfera de lujo y de riqueza que le permita mantener en la vida su hogar dentro del rango social correspondiente a su medio y a su cuna; cerrará los ojos voluntariamente a imperceptibles síntomas de carácter que de otro modo hubieran iluminado su conciencia y abierto sus ojos al futuro, dándole a conocer el alma y el temperamento de su compañera. Todo se confabula para producir el error o el engaño en la formación del futuro matrimonio, hasta la complicidad de los padres en disimular defectos, enfermedades y vicios de naturalezas degeneradas, o en mostrarlas en atmósfera de ostentación falsa, de aparato y de lujo efímero que sólo tienen la superficie exterior, la corteza de la fortuna aparentada. Las niñas se presentarán con lujo asiático, en salones aparatosos, [166] cubiertos de flores y de luces, entre rumores de orquesta, con palco en la Ópera, coche puesto con troncos de caballos fina sangre, sombreros y trajes encargados por docenas... La gran casa y la hacienda se encuentran hipotecadas, los dividendos no se pagan desde hace años y el lujo es de similar, como ciertas joyas de fascinadoras apariencias, exhibidas sobre el fondo peligroso de terciopelo azul, hermosas a la vista, pero sin peso alguno para quien las toca, ligeramente cubiertas por baño de oro.

Algo de eso había sucedido en el caso de Ángel Heredia. Su padre tenía fortuna, pero muchos hijos y su avaricia pasaba de castaño oscuro, caso frecuente entre los hombres que viven exclusivamente consagrados al campo. Eso no obstante, refluía sobre el joven el prestigio de una fortuna, desconocida y exagerada en sociedad por esa tendencia natural, señalada en el proverbio: «de dineros y bondades, la mitad de las mitades». Añadíase a esto su esbelta figura, porte arrogante, la conciencia de nombre ilustre, y se comprenderá la atmósfera que le acompañara en sociedad, las atenciones de madres, la sonrisa de hijas, el placer visible con que eran recibidas sus insinuaciones y su nombre en las

carteritas de baile al ser nerviosamente inscritas en la tarjeta de una niña de moda. Gabriela había representado para él una de las encarnaciones más completas de la serie de aspiraciones, confusas unas, precisas otras, agitadas en su alma. Por su belleza fina y distinguida, de tono discretamente aristocrático, por su elegancia de buen gusto, por sus refinamientos, realizaba el ensueño que Ángel se había formado de la compañera de su vida. Agregábase a esto como adivinación física de secretos encantos, de adoraciones infinitas, de eternas y [167] prolongadas caricias, ardientes unas veces, sutiles y refinadas otras, que Ángel se forjaba dentro de sí, secretamente, sin precisarlas, ni siquiera formularlas, por aspiración inconsciente de su temperamento sensual. Luego, en su voz cristalina, en cierto mirar melancólico, en inflexiones de su cuerpo, y cadencias de su paso, creía percibir Ángel esa misma nota romántica y sentimental, correspondiente a otra de las fases de su propio temperamento, a otro de los estados frecuentes de su alma. Además, el medio lo empujaba a elegir su compañera, primero con rumores, luego con sonrisas, preguntas indiscretas, bromas frecuentes de los amigos y de la gente que le indicaban a Gabriela como esposa natural y conveniente, hablándole de la fortuna y posición de la familia Sandoval, de simpatía visible en la joven. Sería matrimonio hecho por mano de monja... ni aún cuando le hubieran buscado novia con cabito de vela... El mundo, la sociedad, el medio ambiente, las ideas recibidas los habían empujado al uno en brazos del otro...

Pasados los primeros ardores de pasión, llevada al extremo por impulsos naturales, había descendido Ángel de golpe a las realidades ordinarias y vulgares de la vida corriente, con su máquina de negocios y complicaciones de intereses, lucha de apetitos, de fortuna, de ambiciones, de rango. Hubiera querido mantenerse aislado del bullicio, en compañía de Gabriela, tratando de prolongar el idilio en donde se sentía de tal manera feliz y sin nuevas aspiraciones, en la realización de sus ensueños más larga y hondamente acariciados; pero la corriente lo arrastraba muy a pesar suyo. Era menester ocuparse en las particiones de don Leonidas; su concuñado Emilio Sanders, [168] marido de Magda, le había pedido, con insistencia, una y otra vez, que fuera a los comparendos, pues se trataba de intereses que no podían quedar abandonados y él, por su parte, no quería tomar sobre sí exclusivamente el peso de la lucha. Y como Ángel abriera los ojos sorprendido, Sanders, ajustándose el monóculo, le había referido, con voz cobriza y acento extranjero, tan preciso, detalles de una serie de incidentes de familia y de luchas de intereses algo desagradables. Hacía ya tres meses a que se había iniciado el juicio de partición en el estudio del conocido abogado y hombre público don Abelardo Mascayano, antiguo amigo de don Leonidas. No habían tardado en ponerse de punta los intereses encontrados de los herederos de manera acaso no sospechada por ellos mismos. Don Pablo Sandoval tenía la representación de doña Benigna, por lo cual asistía a los comparendos, sin faltar a uno sólo; en todas las discusiones terciaba con su voz agria, convencido como estaba de su propia honradez y de que todos los demás eran pillos y codiciosos. La cabellera blanca, cortada al rape, el ojo de mirada fija, como de vidrio, la levita cubierta de manchas y de caspa de don Pablo, le daban carácter bravío, acentuado más cuando agitaba su cuello de toro,

corto y ancho y elevaba el diapasón de su voz con exclamaciones iracundas. Él le daría lecciones al lucero del alba, y no se dejaría robar por nadie ¿lo entendían bien? y estaba dispuesto a no gastar contemplaciones, ni arrumacos ni con Cristo Padre. «Pues, señor, o somos o no somos», eran sus exclamaciones favoritas, acompañadas de puñetazos en la mesa que tenía a mano. Manifestaba siempre celo agresivo e intransigente en defensa de los intereses de doña Benigna y de algunos legatarios, [169] entre otros de un hijo natural de don Leonidas, a quien representaba.

Ángel asistió, también, a los comparendos, arrastrado a pesar suyo por Sanders que echaba los ojos a todas partes en busca de auxilio.

Si las cosas seguían el camino que llevaban, casi toda la fortuna sería entregada a doña Benigna, a quien se había adjudicado, casi a huevo, el fundo principal, los muebles de la casa de Santiago, algunas acciones de salitres de gran porvenir. Aún recordaba el joven, con sensación desagradable, sus asistencias a comparendos, las pretensiones de don Pablo Sandoval, sostenidas a fuerza de manotones y de gritos desentonados que le herían los tímpanos; la lucha con los legatarios quienes, utilizando cláusulas obscuras del testamento querían entrar a saco en los bienes del difunto. Era un eterno discutir, sin convencerse, con los ánimos irritados, la codicia en las almas, el brillo de ira en los ojos y en los ademanes descompasados. Todos querían sacar más dinero del que les correspondía, tratando de abusar de la generosidad de Sanders, cuyo carácter de botarate conocían y la ausencia de Ángel. Ahora la lucha se hacía más áspera, despiadada, sin cuartel: Don Pablo pretendía quedarse a huevo con una mina trabajada por él en compañía con don Leonidas, se la dejaron. Mas debía ciertas cuentas. Ángel pidió el examen detallado de ellas, notando que había partidas duplicadas. Esto exasperó a don Pablo, sacándole de quicio, con lo cual profirió frases desagradables y alusiones insolentes que le fueron duramente contestadas por el joven. El caballero se levantó, cogió el sombrero, y salió dando un portazo. Entre tanto el compromisario llamaba a la calma, proponiendo soluciones amistosas [170] y extra-legales, de abogado sociable que desea quedar en buenos términos con todos.

Aquella noche comía el joven en casa de su suegra. Parecía sentir nuevamente el peso de aquella atmósfera cargada y desagradable, la terquedad de miseá Benigna, que no le daba la cara, aquella insolencia muda de don Pablo que prescindía de la presencia de Ángel como si fuera mueble, y hablaba con la boca llena, mascando a dos carrillos, limpiándose los dedos sucios en el mantel, con falta de cultura que sorprendía en un miembro de la familia Sandoval. A propósito de todo, y hasta traídas de los cabellos, arrojaba frases y alusiones al «apetito desenfrenado de dinero de los jóvenes del día». «Ahora los muchachos son mal criados, al revés de lo que pasaba en mi tiempo». «Cualquier mequetrefe se le sube a las barbas a un hombre de años y de respeto, sin miramiento alguno». Y hablaba sin parar, en el mismo tono, con el ojo de vidrio clavado en el techo, mientras miseá Benigna fruncía los labios. Bien comprendía, en esos momentos, Ángel, que el viejo le había hecho creer a la señora que él combatía sus intereses arduamente defendidos por don Pablo, por lo cual éste acababa de tener recio choque. En cada frase, en la manera de ofrecer guisos, de servir los vinos, en el silencio, en los gestos, en lo que no

se decía, notaba el joven sentimientos de sorda hostilidad en contra suya, atmósfera pesada y desagradable, con sabor acre de opio, algo que le rechazaba y le condenaba, con el encono irritado de intereses heridos, con la furia del perro al cual le tocan su plato. Aquello le produjo, de súbito, sensación intolerable de malestar físico, de náuseas morales, de indignación próxima a desbordarse ante la injusticia. Tenía ganas de gritarles, [171] ahí mismo, que a él no le importaban nada las pretensiones de su suegra, exageradas y espuestas en forma irritante por don Pablo; que se lo llevaran todo, hasta el último peso, que él no se emporcaba en miserias. Pero lo que movía su exasperación hasta el último extremo, era la actitud retraída de Gabriela, sus miradas apesadumbradas y descontentas, desviando la vista, como para desaprobando faltas de pudor en materias de dinero. Todo eso, y mucho más, leyó Ángel, como un libro, en la actitud de su mujer, acostumbrado como estaba a verla sentir, sin palabras, en las familiaridades íntimas de la existencia matrimonial. Su ser todo entero se estremecía en ondas apasionadas de ira, de la cual surgía desprecio en contra de don Pablo, indignación en contra de miseá Benigna, odio, odio intenso y profundo hasta la exageración, en contra de Gabriela, en virtud de aquella ley de psicología por la cual mientras más se ha amado a una mujer más cerca se está de odiarla.

Ahora hasta la curva ligera de la nariz de la joven, en otro tiempo signo de distinción a sus ojos, le parecía imperiosa, testaruda, como si se hubiera abultado transformándose; las cejas pobladas ahondaban el ceño, con perfiles duros; la redondez algo llena de su barba y la plegadura suave de su boca, antes signo abierto de bondad, le parecían síntomas de estrechez invencible de criterio, incapaz de comprender las cosas más elementales. ¿Acaso las discusiones del día, moderadas y correctas de su parte, no habían sido provocadas por la defensa de los derechos comunes a las dos hermanas, dentro de las prescripciones del día, moderadas y correctas de su parte, no ella misma le condenaba... Aquella máscara de mujer, adorada ciegamente meses antes, le producía [172] una especie de crispación nerviosa casi insufrible en ciertos momentos, al oír acentos de su voz que le parecían venir de otra persona. Es que no era la misma voz antigua, velada suavemente en las horas de ternura y clara, vibrante, cuando refería los incidentes ordinarios de la vida social. Es que sentía el joven la mudanza total de todo en torno suyo, así personas como cosas; ya no tenía su suegra sonrisas, pequeñas atenciones constantes, frases amables, las palabras insinuantes de la época del noviazgo, ni tampoco Gabriela guardaba la misma actitud, ni el mismo tono. Sentía, el joven, por instinto finísimo de percepción, que si todo continuaba siendo lo mismo, en apariencia, en el fondo todo era ya diverso. Y su alma experimentaba la melancolía indecible, no formulada ni concretada, de los hondos vacíos del alma, de la aridez de una landa desierta y arenosa, de la tristeza íntima, de árbol cuyas hojas amarillentas y resacas ruedan por los caminos.

Pero no todo era caros de vinagre en aquella casa. Magda, con su astucia natural y cierto instinto ladino, le halagaba a más no poder, pues su marido le había referido la escena del comparendo, y ambos querían mantener a toda costa el fuego sacro. De manera que en la mesa de miseá Benigna se encontraban los más opuestos intereses ya en lucha abierta,

disimulados unos, hostiles y mostrándose los dientes, otros. Vanard comprendió la situación, por lo cual, con su tacto de hombre culto, llevó la conversación a otro terreno. Se hablaba de nueva crisis Ministerial: caía el Gabinete de coalición, por exigir uno de los grupos un puesto en los ferrocarriles para uno de los suyos que se encontraba sin destino. Habíase originado cuestión de partido y el Directorio «recuperaba su [173] libertad de acción» con lo cual el Ministerio quedaba sin mayoría en el Congreso. «Estos políticos, agregaba Vanard, viven como los acróbatas, colgados de trapecios por los pies, haciendo Gobierno con pruebas de equilibrio. Una portería es cuestión de Estado. Conozco Presidentes de Partido que andan con los bolsillos llenos de candidatos para los diversos empleos, con listas de personajes que solicitan destinos en el Observatorio Astronómico, o si no se los dan, un Obispado, pues se sienten con aptitud para todo. Estamos como en Portugal, en donde se ha creado un empleo de «Dama cuidadora dos gatos do Palacio».

El buen humor volvía a los espíritus. Don Pablo se había hecho servir el Chambertin en copa de agua y lo bebía a grandes tragos, apuntando al techo su ojo huero, con visible complacencia. Su rostro se encendía con los vinos y los buenos platos, especialmente con uno de croquetas sobre tostadas de caviar. Peñalver, a su turno, junto con meter diente a una pierna de pollo se lo había metido a la crónica mundana. Se hablaba mucho de la quiebra de Morrisson Fibmer, el marido de Julia Fernández. ¡Pobre niña! y cómo la compadecían todos, con grandes aspavientos, pero con una complacencia visible. Ella, tan acostumbrada al lujo, con la vida social llevada por tantos años en su casa, y coches tan bien puestos, y pareja de fina sangre que importaba diez mil pesos, precio hasta entonces nunca visto ni pagado, era difícil pudiera conformarse. Morrisson se había metido grueso en sociedades anónimas de reciente creación y la baja de los papeles le arruinaba. «Pero qué quieren Uds.! exclamaba levantándose el bigote Vanard, si se han formado sociedades ganaderas cuyos únicos animales son las vacas hechas por Morrisson al juego [174] de baccarat...» -No sea mala lengua... «¡Pobre Julia! no hay nada más terrible que pasar de una posición como la suya, de lujo, a la pobreza...» exclamaban los demás, de común acuerdo, sintiendo en el fondo satisfacción que completaba el bouquet del Chablis. Las mujeres enumeraron sus trajes, recibidos todos de Europa, y miseá Benigna, refirió anécdotas de la madre de Julia, habló del alboroto causado por su entrada al salón de la Filarmónica en el gran baile dado en honor del Presidente Errázuriz, llevado al poder por el Partido Conservador. Una conocida señora, al coger el brazo del festejado, le había dicho: «Federico ¿qué olor es ese? más me parece de azufre que de incienso...» Dos años después, gobernaba con radicales. Don Pablo Sandoval también había estado, y recordaba unos platos muy ricos, unos guisos particulares que había probado en la cena... ciertas perdices en escabeche, que con sólo mencionarlas se le hacía agua la boca... y la lengua ajamonada, de chuparse los dedos... unos alfajores de la Antonina Tapia, de esos que no se hacen ahora en parte alguna, rellenos con huevo molle... Yo fui a la mesa con la Transitito Cereceda, y para más seña, se llevó en el pañuelo un atadito con tres chirimoyas grandes, seis lúcumas, plátanos y dulces de madame Gazeau... casi se me caía la cara de vergüenza a la salida, pues, por política, tenía que llevarle el atado... todos

pensaban que era mío... Pues ¡no creerán que un futre dijo a mi lado, fuerte, para que todos le oyeran: «Eche, señor, al atado el faisán del centro» ¡quería que me llevara la piece-montée!...»

La conversación tomaba giro pacífico y se divisaba la oliva de la paz en una comida tan desagradablemente comenzada. La copa de Chartreuse o de Curacao, [175] la taza de excelente café, el puro Celestial de Partagas, acababan de disipar los últimos restos de mal humor en la máquina humana, juguete constante de acciones y reacciones. [176]

- VI -

Mas en medio de aquellos continuos roces, de escenas a veces insignificantes, de enojos a menudo inmotivados, de pequeños incidentes de existencia diaria, frecuentes en todos los matrimonios, se notaba el sedimento particular que iban dejando, pues, en el fondo, se agravaban por disidencias fundamentales e irreductibles, sentidas por Ángel y Gabriela de un modo confuso y no precisado, pero no por eso menos efectivo y serio.

Solían, a veces, producirse reacciones, entre ellos, pues la ola de sentimiento, como la del mar, obedece a fenómenos de mareas, sube y baja, avanza o retrocede. Había momentos de calma en los cuales si la antigua pasión no revivía, por lo menos, los odios parecían muertos o sepultados bajo capa de cenizas. Gabriela experimentaba el ascendiente de la belleza viril de Ángel y giraba en torno suyo, fascinada, amedrentada, atraída por sugestión de sus ojos. Y él veía surgir en Gabriela esa misma antigua mirada buena, [177] sin rebeldías, de sus ojos mansos, dispuestos a sacrificios. Las asperezas y roces con miseá Benigna se suavizaban y desaparecían, pues, como el joven comprendía perfectamente, aquello no provenía de sentimientos dañados y perversos, sino de flaquezas y achaques muy humanos. En ciertas ocasiones hasta dio pasos que tendían a la reconciliación completa. Ofreció gran comida en honor de su tío don Baltazar Heredia, nombrado Ministro en Viena.

Ángel, con su perspicacia natural, comprendía, sin embargo, que esa gran corrada era como desahogo de vanidad y estaba destinada no a honrar a un tío suyo, por el hecho de serlo, sino a manifestar a la sociedad entera las buenas y estrechas relaciones que la ligaban a un Ministro Diplomático. Leía en el alma de la señora esa comezón de figurar, de hacer hablar de sí, achaque obligado de la gente en sociedades nuevas, sobre todo cuando se puede exhibir grandes salones y una existencia de lujo. Ángel era vanidoso, como los de su familia, por atavismo; sin embargo sentía, en los demás, las explosiones de vanidad como notas disonantes y desagradables.

En esas alternativas de excitaciones, depresiones y calmas, habían transcurrido varios años. Dos niños, una mujercita y un hombre, trajeron su alegría bendita a ese hogar disgregado, que tendía a la división, en donde todo bullía, como un mal fermento de pasiones disolventes y ardorosas. La alegría de los niños, sus gritos, la preocupación dolorosa y punzante de sus enfermedades, el placer ruidoso de sus carreras, de sus gracias infantiles, transformaron de súbito la casa. ¡Ah! sin ellos la tempestad hubiera estallado, de fijo, en aquel pobre hogar azotado en [178] direcciones encontradas como el casco de buque naufrago.

Las primeras palabras y los primeros pasitos, el juguete recibido con gritos y luego quebrado, el zapatito roto, las palabritas cariñosas e

ininteligibles, pronunciadas con media lengua, el beso, los bracitos que se extienden, hacían olvidar a Gabriela muchas amarguras y llevaban la paz, una calma deliciosa y pura, al corazón de Ángel, como si le abriesen nuevos horizontes enseñándole esa para él desconocida virtud del sacrificio propio, de la humillación para dicha de los hijos, criados con lágrimas y fortalecidos con los padecimientos ocultos de los padres, para quienes son como la prolongación del alma en el futuro.

¡Qué goce infinito y siempre nuevo encontraba en sus niños Ángel! Había seguido, uno por uno, sus progresos, iniciados con la primera mirada, en que ya le conocían, con la primera risa, y los pucheros cuando se asustaban de todo. Luego, en tener entre sus brazos fuertes aquella piernecita de muñeco, delgaducha, blanda y tierna, con patita que cabía en un dedal, y la cabeza de cabellos rubios de fina pelusa, y unos ojazos asustados, ora expresivos, ora risueños, ora quejumbrosos como si se hundieran al peso de unas penas muy grandes. Experimentaba gozo íntimo al penetrar al cuarto de Pepe, y contemplar su camita de bronce, con reja de grandes barrotes, y el cesto forrado en seda y encajes donde se hallaban las escobillas, y polvos de Houbigant, y puntas, y paños doblados y preparados y los baberos redondos con esos finos bordados y recortes y relieves en los cuales tanto se complace el ocio de las madres. Hasta consideraba como amigo el monigote de goma, embadurnado en colores vistosos y el perrito de madera [179] lanudo y cojo, arrimados a la cómoda, junto a la lámpara de noche y a un zapatito de punta gastada y rota... por «él». Las medicitas mojadas y las esponjas y el polichinela vestido de azul y rojo, con platillos en las manos, colocados al pie de una estampa de la Virgen, sobre un velador, le llenaban la cabeza de pensamientos hondos y tiernos. Ángel creía ver, resucitados, y evocados, unos vagos recuerdos de su propia infancia, el arrullo cariñoso de la madre, sus cariños apasionados, sus cantos, la impresión de algo pasado y lejano, pero dulce, muy dulce, en contraste con la realidad presente. Suave ternura le inundaba, emocionándole hasta las lágrimas, con deseos íntimos, aspiraciones incontenibles hacía otra ternura que lo amparase en el rudo vaivén de la lucha por la vida, pues, en el hombre sentía revivir algo del niño que no había muerto. Y mientras contemplaba la respiración regular y el rostro apacible de su chiquitín, daba suspiros de ahogo sintiendo que algo faltaba en aquella su vida incompleta.

Cuántas veces había visto a Gabriela, exclusivamente preocupada del cuidado y atención de los niños, estrecharlos en sus brazos y besarlos con furia, como buscando en ellos algo que no encontraba en otra parte, mas, en presencia de él, permanecía helada, sin impulsos de corazón, sin uno de esos arrebatos que arrojan, de súbito, una en brazos de otra, a dos personas que se quieren. ¡Ah! si ella hubiera comprendido, entonces, lo que pasaba en el corazón de Ángel, la nerviosa aspiración de su alma; si hubiera penetrado el secreto de su sonrisa enigmática de hastío y desaliento; si hubiera roto, con un impulso espontáneo, la superficie de silencio glacialmente extendida entre dos almas, acaso hubieran podido ser felices, [180] pero la soberbia en el joven, y acaso la timidez invencible en su esposa, mantenían el equívoco entre ambos. Y la conciencia de mutua desconfianza, de dos almas en diverso tono, sin posibilidades de entenderse, hondamente clavadas en el silencio pesado del desacuerdo que

no se expresa, pero que se adivina y se palpa, llegaba a producir en ellos, exacerbada, una sensación intolerable que, cuando se cruzaban, por acaso, sus miradas, les ponía en las pupilas destellos crueles.

¡Ah! por desgracia solamente en un punto, a intervalos, sentían producirse el acuerdo tan anhelado por sus almas, y era en el dolor... Las dos o tres veces en que los chicos se enfermaron de cuidado... en una ocasión en que «Nena» estuvo con pulmonía infecciosa y el médico temió la muerte. Durante las noches de insomnio de la situación desesperada, sintió Ángel, al través de sus propias lágrimas, piedad profunda, inmensa conmiseración por Gabriela, echada sobre su diván, sollozando con estertóreos de agonía, entre palabras entrecortadas y tiernas en las cuales aparecía el nombre de su hija. Y cuando ella le había dicho desesperadamente: «-¡Ángel! ¡Ángel!... la niña se muere...» había sentido, dentro de sí, revolverse las entrañas, un nudo oprimirle su garganta, y ansia infinita de tenerla entre sus brazos, de besarla, pidiéndole olvidaran el pasado para hacer vida nueva. Y no había encontrado palabras que correspondieran a la inmensa angustia de ella, ni a la infinita ternura suya. Pero ¿no habría disonado un beso sobre su frente en aquellos supremos instantes?

El peligro había pasado. La enfermedad de Irenita, de «Nena», iba cediendo lentamente, vencida por la fuerza natural. Ya todos respiraban en la casa. [181]

Un día, volviendo a ella, vio Ángel un cupé desconocido, de médico. Junto al lecho de la niña se encontraba un señor flaco, de espaldas hundidas, y como jorobadas, la cara achatada, unos ojos perdidos en las cuencas, el hablar cavernoso. Examinaba a la niña.

«-El Doctor Serines...» murmuró Gabriela.

Era un médico fracasado que, para surgir, se había convertido en homeópata.

Este sujeto, asistía cuidadosamente a todas las procesiones, con vela y exclavina, y hacía ostentación extrepitosa de prácticas religiosas de índole completamente comercial, con el exclusivo propósito de atraerse clientela y obtener recomendaciones. Así, poco a poco, aparentando convicciones que no tenía y buscando el amparo y recomendación de clérigos, consiguió Serines un pequeño peculio con el cual especulaba en bolsa, en donde había dejado reputación algo averiada.

Todo esto lo había contado Ángel a Gabriela, en días anteriores en que se había mencionado su nombre, por recomendaciones del clérigo Correa. Ángel había manifestado la más viva repulsión por semejante personaje, a quien consideraba como explotador homeopático-religioso; ahora le encontraba instalado en su casa, precisamente cuando los médicos habían declarado a la «Nena» en plena convalecencia. Sintió que una ráfaga de sangre azotaba su rostro llenándole de ira.

Trató muy secamente al facultativo, acompañándole en seguida hasta el vestíbulo, para darle gracias y rogarle no volviera a la casa, en donde consideraba innecesaria su presencia.

Tres días más tarde, Ángel se encontraba nuevamente [182] con Serines en la pieza de su niña. Esta vez no vaciló en echarle, poco menos que a empujones.

El homeópata, hablando muy ligero y sombrero en mano, se escurrió,

llamándole a la tranquilidad y a la calma. Entre tanto Ángel descargó toda su ira con Gabriela. No era posible llamar a un asno semejante, para comprometer la salud de la niña, exponiéndola quizás a la muerte. Gabriela se disculpaba diciendo que el médico se había presentado sólo, por indicaciones del «señor» Correa, y que había vuelto de puro intruso. Pero Ángel no le creía...

Ambos levantaban el tono. La voz de Ángel se alzaba ronca y furiosa, mientras la de Gabriela tomaba diapasón agudo, hiriendo los tímpanos y provocando la irritación creciente del joven. Luego, ambos, uno en pos de otro, perdieron la calma. Las recriminaciones se sucedían, enumerando quejas mutuas, complaciéndose, el uno y la otra, en agravar lo pasado, exagerando los yerros ajenos. Luego se echaron en rostro cosas íntimas, hasta lo más reservado, hasta lo más secreto. La fisonomía exangüe de Gabriela servía de marco y de contraste al fulgor de sus ojos que miraban a su marido cara a cara, en tono de desafío y de audacia, mientras sus manos se agitaban febrilmente y sin cesar, siguiendo los movimientos de sus frases entrecortadas que se atropellaban unas a otras, sin orden ni concierto. Un cadejo de pelo se le había deslizado hasta los ojos, y lo apartaba con gesto maquinal y violento.

Ángel la contemplaba estupefacto, encontrándose con una mujer nueva, desconocida, en pleno desorden histérico, sin freno que sujetara esa lengua por donde salían a borbotones frases desagradables, conceptos [183] hirientes para todo el mundo, sub-entendidos y alusiones ofensivas para él y hasta para los suyos.

Sobrecogíale un movimiento de estupor profundo.

¡Cómo! ¿era esa la Gabriela que él había amado tanto, que había idolatrado ciegamente? ¿Era esa la que le parecía el ideal de su vida? Oh! Un sabor amargo y de congoja le subía de los intestinos a su boca ya quemante... La cabeza le ardía, batíale aceleradamente el pulso y luego, a su turno, sintió el contagio moral de la misma exaltación que le arrastraba, sin poderse contener, a pesar suyo y como en virtud de fuerza mayor. Él también experimentaba la necesidad de ajustar cuentas. No podía consentir en que su mujer hablase de la avaricia de su padre... ni de su afición a la bebida. ¡Le prohibía tocarlo! ¿entendía bien? ¡Se lo prohibía! Y si pronunciaba nuevamente su nombre... le tataría la boca...

Y Ángel, con los ojos inyectados en sangre, los labios cárdenos y temblorosos, la miraba como queriendo aplastarla.

Ya no mediaba, como antes, entre ellos, la superficie de silencio, el desierto árido y sin brújula. Era la acción ciega y desbordada del tranque roto, que todo lo arrasa, dejando tras de sí ruinas, cadáveres y montones de cieno.

Gabriela rompió a llorar, con sollozos entrecortados e hipos de sufrimiento. Ángel sufrió entonces la reacción moral que sigue necesariamente a la conciencia de un exceso en la acción, y sintió vergüenza, una vergüenza profunda, y pena, una pena muy honda, nacida del desprecio súbito de sí mismo y de la conmiseración del dolor humano y de la debilidad femenina dejados caer, gota a gota, en las lágrimas [184] de la joven, en esas horas de angustias sin palabras y sin fondo.

Reinó entre ambos un instante de silencio angustioso. De súbito, Gabriela se puso de pie, tocó el timbre eléctrico, enjugó las lágrimas, se

compuso el peinado frente al gran espejo bicelado de cuerpo entero y dijo a la sirvienta que abría la puerta: -«Haz bajar las maletas...» Ángel le hizo una seña muda para que saliera, y arrojándose a los pies de Gabriela le pidió perdón. «He tenido la culpa... con mi exaltación he perdido la calma... he tenido la culpa... pero te quiero... te quiero...»

-«Y yo también...» exclamaba ella, en súbito afán de sacrificio.

[185]

- VII -

El salón de Olga Sánchez se hallaba preparado para el five-o'clock-tea de los jueves. Era, el elegido, uno de los días cómodos para sus amigas, quienes, a la ida al Parque, detenían sus victorias a la puerta de la señorial mansión de las Delicias, situada entre las calles de Nataniel y de San Ignacio, en punto céntrico. Sobre mesita rodeada de tazas de porcelana japonesa de extraños dibujos azul y rosa, encontrábase lista la gran tetera de plaqué con lámpara de alcohol, en la cual se preparaba el samovar, como decía, empleando la palabra rusa, con el prurito de extranjerismo de nuestro mundo de tono, tan aficionado a refrescar sus aires en la colonia cosmopolita de París.

Las paredes, tapizadas con riquísimo papel Luis XV, de listas de plata y verde nilo, en admirable imitación de raso de seda, casi desaparecían cubiertas por grabados con marcos de laca blanca y asuntos de Fragonard y de Watteau, acuarelas de Villegas y [186] Pradilla, un cuadro de Urgell, platos de porcelana, entre los cuales algunos de mérito, varias de las enormes peinetas llamadas de teja, de carey, con fantásticas cinceladuras y dibujos, de esas usadas por las abuelas del siglo XVIII. La cajuela de madera tallada, indicaba pasión naciente por objetos antiguos. En el rincón había también vitrina de madera de rosa incrustada y cincelados bronce, detrás de cuyos cristales, redondeados y salientes, se ocultaban objetos de marfil; abanicos de cabritilla pintada, con estrecho país y ancho varillaje del tiempo de Goya y de María Luisa; monitos de porcelana de Sajonia; tazas de Sévres con marca de fábrica y la especial del servicio del Rey; pocillos españoles, dorados por dentro; vieja loza de Talavera; porcelanas de Capo-di-Monti y una tacita legítima con relieves de danza griega, de Wegwood, que valía por todos los objetos allí encerrados en obediencia a los preceptos siempre tiránicos de la moda que aconsejaba la vuelta a lo antiguo, con el famoso grito de Gabriel d'Annunzio: Ritorniamo a lo antico...

Olga Sánchez, era esclava de la moda. De cuerpo delgado y esbelto, fisonomía fina y risueña, con leve lunarillo sobre el labio superior y un hoyuelo que se le formaba en la barba al sonreír, mostraba, sobre delgado y alto cuello flexible, fisonomía graciosa, en la cual se armonizaba la mirada de unos ojos pequeños pero vivos con sonrisa picante y acento andaluz. Hija de padres ricos, casada, sin saber cómo, con joven de gran familia, regalona, caprichosa, mimada, había paseado por Europa, llenándose de amistades españolas en Biarritz, en cuyos bailes se presentaba con una corte de aspirantes a su mano, que era pequeña, y a su dote que creían grande. Se despertó un [187] buen día casada, por casualidad, y resultó, también por casualidad, mujer irreprochable, a pesar de que no ardía en su pecho la llama casta y dulce de los amores conyugales. Con todo vivía feliz, consagrada a la única aspiración de su

existencia, al supremo y decidido propósito de ser «mujer de tono». El mundo llenaba su cabecita de rizada cabellera negra; preceptos sociales, modas, díceres de sociedad, visitas y comidas, idas a las tiendas de lujo, donde la modista y el sastre, consumían lo mejor de su existencia constituyendo, para ella, los verdaderos preceptos del decálogo. Si bien cumplía tibiamente con los de la Iglesia, asistiendo a la misa de buen tono los domingos, respetaba mucho más, infinitamente más, en su fuero interno, los sacrosantos preceptos de la moda y sus admiradas tiranías. Ya de muchacha, en el colegio de Madame Dewal, antes de que le pusieran preceptoras en casa, llamaba la atención, entre sus compañeras, por su lujo, y cuando alguna se presentaba en son de competencia, Olguita, con los movimientos vivarachos y graciosos que la caracterizaban, solía recogerles el vestido para ver bordados y encajes de enaguas: era esa una prueba tan ruda como temible para las elegantes de pega. Andando el tiempo, cuando la muchacha crecía esbelta y graciosa, un caballero famoso por su orgullo de familia y cierta señora de avanzada edad, pero de consideráble posición en la sociedad chilena, pensando en asegurar el porvenir de sus vástagos con la succulenta dote, la invitaban a porfía, rodeándola y envolviéndola con la amistad de sus hijas, sobrinas o nietas. Aceptó con placer las invitaciones a bailes y rechazó a los pretendientes, aun cuando manteniéndolos con insinuaciones y sonrisas hasta el momento en que vino a estallar como [188] bomba, entre ellos, la noticia de su inesperado matrimonio. Pero no se había casado con el joven, sino con la familia. Era todo un complicado cálculo de posición social, combinado astutamente por sus padres y aceptado rápidamente por ella, sin grandes vacilaciones, sin desconsoladoras luchas, sin reticencias de corazón, pero sin entusiasmo loco, ni delirios apasionados, con la cordura de muchacha reflexiva y habilidosa, a pesar de sus locuras aparentes. -«Me caso con ese, como con otro cualquiera»: había dicho a su íntima y buena amiga Magda, y junto con pronunciar estas palabras había girado sobre un talón, alzando el otro pie, con vestido y todo, a mayor altura que el clown del circo, pues tenía maravillosa flexibilidad en los músculos de las piernas. -«Cela va sans dire...» había observado Magda, por comentario único, «en tratándose de marido, lo mismo da uno que otro...

Entre paréntesis, el francés de Magda era lenguaje especialísimo, pues se componía de media docena de frases que manejaba con gran desparpajo y mucho recargo de acento. «Ca va sans dire... ¿en voulez vous des hommards?... chic epatant... merci, mon cher... « Al «senador» Peñalver le llamaba: «Le père la Victoire». A Vanard, cuando contaba cuentos de doble sentido, hacía callar diciendo: «Tais-toi, vieux cochon». A esto, sobre poco más o menos, y cierta lectura de novelas francesas, reducíase no solamente el francés de Magda, sino también el de casi todas las casadas elegantes de su círculo, salvedad hecha de los apóstrofes a Peñalver y a Vanard, de propiedad exclusiva y rigurosa de la joven. El francés de Olga era un poco más extenso y completo, pero su educación igualmente superficial y primitiva. Componíase [189] el círculo de amigas o «la banda de Magda» de media docena de muchachas de fortuna, vestidas lujosamente, alegres, bulliciosas, provistas de maridos más o menos insignificantes y dados al sport, carrereros empedernidos, con el alma pendiente en un hilo de la salud de Lancero... de Paquerette o de

otro animal de esos. Reuníanse en el rincón «de las gallinas finas» del Club Hípico, en donde se lucían unas a otras los trajes, rodeadas de un grupo de vividores con quienes formaban especie de Club al aire libre en los domingos de carrera, comentando sucesos del día, rumores, escándalos, noticias de sensación y de bulto, comadrerías, enredos, chismes, encargos a Europa, dineros de fulano, trajes de mengana en la última comida, enredos de zutana con el de más allá. Acercábanse a ellas las señoras del Cuerpo Diplomático, y se iban todos juntos al paddock a lucir sus trajes, a tomar el lunch y la copa de champagne ofrecida por Sanders, y desfilaban contentas, como pavos reales, el sentir sobre sí miradas de envidia o murmuraciones secretas de otras mujeres, igualmente señoras, e igualmente elegantes, que les «sacaban el cuero» en forma de insidiosos y finos «pelambres» a la vez que se las comían a cariños y a besos en donde las encontraban.

Después de hacer colocar por la sirviente en un rincón la mesilla cargada de bandejas con sandwichs de pate de foi, tortitas de manjar blanco, galletas y «petits fours»; cuando hubo descargado el pulverizador con su esencia favorita de «Enigma», suave y penetrante, Olga Sánchez alzó lentamente el store y abrió las puertas-ventanas de numerosos y pequeños vidrios estilo Luis XV, poniéndose de codos al balcón. A sus pies se extendía la superficie unida y suave [190] del asfalto Trinidad, regado con mangueras a esa hora. La torre de San Francisco surgía lejos, medio oculta entre ramas de árboles del paseo desnudas de hojas. Troncos oscuros de esqueletos de árboles se alineaban en la hermosa y ancha avenida central, encubriendo mármoles de estatuas, entre las cuales surgían el verde oscuro y la espada levantada del general «O'Higgins» sobre su caballo de guerra. A cada momento cruzaba por los rieles de acero un tranvía eléctrico debajo de los árboles, a gran velocidad, haciendo resonar el timbre sonoro de sus campanas. Victorias, vis-a-vis, americanos, carruajitos ligeros, coches de lujo de toda especie, arrastrados los unos por caballos de raza, los otros por troncos robustos del país, pasaban con gran velocidad, distinguiéndose el trote de los hackneys que dejaba atrás a los demás carruajes. Por la calle de Bandera y frente al edificio monumental de la Universidad, comenzaba a deslizarse, a cada momento más nutrido, el torrente del paseo de la tarde en la primavera naciente, diseñada con brotes de árboles a fines de agosto. Ese lujo extremo de carruajes, tan bien puestos como en ciudades europeas, da nota característica a las tardes santiaguinas, con el extrépito creciente, chasquear de fustas, rumor sordo y continuo de trote, metálico de cascabeles y cadenas, o el silencioso deslizarse, como fantasmas, de carruajes con yantas de goma, y cocheros rígidos con altos cuellos, la librea apoyada en el claro sobretodo colgado en el pescante. Es marejada continua y rápida, de perpetuo movimiento, en la cual se deslizan trajes elegantes de señoras, de entonaciones discretas, y sombreros con grandes plumas, nota clara de guantes, actitudes demasiado abandonadas y flojas en unos, demasiado rígidas en otros, [191] naturales y sueltas en los menos. El sol, ya cerca del ocaso, iluminaba con su luz el deslizarse del torrente de coches en no interrumpida masa, desde la calle de Ahumada hasta la del Ejército. Vidrieras de casas, al reflejarle, despedían rojizos fulgores de incendio, allá muy lejos, en la Avenida. Ráfagas de

aire frío y sutil de finales de invierno azotaban el rostro de Olga, inclinada sobre la verja de hierro de graciosa combadura Luis XV. De tarde en tarde movía ligeramente la cabeza para contestar el saludo de algún sombrero de hombre o el gracioso gesto de alguna amiga y su vista se dilataba, como sumergiéndose en el mar de coches, en su rodar incesante en ese día de paseo, bajo el cielo claro, y se perdía en la sensación gloriosa del sol moribundo, inundando la gran avenida de palacios en polvo de oro que bañaba la ciudad hasta el pie de las altas cordilleras, cubiertas de nieve y teñidas en rosa.

A los pocos momentos se detenía, de golpe, un cupé, y el lacayo abría la portezuela. Olga le había reconocido de lejos, con divisar los caballos: era el de Marta Liniers de Vidal. Desde lo alto parecía aún más fina y esbelta la figura de su amiga, inclinada en ese instante para dar una orden al cochero; había en sus grandes ojos azules, en la contracción de sus labios delgados y en la dilatación de las ventanillas de su nariz, recta, destellos de carácter enérgico y resuelto. Al verla, Olga recordó las historias que circulaban en sociedad respecto de ella; referíase que había ganado cuatro mil pesos en una noche de baccarat, durante el último verano de Viña. Casi todas las señoras de Santiago habían puesto el grito en el cielo. ¡Qué barbaridad! En sociedad como la nuestra, hasta ese momento demasiado circunspecta y reservada, [192] en la cual las mujeres de tono mantenían tradiciones de moralidad severa, acaso en extremo tirante, no se comprendía el desborde traído por el despilfarro de unos cuantos salitreros que se entretenían en arrojar al tapete verde puñados de billetes de Banco. ¡Ah! cuando se les tocaba el punto a las señoras viejas, era cuento de nunca acabar. También se decía, sotto-voce, que la joven señora Liniers poseía, corazón de manteca, demasiado blando, y que en esos instantes... vamos se divertía con Emilio Sanders, el marido de Magdalena Sandoval. ¿Pero qué no se dice, santo Dios? pensaba Olga entre sí. Y luego, casi todo resulta mentira, chismografía, envidia de unos, maledicencia en otros. Al fin y al cabo ¡quién sabe!...

En esos instantes el sirviente, de frac y de corbata blanca, abría la puerta del salón para dar entrada a Marta Liniers que penetró con paso largo y victorioso, dejando tras de sí una ráfaga de esencia de Muguet. Las dos jóvenes se abrazaron y besaron con muestras exageradas de cariño, como si hubieran pasado un año sin verse. Dirigiéndose mutuamente piropos y cambiaron zalamerías, metiendo en la conversación mucha miel, con entonaciones en falsete, superlativos, exageraciones y una risita medio taimada con que Olga concluía sus frases.

«-¿Por qué no habías venido? Ni el polvo se te divisa... hace como un siglo que no llegas a esta casa, a pesar de que no tienes otra amiga como yo».

«-Así es, no más. Pero te diré francamente, no salgo a parte alguna... ni siquiera fui a la comida de Magda Sandoval. He tenido tanto que sufrir últimamente, con enredos y chismes en la temporada de Viña... No hay infamia ni mentira que no inventen, [193] como que no les cuesta esfuerzo. Y en cuanto ven que una recibe sus cuatro trapitos de Europa, y se los pone y los muestra, como es natural, ya levantan las calumnias más atroces...»

-«Eso mismo decía yo a Nina Oyanguren, exclamó con fervor Olga

Sánchez; en estos tiempos no hay que creerle a nadie ni lo que reza. Pero no debías impresionarte de ese modo, hija; si todas te conocen demasiado, y nadie puede figurarse por un instante... vamos... que... Estoy cierta de que ninguna de tus amigas habrá dudado ni por un segundo...

«-Pero estoy tan escamada, hijita... contestó Marta -clavando en el techo unos ojos llenos de candor, como para poner al cielo de testigo de su inocencia- tan sumamente escamada, que si me acusan de haberme robado la torre de la Catedral... ya no vuelvo a misa por temor de que lo crean...»

Y las dos amigas se miraban con sonrisitas cariñosas, abandonando ya Olga la cara de protesta indignada en contra de la vil calumnia, mientras su amiga le cogía la mano.

En ese instante se detenía a la puerta otra victoria. ¿Quién será? preguntaba con la mirada Olga a Marta, de pie junto a la ventana. -«Es Julia Fernández...» contestó la otra. Viene en una victoria, con caballos preciosos y puesta como si fuera de Rotschild... ¿qué no había quebrado el marido?... ¿no remataron el fundo?

-Me parece, hijita, que a las fortunas santiaguinas suele pasarles, como a los hoyos, que mientras más tierra les quitan, más grandes quedan...

Julia entró, a su turno, con largo paso de Diana cazadora, recogiendo la falda de un sencillo vestido de paño oscuro con su pequeña mano enguantada de [194] blanco. Era, siempre la hermosa mujer que tanto ruido había metido en salones, de soltera. Pero sus formas se habían llenado. No tenía ya las líneas indecisas y virginales, excesivamente delgadas que enloquecieron a su primo Antonio; sus contornos eran mórbidos, sin dejar de ser esbeltos. Pero los rasgos de su fisonomía se habían acentuado en expresión de dureza imperiosa. Todavía circulaba en sociedad, entre anécdotas de otro tiempo, la historia de ese hombre que había querido suicidarse por ella, y a pesar de que los años transcurrían, dejando huellas, Julia mantenía su prestigio mundano. Según la dura frase del «senador» Peñalver: «Era que vivía sobre sus laureles».

En cuanto hubo entrado, repitiéronse los abrazos y los besos en ambas mejillas, con extremos visibles de cariño, como si todas se quisieran entrañablemente y la recién llegada fuera la mejor entre sus amigas.

Marta, como quien no quiere la cosa, pero con intención visible para Olga, no cesaba de ponderar el magnífico paltó de nutria que llevaba puesto la recién llegada y que realmente valía un dineral, pues era de lo más fino. En seguida elogió el sombrero y el vestido de Julia.

Ésta dio gracias, y respondió a sus amigas proporcionándoles detalles de hechuras y precios de modista, con la mayor sangre fría, pues no se le ocultaban las intenciones de las otras. Manteníase altiva, sonriente, desdeñosa; bien podía su marido arruinarse, pero ella sabría mantenerse, hasta el último, imponiéndose, como los gladiadores romanos al caer.

Y después de charlar un rato de modas y del vestido de fulana en el teatro y de mengana en la comida [195] de Alvareda, Olga se dirigió a la mesita ligera donde hervía la tetera de plqué bajo la llama azul de lamparilla de alcohol. Nina Oyanguren entraba en compañía de una de las damas del Cuerpo Diplomático, de la baronesa de Strinberg, señora gorda, bastante mal vestida, de voz gruesa y masculina, pero ya célebre por

cierto ingenio, un tanto desenvuelto, para dar estocadas a fondo.

La dueña de casa les ofreció té. La baronesa prefería una copa de oporto con biscochos.

-«Más vale llegar a tiempo que ser convidada», dijo con tono rápido, Nina Oyanguren.

Hubo risitas, cuchuceos, rumores de dientes femeninos como de ratas que roen un pastel. Peñalver entraba junto con Berzson, secretario de la Legación Sueca, Vanard y poco después Velarde con los bigotes rubios retorcidos y levantados a lo Káiser. El senador arrastraba ya un poco las piernas con sus sesenta y tantos años, aun cuando, según él, sólo tenía «treinta y pico... pues había perdido la cuenta, por no ser muy fuerte en matemáticas...»

Vanard con su cabecita cubierta de negra cabellera, ojos razgados y simpáticos y sonrisa peculiar, sentose junto a la baronesa. Era uno de esos hombres que no muestran edad. ¿Cuántos años tenía? Eso figuraba en el catálogo de misterios sociales. Todo el mundo le conocía y él a todos tuteaba, recordando a los papás y también a los abuelos. Metido entre los jóvenes, no disonaba, parecía uno de ellos, con la particularidad de que el color de sus cabellos y sus dientes eran legítimos, a diferencia de Carlitos Ribeiro, que se teñía el pelo y usaba dientes postizos, por lo cual Vanard le llamaba: «el venerable joven...» [196]

-¿Cómo está Ud., señora baronesa?, preguntó a la de Strinberg.

«-Bien, muy bien, lo mejor posible en este país encantador...» contestó con suave ironía, y en francés, la diplomática.

Las señoras, unas de pie, sentadas otras, conversaban a un tiempo. Hubo instantes de silencio general. Y se oyó clara la voz de Peñalver dirigiéndose a la baronesa:

«Me disculpará Ud. señora, le pregunte si es auténtica la historia de la tarjeta a Manuelita.» Las damas cambiaron, entre sí, sonrisas mudas. Era que, según lo público y notorio, Manuelita Vásquez andaba enamorada, con mala fortuna, del señor Stevens, gerente del Banco Americano, cuyo padre acababa de fallecer.

«-¿De qué tarjeta se trata?» preguntó la diplomática, manifestando la mayor extrañeza. «¿De alguna invitación a comer?»

-«¡Ah! no, señora, replicó el «senador» con grande aplomo.» Se dice que Ud., al saber la noticia de la muerte del padre de Stevens, comunicada por cable, mandó tarjeta de pésame a la señorita Manuela Vasquez, con estas palabras: «Je regrette beaucoup la mort du père, l'indifference du fils, et l'absence du Saint-Esprit...» (Deploro la muerte del padre, la indiferencia del hijo, y la ausencia del Espíritu Santo).

La baronesa, con voz viril, protestó vivamente de tal suposición.

«-Uds. los jóvenes, son perversos...» dijo en castellano, con deplorable pronunciación, volviéndose a Vanard.

«-¡Oh! qué agradable calumnia», respondió éste. [197]

Las señoras no podían contenerse más, con el cuento de la tarjeta, conociendo como conocían las aspiraciones vehementes al matrimonio de Manuelita Vásquez. En ese instante, por extraña coincidencia, abriose la puerta y entró precisamente Manuelita. Su hermano Javier, la acompañaba, mostrándose, aún más flaco y más alto de lo que era, dentro de su larga levita de Poole.

Hubo movimiento de espectación general entre todas las señoras, deseosas de ver la entrevista y la actitud de ambas. Calculaban que la joven estaría que trinaba con el cruel epigrama. Pero dio pruebas de profundo tacto mundano. Había entrado con paso natural mas, al divisar a la baronesa, dirigióse rectamente a ella imitando ligeramente el paso de la diplomática y le hizo un saludo de corte, parodiando, en tono satírico, los movimientos pesados de la baronesa y lo hacía de cuerpo presente y delante de la propia víctima, valiéndose de extraordinario poder de mímica y don especial de parodia. Era difícil ponerla en ridículo con finura y gracia; la joven lo había conseguido. Ambas se abrazaron, se besaron y se sonrieron, como las mejores amigas de este mundo en el cual es ley obligada la disimulación constante de los verdaderos sentimientos. Fisonomías, maneras atentas, gestos mesurados encubren los sentimientos reales, intereses que separan, odios intensos, rivalidades feroces, emulaciones de envidia, apetitos de lujo, desbordes de pasión, amores sensuales o interesados, sacrificios de amor propio, amarguras de situaciones equívocas originadas en pobreza que nadie sospecha y en miserias increíbles y desconocidas de los maridos o de los padres. Lo principal estriba en representar la comedia del buen tono, de gran mundo, [198] de riqueza sin que nadie se entere del fondo efectivo, ni revuelva las borras del tonel. Y las más de las veces consiguen engañarse unos a otros, en punto a sentimientos reales, con afectos fingidos y sinceridades afectuosas de similor y amores de Chicago, casi todo falso, guardando los reales y efectivos para dejarlos caer, como una flecha, entre media docena de alabanzas. Y se crean situaciones artificiales y riquezas que no existen, para casar a las hijas, o adelantarse a sí mismos en la vida, siempre con propósitos deliberados de engaño.

Los dos salones de Olga, en ese instante, se encontraban llenos, pues tenía concurrencia más numerosa que la acostumbrada en sus días. Julia, sentándose al piano, había tocado los primeros compases del tow-steps, el alegre baile americano. Los jóvenes, después de arrimar a la pared la mesita con porcelanas y floreros, bailaban alegremente: allí estaba Antonio Vidal, con cara afeitada al estilo americano, bailando muy tieso, y el secretario de Noruega, con peinado a lo Cleo de Merode, achatado el pelo y muy relamido, con sus actitudes de buen mozo profesional, enamorado de sí mismo, y muy arrimado, a la vez, a una viuda.

-«Preciosa fiesta, señora... preciosa...» decía a la dueña de casa que pasaba.

Entre tanto el joven Sanders, apoyado en un biombo, en rincón discreto, conversaba con Marta Liniers en voz baja. Y la charla debía ser animada, como si mutuamente se hicieran recriminaciones, pues el monóculo aquel que había salido intacto e incólume del baño involuntario del estanque de Pudahuen, en el fundo de Sandoval, casi se había caído del ojo de Sanders, en el salón de Olga. Por el tono y las actitudes [199] parecían de vuelta, mas nadie reparaba en ello, pues hubiera sido la más absoluta falta de discreción y de tacto mundano el darse por enterado o hacer alusiones indiscretas. Hasta pasaban a su lado, como si ellos no existieran, sin mirarlos, esas parejas ya cansadas de bailar. De ordinario, en los five-o-clock de Olga jamás se bailaba, y era escasa la concurrencia masculina.

La animación considerable en ese día, permitía exclamar, con Sanders: «Ca bat son plein...» Estaba la cosa en su punto.» Magda y Gabriela, entraban, seguras de sí mismas, despreocupadas, convencidas de que sin ellas no había recepción de buen tono; y así era la verdad. Leíase en su mirada segura, en el ceño altanero de Gabriela, en la cabecita levantada y la boca siempre fruncida de Magda, salvo cuando sonreía de modo expansivo y abierto para saludar con mirada húmeda o picante de sus ojos negros. Produjeron, en el salón, la impresión acostumbrada, pues daban la nota necesaria de buen gusto. Existen siempre, en la sociedad santiaguina, mujeres sin las cuales no se concibe reuniones; cuando ellas faltan, la dueña de casa parece contrariada; nótase la ausencia de algo como de sal en la comida o el azúcar en el café, esencial para el gusto. Y cuando se presentan, unas estudian en ellas, las variaciones y notas de la moda, otras ciertos detalles y anécdotas de vida social. Las recién llegadas a la vida mundana, las casadas jóvenes que se inician, solicitan el abrigo de su ala protectora y quieren realizarse hasta con los reflejos pálidos del prestigio mundano de astros autorizados por la fama y encumbrados en la vida social de los periódicos. La baronesa de Strinberg les puso el impertinente de largo mango de carey, mientras se besaban [200] con Olga Sánchez. Nina Oyanguren detallaba el corte, los vuelos, adornos, encajes y «entredoses» de sus vestidos, y las combinaciones de colores y las plumas, cintas y nudos de sus sombreros, quedando en aptitud de describirlos, con todos sus puntos y comas, en sus visitas a otras amigas, exactamente y con la misma perfección del «chic parisiense» y de La Mode. Al mismo tiempo, como por encanto, aparecía en la puerta el monóculo de Sanders, quien charlaba animadamente con Peñalver, empeñado en sostener su teoría favorita de que la poligamia era ley universal de la creación y el matrimonio el bluff más ingenioso, el engaño, la «estafa» más hábil hecha por las mujeres a los hombres. Por eso, él no se había casado; jamás lo blufearon en el juego de polker.

Vanard se acercaba en ese instante a las Sandoval, saludándolas familiarmente, con su sonrisa amable, extremada en público para la «mise en scene», con el propósito hábil y calculado de realizarse a los ojos de otras mujeres que lo observaban y ante quienes, con esto, aumentaría de valor en la feria de vanidades mundanas.

Gabriela tomó asiento, en un sillón, al lado del sofacito Luis XV ocupado casi enteramente por la sólida y aventajada gordura de la baronesa. Comenzaron hablando del tiempo revuelto, y luego cambiaron cumplidos. La Ministra de Suecia elogió su buen gusto en materia de trajes; desde su llegada a Chile, hábale llamado la atención como verdadera parisiense. Tales superficialidades insulsas tenían para las mujeres importancia capital, pues, muchas veces del corte o del color de un traje podía depender la fidelidad de los maridos en el matrimonio. La extranjera sostenía y desarrollaba su tesis con vivo ingenio, [201] y Gabriela discutía en correcto francés. Hablaron, luego, de la Ópera. La baronesa se moría por la música de Bizet; Carmen era su ópera favorita... l'amour est enfant de Bohème... qui n'a jamais connu des lois...» ¡Cuán verdadero es eso, señora! decía a Gabriela con una de sus sonrisas extrañas y punzantes. «Hasta entre los bastidores del teatro se deslizan los picarescos hijos de Bohemia...»

Y Gabriela, junto con estas palabras, un tanto sibilinas, sentía sobre sí la mirada de la diplomática, aguda y observadora. Esto le causaba cierto malestar que no se explicaba, uno a manera de sobresalto como el que nos sobrecoge al diseñarse peligro desconocido y no remoto, alzado, de súbito.

Magda, sentada en el rincón, hacía saltar ligeramente la punta de su pie, finamente calzado, mientras escuchaba las frases insinuantes de un diplomático, más afanado todavía por sus aventuras galantes que por sus maniobras y protocolos.

El caballero, joven todavía, de barba rubia, ojos brillantes, sonrisa fina y maneras de mundano, era según el decir de un periódico, «tan elegante como el Príncipe de Sagán.» Había cruzado por el escenario político, dando pruebas de talento, aun cuando no tuviera bases de estudio sólido, en lo cual se parecía a todos los demás hombres públicos chilenos para quienes el saber es un bagaje inútil y hasta en ocasiones peligroso. Poseía, pues, como decía Vanard, la suficiente ignorancia para hablar de todo con aplomo. Además tenía condiciones brillantes de hombre de mundo, por lo cual era la política para él un simple sport sin mayor importancia y sólo valía en cuanto le procuraba distinciones o podía servirle de pedestal para otras empresas. Vividor de profesión, [202] entendido como nadie en materias de menú, creía, con fe ciega, en la diplomacia de trufas y champagne de la cual han sacado en ocasiones tanta fuerza y omnipotencia política algunos Presidentes. La gran flaqueza de su vida era su invencible inclinación al bello sexo, consagrada en aventuras, sino muy repetidas, a lo menos bastante extrepitosas. De sus vicios, envidiados de muchos, nacía precisamente su popularidad entre las mujeres. En esos días había comenzado a cortejar a Magda que parecía bastante satisfecha de arrastrar en su séquito a todo un Ministro Diplomático. Ya se había diseñado en la joven señora de Sanders el invencible prurito de publicidad a toda costa, de extrépito, de ruido lujoso con visos de escándalo y aspecto de flirt descarado. No sin razón, al hablar de ella, la baronesa Strinberg recordaba la frase de Voltaire a propósito de la Academia Francesa: «Dama tan discreta, apacible y moderada que nunca ha dado que hablar de sí».

El diplomático de la barba rubia, César Elduayen, sonreía jugando con sus guantes gris perla, mientras Magda, con la viveza acostumbrada y un tanto insolente, le decía: «-Mire como viene, agachando la cola... ese «perro judío» de mi marido... Quiere hacerme creer que no pololeaba con Marta Liniers... Para lo que me importa... Ahora sí que comprendo la gracia del cuento alemán. ¿Lo conoce? ¿No? pues escúchelo, y tomó el acento de un alemán que hablaba español: «¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Pegro Mayers tiegne amorres cong mi mujerr... y yo lo sé... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!!!... pegro yoo tengo amogres cong la mujerg suya... y él no lo sabe... ¡ja! ¡ja!! ¡ja!!!... ¡ja!!!...»

Gabriela pasó junto a ellos dirigiendo a su hermana [203] una mirada seria, cargada de reproches, estoicamente recibida por ésta. Bien sabía que el asunto, en Magda, no pasaba de flirt, pero eso la disgustaba profundamente, dentro de la rigidez de sus principios morales y la frialdad de su temperamento de linfática mal avenido con las historias de amor, con las aventuras y con los escándalos. Y para manifestar de modo

claro su desaprobación, pasó junto a su hermana, sin mirarla, hasta el salón vecino, sentándose próxima al piano en el cual tocaba en ese instante Manuelita, con la maestría y el dominio absoluto de la técnica tan comunes en la sociedad santiaguina, «Les Danses du Nord», de Grieg. A su espalda quedaba un asiento, y el biombo medio las ocultaba del resto del salón. ¡Cuán melancólicamente iban despertando recuerdos y sensaciones dormidas en el alma de Gabriela!... Notas, al desgranarse, extraños acordes, iban trayendo consigo frases escuchadas en días más felices, cuando el amor le parecía eterno; entonces sus miradas se doblaban, como vencidas, bajo el peso de las húmedas miradas de Ángel, y de súbitos destellos ardientes que penetraban hasta el fondo de su alma, impregnada de sentimientos delicados, de ternuras íntimas y de tristeza melancólica. ¡Qué recuerdos aquellos!

Un crujir de enaguas de seda, cortando su ensueño, le advirtió que tras del biombo chino de flores y dragones de oro acababa de sentarse una dama. Luego llegó hasta ella otra voz de hombre, algo ronca y las contestaciones claras y metálicas de Marta Liniers, seguidas de risita frecuente en ella. Hablaban de trivialidades: «Se casa Isabel González... ¿De veras?... y con quién?... Con Elías Thomson... el matrimonio acaba de concertarse en los baños de [204] Cauquénes»... -«No sabía que las aguas fueran tan eficaces... para el matrimonio...» Luego silencio y cuchucéo, después del cual Gabriela oyó pronunciadas a media voz, estas palabras: «Ha sido el escándalo atroz, en el Teatro Municipal... figúrese que Ángel Heredia dio de trompones al segundo Alcalde en la sala de espera de artistas. ¡Qué barbaridad! Parece que la cosa había principiado en el camarín de la Biondi Campanelli, cuando ésta se preparaba para el segundo acto de Zazá...»

La voz de Marta Liniers pedía detalles. La voz gruesa continuaba detrás del biombo: «Pero no se haga la que viene bajando de las chacras... Marta... si todo Santiago conoce las historias de Ángel con la Biondi Campanelli. Ha gastado dinerales con ella. Le ha pagado diez y ocho mil pesos de cuentas de hotel... y joyas... ¿no se ha fijado Ud. en el collar de perlas de la Biondi en «Manon»?... ¿no lo encuentra parecido a ese que le robaron a Gabriela hace dos meses, de una manera misteriosa, y que tanto ha dado que hacer a la sección de pesquisas?»

Y la voz ronca seguía y seguía ensartando infamias, agregando detalles cada vez más precisos y abrumadores, que caían a manera de martillazos sobre la cabeza de Gabriela, inmóvil detrás del biombo, sentada en la ligera silla Luis XV, cuyo frágil respaldo crujía como si fuera a romperse. El golpe había sido feroz, y completamente inesperado. Zumbábanle los oídos con rumores de campanillas; el poder de visión la abandonaba rápidamente, mientras sudor helado y copioso le empapaba las sienes, aumentando la sensación de frío, como si fuera a desvanecerse. Manuela seguía tocando el piano, mas, al levantar la vista, lo interrumpió de súbito: acababa de ver el rostro de [205] Gabriela, pálido, invadido por ojeras cárdenas que se agrandaban a medida que la luz de la pupila se desvanecía... «¿Qué tienes hija? ¿Qué tienes?» Al excuchar esa voz, Gabriela tuvo estremecimientos y reaccionó sobre sí. Manuelita, rápidamente, empapó su pañuelo en agua del florero y lo puso, un segundo, sobre la frente de su prima, echándole aire con la pieza de música. «Creí,

que te ibas a desmayar... ¿quieres un vaso de agua?... un poco de oporto?»

La joven no quería el agua, prefería el oporto. Lo primero habría llamado inmediatamente la atención, lo segundo pasaría desapercibido, y lo principal, para ella, era no llamar la atención, no ofrecerse en espectáculo a los demás, para que se dieran el refinado y diabólico placer de relatar su indisposición súbita, refiriéndola sabe Dios a qué motivos. Sobre su naturaleza de mujer triunfaba su instinto mundano de las conveniencias, el temor tiránico del qué dirán, el respeto instintivo de las reglas de buen tono, razón suprema y suprema ley para mujeres de su categoría. La moda, el tono, y no hay más que hablar.

Mientras bebía su copita de oporto, Gabriela ataba cabos entre la conversación que acababa de oír y las frases enigmáticas de la baronesa, claras y precisas ahora. Todo el mundo conocía el escándalo dado por su marido entre bastidores y sus amores con mujeres de teatro. El orgullo profundo de los Sandoval subía a su cabeza en ráfagas incontenibles; ahora estaba roja, enardecida, casi sofocada a la idea de que su nombre anduviera en boca de las gentes. Indignación inmensa la estremecía por entero; hubiera querido encontrarse a solas con el miserable que pisoteaba su nombre y su dignidad de mujer para escupirle la cara, para echarle puñados de lodo al rostro, [206] a manos llenas, con las injurias más viles para él, para los suyos, para su casa entera. Revolvería ese fango fétido con sus manos de esposa burlada, teniendo el noble orgullo de sentirse pura y limpia, muy por encima de aquel a quien despreciaba. En ese instante, por primera vez en su vida, Gabriela experimentaba la sensación agradable y positiva de ser virtuosa. Y junto con esto subía a su corazón inmensa pena, desgarramiento interior inesperado, un mar de amargura y de hieles, sintiéndose completamente sola y casi abandonada en la vida... Su madre, clavada en el lecho por una cruel enfermedad; su hermana, lanzada en la vida mundana, sin pensar en otra cosa que en divertirse y próxima a partir a Europa; su padre muerto hacía cuatro años... Y su marido, de quien la separaban ya tantas y tantas cosas alejándola cada vez más de su corazón y de su vida, cortaba uno por uno esos tenues e invisibles hilos morales de los cuales penden las felicidades del hogar, lanzándose de lleno en la vida libre y rompiendo con todo respeto humano para exhibirse, en pleno teatro, en amores con una cantante, y dándose de trompadas por ella... La indignación le volvía las fuerzas para no mostrar su flaqueza dando lugar a comentarios que, junto con su nombre, trajeran a todos los labios esa historia nauseabunda. A esto sucedía dolor agudo; hondo grito del ave herida en el ala, quejido del cordero al sentir el acero en sus entrañas; derrumbe total de todas sus esperanzas de posible reconciliación en el hogar unido y tranquilo. La pobre joven que después de tantas desinteligencias íntimas creía completamente disipado su cariño, convertidos en odio y en desprecio la admiración apasionada y el amor insensato que la llevaron al matrimonio, experimentaba sentimiento de [207] estupor, de sorpresa abrumada e inesplicable al sentir, en el fondo de su conciencia, como brotaban en su alma todos estos sentimientos nuevos y esta emoción extraordinaria que indudablemente poseían raíces de amor, acaso de recuerdos sensuales o sentimentales no borrados completamente, pues la mujer, aunque lo desee, no podrá jamás arrojar enteramente de sí el sello del hombre que ha

querido y que ha sido su dueño. Gabriela experimentó impulsos ciegos de huir; sentía esas palpitaciones enloquecidas del corazón en el pecho que convierten la impaciencia en suplicio casi intolerable para temperamentos nerviosos. Luego, acudía a su espíritu la duda, como última tabla de salvación para el naufragio de su vida y de su nombre; no era posible que Ángel, caballero después de todo, por sus antecedentes de familia, y con nombre que respetar, se hubiera exhibido en tan horrible escándalo. Era que ella, dulce, ingenua, delicada de alma con ese su cuerpo alto y fuerte, no podía tolerar la sensación de inmensa repugnancia, de náusea íntima, tan completa y tan profunda que todo lo emporcaba con su lodo fétido: era algo que tomaba fuerza y cuerpo físico en razón de su misma intensidad moral. Involuntariamente surgía el pasado, con sus recuerdos de amor, el primer ensueño, el paseo a la quebrada, las primeras palpitaciones de corazón, el beso inolvidable de la ruptura, su idilio matrimonial, lleno de promesas, los paseos solitarios con el alma henchida de felicidad tan exquisitamente dulce... haberle idolatrado con amor tan noble, tan puro y tan legítimo, para verle rodar, a los ojos de todo Santiago en aquel chiquero... Gabriela, mirando en sí, no podía perdonarse el derroche de su vida y el de su ser, ni aun lo sentido en ese propio instante para con ese hombre... [208]

Ese hombre era la palabra que sintetizaba la nueva situación moral creada por unas cuantas frases oídas momentos antes, por sorpresa.

Y luego sintió, en sí, la reacción completa de mujer de tono, que antes de mostrar en público sus miserias, pobreza, o desencantos prefiere morir sin exhibiciones íntimas. Cuando Magda, advertida a media voz por Manuelita del accidente de su hermana, se apareció en el salón, encontró a Gabriela sentada al piano ejecutando, con admirable maestría, los compases brillantes de la Gavotta de Paderewsky. El Secretario de Suecia, elegante, buen mozo y a su propio entender irresistible, le murmuraba galanterías a granel -escuchadas por la joven sonriendo, con los ojos entornados, el busto echado atrás y las plumas del sombrero levemente estremecidas: estaba heroica, sin que nadie, entre los suyos, lo supiera. Minutos después abandonaba la casa en compañía de Magda que hablaba a borbotones con sus acompañantes que la siguieron hasta la puerta del cupé. Despidiose con una última sonrisa, de los jóvenes, mientras el valet de pie encendía los faroles nikelados, pues cerraba la noche. Y al sentirse rodar con el suave movimiento de las llantas de goma, entre las tinieblas que caían, se arrojó zolozando en brazos de su hermana. No le quedaba ya en el mundo más cariño... y el de sus hijos que no podían comprenderla. Era sed de ternura, ansia de amor que la sobrecojían con la destensión de sus nervios, reaccionando en libre expansión de todo su ser, comprimido por las ligaduras mundanas. Murmuró a su hermana, con palabras entrecortadas y sollozos, lo que acababa de oír junto al biombo. Y Magda, la ligera, la loca, la casquivana, se echó también a llorar, sintiendo anudada [209] su garganta y el corazón henchido de cariño... eran tan solas... eran las únicas hermanas... con la madre enferma, no tenían más en el mundo...

Los focos eléctricos brillaban en el paseo desierto de las Delicias, entre árboles desnudos, junto a mármoles blancos de estatuas, frente a la Universidad, y más lejos, cerca de San Francisco. El torrente de carruajes, de vuelta de la estación central de ferrocarriles, se deslizaba

en masa negra y no interrumpida, con extrépito sordo, sobre el cual se destacaba el campanilleo metálico de los tranvías eléctricos.

Vanard, que salía de la casa de Olga en compañía de Polo Sánchez, se detuvo un instante, quiso cruzar la calle, mas, no pudiendo, por verla obstruida, siguió de largo su camino. Mientras encendía el cigarro puro, oyó que Sánchez le decía con mucha gana:

- «¡Cómo hiciéramos Obispo a Heredia!»
- «¡Para qué, hombre?»
- «Para besarle la esposa...»

FIN DEL PRIMER TOMO

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

